Cuando la luna escucha…



Sofía, Mateo
y la lechuza del jacarandá

Santiago Tristany

Índice

Prefacio

¡Bienvenidos, a la cálida luz de la luna y al mágico susurro de las hojas!

Si tienes este libro entre tus manos, es porque estás a punto de abrir una ventana muy especial: la ventana a las noches de Sofía y Mateo, y a las conversaciones llenas de sabiduría de Olivia, una lechuza que entiende el lenguaje del corazón como nadie.

Este no es solo un libro para niños, ni únicamente para adultos. Es una invitación para todos, para padres, madres, hijos, hijas, abuelos, abuelas... Es una puerta que se abre para que, juntos, grandes y pequeños, exploremos esos rincones del alma donde a veces anidan preguntas, preocupaciones, e incluso pequeños malentendidos.

¿Alguna vez te has preguntado qué siente realmente un niño cuando no se siente escuchado? ¿O por qué a veces las reglas de los mayores parecen un acertijo indescifrable? ¿O cómo se vive desde los ojos infantiles ese torbellino de emociones que, a veces, los adultos minimizamos sin querer?

En estas páginas, Mateo y Sofía, dos hermanos curiosos y sensibles, comparten con Olivia esas inquietudes que a menudo rondan en el corazón de la infancia. Y Olivia, con la sabiduría silenciosa de la noche y la mirada atenta de una lechuza, les escucha con paciencia y les responde con historias que iluminan, consuelan y ayudan a entender.

He escrito este libro con la ilusión de tender un puente suave entre el mundo de los niños y el mundo de los adultos. Quiero que sea un espacio compartido donde los más pequeños se sientan comprendidos y donde los mayores puedan recordar, o quizás descubrir, la intensidad y la validez de las emociones infantiles. Quiero que sea un libro para leer juntos, para comentar juntos, para reflexionar juntos… ¡y para aprender juntos!

Porque la aventura de crecer y acompañar en el crecimiento es un viaje compartido. Y a veces, solo necesitamos una luz tenue, una voz sabia y una buena historia para iluminar el camino.

Así que, acomódense juntos, abran estas páginas, y permítanse dejarse llevar por la magia de Olivia, Mateo y Sofía. Descubran el poder sanador de la escucha, la belleza de la empatía y la sabiduría que se esconde en las pequeñas grandes preocupaciones de la infancia.

¡Que estas historias iluminen sus noches y calienten sus corazones! Y que encuentren, entre estas palabras aladas, un punto de encuentro maravilloso para toda la familia.

Con cariño,

Santiago Tristany

Posadas, Misiones, Argentina, 2024

Introducción

En el corazón de una casa que respiraba historias, vivían dos hermanos: Sofía y Mateo. Sofía, con sus ojos curiosos que parecían absorber cada detalle del mundo, y Mateo, con su energía inagotable y una sonrisa que iluminaba hasta los rincones más oscuros. Su casa, de paredes color crema y techos de tejas rojizas, se alzaba en medio de un jardín que parecía un pequeño universo en sí mismo. Rosales trepadores adornaban las paredes, creando arcos florales que invitaban a soñar. Un jazmín perfumaba el aire con su aroma dulce y encantador, y en primavera, las glicinas colgaban en cascadas violetas, como cortinas de cuento de hadas.

La habitación de Sofía y Mateo era un santuario de juegos y secretos compartidos. Las paredes, pintadas de un suave azul celeste, evocaban un cielo estrellado. Estanterías repletas de libros de aventuras, animales fantásticos y mundos lejanos, se extendían por una pared, mientras que, en la otra, mapas del mundo desplegados invitaban a viajes imaginarios. Un escritorio de madera clara, cubierto de lápices de colores, papeles y pequeños tesoros encontrados en el jardín, era el centro de sus creaciones. Dos camas gemelas, cubiertas con colchas de patchwork de colores vivos, prometían sueños dulces y reparadores. Y junto a la ventana, una alfombra redonda y mullida, tejida con lanas de colores tierra, era el lugar perfecto para sentarse a leer o simplemente observar el jardín.

El jardín era un personaje más de la casa. Un laberinto de senderos de piedra serpenteaba entre macizos de flores silvestres y arbustos de lavanda. Un estanque pequeño, habitado por peces de colores y libélulas danzarinas, reflejaba el cielo como un espejo mágico. Pero el corazón del jardín, el guardián silencioso de secretos y confidencias, era un viejo árbol de jacarandá. Sus ramas retorcidas y fuertes se elevaban hacia el cielo, ofreciendo sombra en verano y un espectáculo de flores violetas en primavera. En una de sus horquetas más altas, casi oculta entre el follaje, vivía Olivia, una lechuza de mirada penetrante y plumaje suave como terciopelo grisáceo.

Olivia no era una lechuza común. Sus ojos grandes y redondos parecían contener la sabiduría de siglos, y su manera de observar el mundo era profunda y reflexiva. Su plumaje, una mezcla de grises, marrones y blancos, le permitía camuflarse a la perfección entre las ramas del jacarandá durante el día, convirtiéndola en una sombra silenciosa. Pero al caer la noche, cuando la luna plateaba el jardín y las estrellas

comenzaban a titilar, Olivia despertaba. No solo despertaba para cazar o volar en la oscuridad, sino que despertaba para escuchar.

Sofía y Mateo, desde su habitación, podían ver la silueta del jacarandá meciéndose suavemente con la brisa nocturna. Sabían que Olivia estaba allí, observándolos con sus ojos brillantes. Aunque al principio sentían una mezcla de asombro y un ligero temor ante la presencia de la lechuza, pronto descubrieron que Olivia no era una criatura misteriosa y distante, sino una escucha atenta y un corazón comprensivo. Aún no sabían que Olivia se convertiría en su confidente nocturna, en la voz sabia que les ayudaría a descifrar el mundo a veces confuso de los adultos y a entender sus propias emociones. Esa noche, como tantas otras, se durmieron con la suave canción de los grillos y el ulular lejano de otras lechuzas, sin sospechar que la magia estaba a punto de desplegarse en su jardín, bajo la atenta mirada de Olivia, la lechuza que hablaba con los niños.

I

La luna, redonda y brillante como una moneda de plata gigante, inundaba el cuarto de Sofía y Mateo con una luz pálida, dibujando sombras que parecían bailar en las paredes. Pero en vez de estar dormidos, los hermanos estaban sentados en sus camas, abrazando sus rodillas contra el pecho, con caritas preocupadas. Susurros quedos llenaban el aire, armando una conversación silenciosa sobre algo que les apretaba el corazón.

De repente, un roce suave en el vidrio de la ventana los sacó de sus murmullos. Dos ojos grandes y brillantes, como lucecitas en la oscuridad, los miraban desde afuera. Era Olivia, la lechuza del jacarandá, que se había posado en el borde de la ventana, tan silenciosa como una hoja que cae. Nunca antes se había acercado tanto, y mucho menos había intentado hablar con ellos.

Sofía y Mateo se quedaron quietos, con el corazón latiendo fuerte en el pecho, con una mezcla de asombro y fascinación pintada en sus caritas. Olivia ladeó la cabeza, observándolos con una curiosidad muy inteligente en su mirada. Finalmente, rompió el silencio con una voz suave y melodiosa, un ulular transformado en palabras, sorprendentemente claras y cálidas.

—Buenas noches, pequeños humanos. Desde mi rama los he estado oyendo hablar. Se ven preocupados. ¿Qué los tiene despiertos a estas horas, cuando todo el mundo duerme?

Mateo, el más valiente de los dos, fue el primero en contestar, aunque al principio su voz temblaba un poquito.

—Hola… eh… hola, Lechuza —dijo, mirando fijamente a Olivia—. Nosotros… bueno, estábamos hablando de… de que a veces… sentimos que nadie nos presta atención.

Sofía asintió con la cabeza, con los ojos llenos de una tristeza guardada.

—Sí —agregó ella—. A veces les contamos cosas a los mayores, cosas que para nosotros son muy importantes, pero… pero parece que no nos escuchan de verdad. Como si lo que decimos no tuviera importancia.

Olivia los escuchó con mucha atención, moviendo la cabeza de un lado a otro, como si estuviera pensando en cada palabra en su mente sabia. Sus ojos, bajo la luz de la luna, brillaban con una comprensión profunda.

—Entiendo —dijo al final, con un tono que les daba ánimo—. Sienten que sus voces se pierden en el viento, que sus palabras no llegan a los oídos que deberían escucharlas. Es una sensación… que duele, ¿verdad?

Mateo suspiró, dejando salir la tensión que había estado aguantando. —Sí. Así mismo. A veces le cuento a mi papá algo que me preocupa de la escuela, o a mi mamá algo que me pone triste… pero ellos me dicen “Ay, no te preocupes por eso, es una bobada” o “Ya se te va a pasar”. Y… y no es una bobada para mí. Y no se me pasa así nomás.

Sofía habló también, con la voz un poco más baja. —Y a mí me pasa con mis ideas. A veces tengo ideas para juegos, o para cosas que podríamos hacer en la casa, o hasta ideas para ayudar en algo… y cuando las digo, me dicen “Ay, qué lindo, Sofi” pero después… después hacen lo que ellos ya tenían pensado, sin hacerle caso a lo que dije. Es como si… como si mi idea no sirviera para nada.

Olivia se quedó callada un ratito, absorbiendo las palabras de los niños. Después, con suavidad, les explicó lo que pensaba.

—Mis pequeños, sus sentimientos son tan reales y valiosos como el vuelo del gavilán o el canto del río. Entiendo su tristeza de sentir que no los escuchan. Y, desde mi rama de jacarandá, he visto a los humanos por mucho tiempo. A veces, creo que los adultos… no es que no quieran escucharlos. Es que… están enredados en sus propias ramas, en sus propios vuelos rápidos.

—¿Sus propias ramas? ¿Sus propios vuelos? —preguntó Mateo, con el ceño fruncido por la curiosidad.

—Sí —respondió Olivia—. Los adultos, muchas veces, están muy ocupados con sus propias cosas: el trabajo, las cuentas, las responsabilidades… El mundo de los humanos, a veces, es un lugar muy ruidoso y exigente. Y en medio de ese ruido, a veces les cuesta parar, hacer silencio por dentro, y escuchar con atención.

Sofía pensó en lo que decía Olivia. —Pero… ¿y no se dan cuenta de que a nosotros también nos pasan cosas importantes? ¿Que nosotros también tenemos preocupaciones, aunque sean distintas?

—Ay, sí, estoy segura de que en algún lugar de su corazón lo saben —dijo Olivia con seguridad—. Pero a veces, los adultos se olvidan de cómo se siente ser niño. Se olvidan de lo fuertes que son las emociones de los niños, de lo importante que es un juguete perdido, de lo feo que es pelearse con un amigo, o de la alegría de una idea nueva. Tal vez… tal vez piensan que, si le quitan importancia a sus preocupaciones, los van a proteger del miedo o de la tristeza. Quizás creen que les hacen un favor al decir “no es para tanto”.

—¿Pero no es mejor que nos escuchen de verdad? —insistió Mateo—. Aunque sea algo que a ellos les parezca chiquito, para nosotros es grande. Si nos escucharan, nos sentiríamos mejor, ¿no?

Olivia asintió, muy seria. —Claro que sí, pequeño Mateo. Que te escuchen es una de las cosas más importantes para cualquier ser vivo, niño, adulto o lechuza. Cuando alguien nos escucha de verdad, nos sentimos importantes, valorados, entendidos. Sentimos que nuestra voz vale, que nuestra vida tiene un lugar en el mundo. Y ustedes, pequeños humanos, merecen que los escuchen con atención, con cariño, con respeto. Sus voces son melodías únicas y hermosas que hacen más lindo el jardín de la vida.

Olivia se arregló una pluma con el pico, pensativa. —A veces, también, tengo que decir, en algunas culturas se cree que los niños deben ser "vistos pero no oídos". Piensan que los adultos siempre saben más y que lo que opinan los niños no es tan valioso. Pero… cada cultura tiene sus propias maneras de entender el mundo. Lo importante es recordar que lo que vale una persona no depende de cuántos años tenga o de qué tamaño sea, sino de su corazón y de su voz. Y sus corazones y sus voces son preciosos.

Miró a los niños con una sonrisa pícara en los ojos. —Pero… ¿les cuento un secreto? A veces, hasta las lechuzas más sabias necesitamos que nos recuerden lo importante que es escuchar. Es fácil que nos lleve el apuro del vuelo y que se nos olvide parar a escuchar el susurro del viento entre las hojas… o el murmullo de dos pequeños corazones preocupados.

Sofía y Mateo se miraron el uno al otro, con una lucecita de esperanza prendida en sus ojos. Tal vez, pensaron, no estaban solos en cómo se sentían. Tal vez, hasta una lechuza sabia entendía lo importante que era que te escucharan.

—Lechuza Olivia —dijo Sofía con voz suave—, ¿nos contarías una historia? Una historia… sobre que te escuchen.

Olivia sonrió, con una sonrisa que le iluminó toda la carita de lechuza sabia y comprensiva. —Con mucho gusto, pequeños soñadores. Pónganse cómodos, que les voy a contar una historia antigua, una historia de cuando los animales hablaban con las estrellas… y cuando escuchar era el idioma más importante del universo.

El eco de las estrellas



En tiempos muy antiguos, cuando el mundo era aún joven y las estrellas parpadeaban más cerca de la Tierra, existía un valle secreto donde los animales y las estrellas conversaban. No hablaban con palabras como nosotros, sino con el lenguaje del corazón, un lenguaje de sentimientos y silencios, donde lo más importante no era decir, sino escuchar.

En ese valle vivía un pequeño colibrí llamado Kuntur. Kuntur tenía plumas brillantes como joyas y un vuelo tan rápido como el pensamiento. Pero, a pesar de su belleza y agilidad, Kuntur se sentía muy triste. Sentía que su voz era demasiado pequeña, que nadie lo escuchaba de verdad. Cuando intentaba compartir su alegría por el amanecer o su miedo a la tormenta, los animales más grandes, como el oso Melquiades o el cóndor Sayri, parecían no prestarle atención. Lo interrumpían con sus propios

rugidos y graznidos, o simplemente lo ignoraban, pensando que sus preocupaciones eran insignificantes.

Una noche, con el corazón apesadumbrado, Kuntur voló hasta la cima de la montaña más alta del valle, buscando consuelo en las estrellas. Alzó su pequeño pico hacia el cielo estrellado y, en un susurro apenas audible, les contó su tristeza. Les habló de cómo se sentía invisible, de cómo anhelaba ser escuchado, de cómo deseaba que su voz, aunque pequeña, tuviera algún valor.

Las estrellas, que observaban el valle en silencio milenario, escucharon atentamente el lamento de Kuntur. No lo interrumpieron, no lo juzgaron, simplemente escucharon. Y cuando Kuntur terminó de hablar, la estrella más brillante, una estrella anciana y sabia llamada Inti, le respondió. No con palabras fuertes o resonantes, sino con una luz suave y cálida que parecía abrazar a Kuntur en la distancia.

Inti le dijo: "Pequeño Kuntur, tu voz es tan importante como el rugido del oso o el vuelo del cóndor. Cada voz en este valle, por pequeña que sea, es una nota en la canción del universo. El problema no es el tamaño de tu voz, sino la falta de oídos que sepan escuchar de verdad."

Kuntur parpadeó, confundido. "¿Falta de oídos, estrella Inti? ¡Si todos tienen oídos en este valle!"

Inti sonrió, con un destello de luz que iluminó la noche. "Sí, tienen oídos, pequeño Kuntur, pero muchos han olvidado cómo usarlos para escuchar con el corazón. Están demasiado ocupados escuchándose a sí mismos, a sus propios miedos y preocupaciones, que no dejan espacio para escuchar a los demás. Han olvidado que escuchar es el lenguaje más antiguo y poderoso del universo, el lenguaje que conecta a las estrellas con los colibríes, a las montañas con los ríos, a todos los seres vivos en un gran tejido de comprensión y cariño."

Inti continuó: "Si quieres ser escuchado, Kuntur, no busques gritar más fuerte. Busca aprender a escuchar a los demás. Cuando aprendas a escuchar con el corazón, descubrirás que tu propia voz se hará más clara y fuerte, no por el volumen, sino por la verdad y el amor que contendrá. El eco de tu escucha resonará en el corazón de los demás y, así, encontrarás los oídos que te escuchen a ti."

Kuntur regresó al valle con las palabras de Inti resonando en su pequeño corazón. Decidió poner a prueba el consejo de la estrella. Al día siguiente, en lugar de intentar imponer su voz, se acercó al oso Melquiades y, con suavidad, le preguntó: "Señor Oso, ¿cómo está su día?"

Melquiades, sorprendido de que el pequeño Kuntur se dirigiera a él con tanta atención, detuvo su marcha y miró al colibrí con curiosidad. Kuntur

lo escuchó pacientemente mientras el oso le contaba sus preocupaciones por la falta de miel y sus dolores de espalda. Kuntur no interrumpió, no juzgó, simplemente escuchó con atención y empatía. Y para su asombro, al terminar de hablar, Melquiades se volvió hacia él y le preguntó: "Y tú, pequeño Kuntur, ¿cómo estás tú hoy?"

Fue la primera vez que un animal grande le preguntaba por cómo se sentía. Kuntur, conmovido, le contó al oso su alegría por las flores que habían comenzado a brotar y su preocupación por el nido que estaba construyendo. Y Melquiades, a su vez, lo escuchó con atención.

A partir de ese día, todo cambió en el valle. Kuntur comenzó a escuchar a todos los animales, grandes y pequeños, con paciencia y cariño. Y a medida que escuchaba, descubrió que los demás también empezaban a escucharlo a él. Su voz, aunque seguía siendo pequeña, comenzó a resonar con fuerza en el valle. Los animales aprendieron que escuchar no era un acto de debilidad, sino de fortaleza y sabiduría. Aprendieron que al escuchar a los demás, se enriquecían a sí mismos y fortalecían los lazos que los unían. Y así, el valle se convirtió en un lugar donde todas las voces, incluso el más suave susurro de un colibrí, eran valoradas y escuchadas, gracias al eco de las estrellas y a la lección del pequeño Kuntur.

Cuando Olivia terminó de contar la historia, un silencio mágico llenó la habitación. La luna seguía brillando, pero ahora la luz parecía más cálida y suave. Sofía y Mateo estaban con los ojos brillantes, absorbiendo cada palabra del cuento.

Olivia los miró con cariño y les dijo: —Y así, pequeños míos, aprendemos que escuchar es un regalo maravilloso, tanto para quien escucha como para quien es escuchado. Recuerden siempre el eco de las estrellas y la lección del pequeño Kuntur.

Olivia bostezó suavemente, estirando sus alas. —Bueno, pequeños míos, ya es hora de irse a dormir. La noche se hizo larga y mañana el sol volverá a iluminar su jardín. Descansen mucho, sueñen con estrellas y colibríes, y nunca olviden que sus voces son muy importantes.

Se preparó para volar, pero antes de saltar por la ventana, agregó con una sonrisa pícara: —Y no se preocupen, mañana vuelvo. Tenemos muchas noches para conversar y para compartir historias. Mañana… mañana escucharé qué les preocupa, qué tienen en el corazón, y juntos encontraremos alguna historia para entenderlo mejor, ¿les parece?

Sofía y Mateo se rieron, contagiados por la sonrisa de Olivia. —¡Sí, claro que sí! —dijeron juntos, muy contentos.

Olivia les guiñó un ojo y, con un suave aleteo, se elevó hacia la noche estrellada. Sofía y Mateo se acurrucaron bajo sus cobijas, con el corazón

lleno de alegría y esperanza. La tristeza de antes se había ido, cambiada por el cariño de las palabras de Olivia y la magia de su cuento. Se durmieron rapidito, soñando con valles secretos, estrellas sabias y colibríes valientes, esperando con emoción la próxima noche, cuando la luna volviera a escuchar… y Olivia regresara a su ventana con otra historia y más sabiduría para compartir.

II

La luz de la luna se colaba nuevamente por la ventana, dibujando formas misteriosas en la habitación de los hermanos. Sofía y Mateo, otra vez despiertos, estaban sentados en la alfombra redonda, rodeados de juguetes y libros desparramados, pero con la alegría apagada. Sus voces, bajas y llenas de pesar, apenas rompían el silencio de la noche.

—…y entonces me caí en el recreo y me raspé la rodilla, ¡pero me dolió mucho! —decía Mateo, con el tono quejumbroso.

—Y yo le conté a la abuela que estaba nerviosa por la prueba de mañana, y me dijo “Ay, no seas tonta, es facilísima” —completó Sofía, imitando el tono condescendiente de la abuela.

Justo en ese momento, un aleteo suave anunció la llegada de Olivia. Se posó delicadamente en el alféizar, y sus grandes ojos oscuros se fijaron en los niños, detectando de inmediato la atmósfera cargada de preocupación.

—Buenas noches, pequeños —saludó Olivia con su voz melodiosa—. Los oigo de nuevo despiertos, con esas caritas más serias que un búho cazando en invierno. ¿Qué les quita el sueño esta noche? ¿Algún nuevo misterio en el jardín, o alguna preocupación en sus corazoncitos?

Mateo fue el primero en hablar, todavía con el tono apesadumbrado.

—Lechuza Olivia, es que… es que a veces nos sentimos como si… como si a nadie le importara cómo nos sentimos de verdad.

Sofía asintió con energía, cruzándose de brazos y frunciendo el ceño. —Sí. Hoy, cuando me raspé la rodilla, la seño me dijo “¡Ay, Mateo, qué exagerado eres! ¡Es solo un rasguño!”. ¡Pero a mí me dolió de verdad! ¡Y me dio miedo que fuera grave!

—Y a mí, cuando le dije a la abuela lo de la prueba, en vez de entender que estaba nerviosa, me hizo sentir como una… como una… tonta —terminó Sofía, con la voz un poquito temblorosa.

Olivia los escuchó con la mirada fija en sus ojos, asintiendo lentamente mientras hablaban. Parecía absorber cada palabra, cada matiz de sus emociones.

—Ya veo —dijo cuando terminaron, con un tono de voz que transmitía comprensión—. Entiendo. Sienten que cuando comparten sus sentimientos, en vez de recibir cariño y consuelo, les dicen que lo que sienten no importa, que es una “exageración” o una “tontería”. Y eso… eso puede doler más que cualquier raspón en la rodilla, ¿verdad?

Mateo asintió vigorosamente. —¡Sí! Justo así. Es como si… como si pensaran que, porque somos niños, no podemos sentir cosas importantes, o que nuestros sentimientos son menos válidos que los de los adultos.

Sofía agregó, con un dejo de frustración en la voz. —Y a veces hasta se enojan si nos ponemos tristes o tenemos miedo. Como si estuviera mal sentirnos así. Pero… ¿cómo no vamos a sentirnos tristes o nerviosos a veces? ¡Somos personas, como ellos!

Olivia suspiró suavemente, moviendo la cabeza de lado a lado con lentitud. —Pequeños míos, tienen toda la razón. Sus sentimientos son tan importantes y valiosos como los de cualquier persona, sin importar la edad que tenga. Y lo que sienten no es "exagerado" ni "tonto". Es real, es válido, y merece ser reconocido y respetado.

—Pero entonces, ¿por qué los adultos hacen eso? —preguntó Mateo, con la voz llena de confusión—. ¿Por qué no nos entienden? ¿Por qué desestiman cómo nos sentimos?

Olivia reflexionó un momento, antes de responder con suavidad. —A veces, pequeños, creo que no es que los adultos no quieran entenderlos… sino que tal vez… no saben cómo hacerlo. Han olvidado, tal vez, lo intensas que pueden ser las emociones cuando se es niño. Recuerdan el evento, la caída, la prueba, pero olvidan cómo se sentía sentir eso a su edad.

—¿Olvidan? —preguntó Sofía, incrédula—. ¿Cómo se puede olvidar sentir miedo o tristeza? ¡Yo nunca voy a olvidar cómo me siento ahora!

—Tal vez no olviden del todo la sensación, pequeña Sofía —respondió Olivia con calma—, pero… los recuerdos de las emociones a veces se desdibujan con el tiempo, como colores al sol. Y el mundo adulto… a veces es un lugar tan ajetreado, tan lleno de preocupaciones adultas, que les cuesta detenerse a recordar, a conectar con su propio niño interior, con sus propias emociones de la infancia.

—También —continuó Olivia, pensativa—, a veces los adultos desestiman sus sentimientos… porque quieren protegerlos. Suena extraño, ¿verdad? Pero sí. Quizás, al decirles "no es nada", "no te preocupes", intentan minimizar su dolor, evitar que sufran, mostrarles que ellos son fuertes y pueden con todo. Es una forma… a veces torpe, a veces equivocada, de querer cuidarlos, de querer transmitirles valentía. Pero a veces, sin querer, lo que transmiten es justo lo contrario: que sus sentimientos no importan.

—¡Pero no funciona así! —exclamó Mateo, con frustración—. ¡Cuando nos dicen "no es nada", nos sentimos peor! Sentimos que no nos entienden, que no nos quieren consolar de verdad.

—Lo sé, pequeño Mateo —asintió Olivia, comprensiva—. Porque cuando uno está triste, o asustado, o nervioso, lo que más necesita no es que le digan que "no es nada", sino que le digan "entiendo cómo te sientes", "estoy aquí para ti", "tus sentimientos importan". Necesitamos sentirnos acompañados en nuestras emociones, no que las ignoren o las desechen como si fueran basura.

—Y también —agregó Olivia, con un tono más reflexivo—, debo decirles que, en algunas culturas, mostrar las emociones, especialmente la tristeza o el miedo, no está bien visto, incluso para los adultos. Se espera que uno sea fuerte, que "aguante", que "no se queje". Y a veces, los adultos repiten esos patrones con los niños, sin darse cuenta del daño que puede causar invalidar las emociones. Pero, todas las emociones, incluso las que parecen "negativas", como la tristeza o el enojo, son importantes. Son parte de nosotros, nos dicen algo sobre lo que necesitamos, nos ayudan a crecer y a aprender.

Olivia miró a Sofía y Mateo con una mirada llena de ternura. —Recuerden siempre, mis pequeños corazones: sus emociones son como tesoros preciosos. No las escondan, no las nieguen, no las avergüencen. Exprésenlas, compártanlas, busquen a alguien que las escuche con empatía y cariño. Y si a veces los adultos no saben cómo hacerlo… recuerden que siempre tendrán a Olivia, su amiga lechuza del jacarandá, para escucharlos, para entenderlos y para recordarles lo valiosos que son sus sentimientos.

Les sonrió con dulzura. —Y ahora, para que se vayan a dormir con un sabor más dulce en el corazón, ¿les parece si les cuento una historia? Una historia… sobre un lugar donde las emociones no eran desestimadas, sino celebradas, un lugar donde la empatía era la moneda más valiosa…

El Valle de las Emociones Florecientes



Hace mucho, mucho tiempo, más allá de las montañas arcoíris y los ríos de chocolate, existía un valle muy especial llamado el Valle de las Emociones Florecientes. En este valle, las emociones no se escondían ni se juzgaban, ¡al contrario! ¡Se celebraban como flores de mil colores!

Cada emoción era como una flor única. La alegría era un girasol gigante que irradiaba luz y calor. La tristeza era una campanilla azul delicada, que, aunque parecía frágil, tenía una belleza serena. El enojo era un clavel rojo intenso, fuerte y pasional. El miedo era una orquídea morada misteriosa y profunda. Y la calma era una margarita blanca, sencilla y llena de paz.

Los habitantes del valle, pequeños seres llamados “Sentivivos”, sabían que cada emoción tenía su valor y su razón de ser. Cuando un Sentivivo sentía alegría, los girasoles del valle se ponían a bailar, y todos

celebraban con risas y cantos. Cuando alguien sentía tristeza, las campanillas azules se mecían suavemente, y los demás Sentivivos se acercaban a ofrecer un abrazo silencioso y palabras de consuelo. Si alguien se enojaba, los claveles rojos se erguían orgullosos, y los demás escuchaban con atención la razón del enojo, buscando soluciones justas y comprensivas. Y cuando el miedo se asomaba, las orquídeas moradas iluminaban la noche, y los Sentivivos se tomaban de las manos, compartiendo su valentía y encontrando juntos la manera de enfrentar sus temores.

En el centro del valle, crecía el Árbol de la Empatía, un árbol mágico con hojas en forma de corazón. Cuando un Sentivivo se sentaba bajo este árbol y compartía cómo se sentía, las hojas del árbol brillaban con colores, mostrando a todos la emoción que estaba viviendo esa persona. Así, todos podían entenderse mejor y brindarse apoyo mutuo.

Un día, llegó al valle una Sentiviva llamada Iris, que venía de un lugar muy diferente, donde las emociones "negativas" como la tristeza o el enojo eran vistas como algo malo, como algo que había que esconder o reprimir. Iris había aprendido a guardar sus sentimientos dentro de sí, a fingir que siempre estaba contenta, aunque por dentro a veces se sintiera muy triste o frustrada.

Al principio, Iris se sintió extraña en el Valle de las Emociones Florecientes. Se asombraba al ver a los Sentivivos expresar abiertamente sus emociones, sin miedo a ser juzgados o criticados. Le daba vergüenza llorar en público, o mostrar su enojo si algo le molestaba. Intentaba disimular, poner cara de "no pasa nada", pero los Sentivivos, con su gran corazón y su empatía, notaban su incomodidad.

Un día, la Sentiviva más sabia del valle, Abuela Alma, se acercó a Iris y le dijo con dulzura: "Querida Iris, aquí en nuestro valle, no tenemos miedo a las emociones. Sabemos que todas son parte de nosotros, como las diferentes estaciones del año. La tristeza es como la lluvia, que riega la tierra para que crezcan nuevas flores. El enojo es como el viento fuerte, que limpia el aire y nos ayuda a defendernos cuando algo no es justo. El miedo es como la sombra, que nos protege del sol fuerte y nos alerta de los peligros. Y la alegría, por supuesto, es como el sol brillante, que nos llena de energía y nos hace florecer."

Abuela Alma tomó la mano de Iris y la llevó hasta el Árbol de la Empatía. "Siéntate aquí, querida, y cuéntanos cómo te sientes de verdad. No tengas miedo de mostrar tus emociones. Aquí, tus sentimientos son bienvenidos y valorados, como las flores más hermosas del valle."

Iris, conmovida por las palabras de Abuela Alma, se sentó bajo el árbol y, por primera vez en mucho tiempo, se permitió sentir y expresar sus

emociones. Con lágrimas en los ojos, les contó a los Sentivivos cómo se sentía a veces triste y sola, cómo le costaba adaptarse a este nuevo lugar, cómo extrañaba su hogar.

Mientras Iris hablaba, las hojas del Árbol de la Empatía brillaron con colores azules y morados, reflejando su tristeza y su miedo. Los Sentivivos se acercaron a ella con cariño, la abrazaron, le ofrecieron palabras de aliento y le compartieron sus propias experiencias de adaptación y superación. Nadie la juzgó, nadie minimizó sus sentimientos, todos la escucharon con atención y empatía.

Y así, Iris descubrió la magia del Valle de las Emociones Florecientes. Aprendió a aceptar y a expresar todas sus emociones, sin miedo ni vergüenza. Entendió que la verdadera fortaleza no está en esconder los sentimientos, sino en reconocerlos, validarlos y compartirlos con otros. Comprendió que la empatía, la capacidad de entender y compartir las emociones de los demás, era la moneda más valiosa del valle, la que permitía crear lazos fuertes y construir una comunidad llena de cariño y comprensión. Y desde ese día, Iris se convirtió en una Sentiviva más del valle, floreciendo junto a las demás emociones, bajo la luz cálida del sol de la alegría y bajo la mirada protectora del Árbol de la Empatía.

Cuando Olivia terminó su cuento, la habitación quedó en silencio, un silencio cálido y reconfortante. Sofía y Mateo estaban absortos, imaginando el Valle de las Emociones Florecientes, visualizando las flores de alegría, tristeza, enojo y miedo, y sintiendo la magia del Árbol de la Empatía.

Olivia los miró con una sonrisa dulce. —Y así, pequeños, recuerden siempre el Valle de las Emociones Florecientes. Recuerden que sus sentimientos son flores valiosas que hacen más hermoso el jardín de sus vidas. No tengan miedo de sentirlos, no tengan miedo de expresarlos, y busquen siempre lugares y personas donde sus emociones sean recibidas con cariño y empatía.

Bostezó con suavidad. —Ahora, mis pequeños tesoros, es hora de cerrar los ojitos y soñar con valles mágicos y emociones florecientes. Descansen bien, recuperen energías para un nuevo día, y recuerden que mañana volveré a escucharlos, con el corazón abierto y muchas historias más para compartir.

Con un suave movimiento de alas, se preparó para partir. Sofía y Mateo se acurrucaron felices bajo sus cobijas, con una sensación de paz y entendimiento llenando sus corazones. La historia de Olivia les había regalado un nuevo lugar para soñar y una nueva forma de entender sus propios sentimientos y los de los demás. Se durmieron sonriendo, esperando con alegría la próxima noche, la próxima conversación con

su sabia amiga lechuza… y la próxima historia que los llevaría a mundos maravillosos y les enseñaría valiosas lecciones para el corazón.

III

La luna, casi llena, pintaba de plata las siluetas de los muebles en la habitación. Sofía y Mateo estaban sentados en la cama de Sofía, espalda con espalda, como dos estatuillas pensativas. Un silencio tenso flotaba en el aire, roto solo por suspiros ocasionales y algún que otro juguete manipulado nerviosamente. La alegría de las noches anteriores parecía haberse esfumado, reemplazada por una atmósfera de confusión y ligero fastidio.

Un roce de alas contra el vidrio anunció la visita nocturna de Olivia. La lechuza se posó en el alféizar, observando a los niños con sus ojos penetrantes. Notó enseguida el cambio en su ánimo, la sombra de desconcierto que oscurecía sus caritas.

—Buenas noches, pequeños pensadores —saludó Olivia con suavidad, inclinando la cabeza—. Los encuentro más callados de lo usual esta noche. ¿Algún nuevo acertijo nocturno los tiene rumiando en silencio?

Mateo fue el primero en romper el silencio, con un tono de voz entre confundido y molesto.

—Hola, Olivia. Es que… no entendemos nada. ¡Nada de nada!

Sofía asintió con la cabeza, uniendo su voz a la de su hermano, con un tono similar de frustración. —¡Es que las reglas cambian todo el tiempo! ¡Y no entendemos por qué!

Olivia ladeó la cabeza, con curiosidad. —¿Las reglas cambian? ¿Qué reglas, exactamente, pequeños míos?

Mateo se encogió de hombros, visiblemente desorientado. —¡Todas! Bueno, algunas. A veces, algo está súper prohibido, prohibidísimo, ¡pero otro día lo mismo da, y hasta se olvidan que nos retaron por eso!

Sofía puso los ojos en blanco, exasperada. —¡Sí! Como con los dulces antes de cenar. ¡Un día es “¡Ni se les ocurra, arruinarán la cena!” con caras largas y todo! Y otro día, papá llega con una bolsa de gomitas y nos dice “¡Vamos a comer dulces viendo una película!” ¡¿En qué quedamos?!

Olivia escuchó atentamente, sin interrumpir, sus ojos fijos en los rostros de los niños, absorbiendo cada detalle de su confusión. Cuando terminaron de hablar, exhaló un suave ulular, pensativa.

—Entiendo… veo que están sintiendo… como si estuvieran jugando un juego con reglas invisibles que cambian sin avisar. Y eso, pequeños, puede ser muy… desconcertante y frustrante, lo comprendo.

Mateo suspiró, dejando caer los hombros. —¡Y mucho! ¡Es que nunca sabemos a qué atenernos! Un día nos regañan por algo, y al otro día… como si nada. ¡Es súper injusto!

Sofía cruzó los brazos, haciendo un mohín. —Y a veces, ni siquiera entendemos por qué está prohibido algo. Simplemente nos dicen "¡Porque yo lo digo!" o "¡Porque no!". ¡Y eso no es una explicación! ¡Solo nos da rabia y nos deja más confundidos!

Olivia se acicaló una pluma en el ala, pensativa. —Pobre Sofía, pobre Mateo. Siento mucho que estén sintiendo esta… montaña rusa de reglas cambiantes y explicaciones inexistentes. Déjenme pensar un momento… A ver si desde mi perspectiva de lechuza, logro entender un poco el porqué de este… laberinto de normas.

Tras un instante de silencio, donde sólo se escuchaba el suave ulular de Olivia y el palpitar de la noche, la lechuza comenzó a hablar, con su tono sabio y comprensivo.

—Mis pequeños humanos, en el mundo de los adultos, a veces las reglas son… como las nubes en el cielo: cambian de forma, se mueven con el viento… No siempre son tan sólidas y predecibles como nos gustaría. Y esto, claro, puede ser confuso para ustedes, que prefieren un mundo más ordenado y con límites claros, como el diseño preciso de un panal de abejas o las líneas rectas de una rama de árbol.

—Pero… ¿por qué? ¿Por qué no son claras y ya? —insistió Mateo, todavía con el tono molesto.

—Ay, pequeño Mateo, si tan solo tuviera una respuesta sencilla… —respondió Olivia con suavidad—. Creo que a veces, la inconsistencia de las reglas adultas… surge de muchas razones, a menudo… entrelazadas como las raíces de un jacarandá.

—Una razón —continuó, pensativa—, podría ser… el cansancio, el estrés, las preocupaciones adultas. A veces, los adultos están tan agobiados con sus propias cargas, con el trabajo, los problemas, las presiones, que… que pierden un poco la paciencia y la energía para mantener las reglas de forma consistente. Un día están más tranquilos y flexibles, otro día más irritables y estrictos. No es excusa, claro que no, pero… a veces, la vida adulta es así, un vaivén de estados de ánimo y energías.

—Otra razón —siguió Olivia—, podría ser… que a veces los adultos… no se dan cuenta de cómo les afectan sus propios sentimientos y cambios de humor a la hora de poner reglas. Un día están contentos y permisivos, otro día están preocupados o tensos, y sin quererlo, se vuelven más rígidos y severos, o más laxos y descuidados, sin ser conscientes de que están cambiando las reglas del juego.

—También, a veces, debo decirlo, la falta de explicaciones claras… no es porque no quieran explicar, sino porque… quizás ellos mismos no tienen una razón clara. A veces las reglas adultas son un poco… arbitrarias, o basadas en costumbres que se transmiten de generación en generación sin mucha reflexión. Y cuando ustedes les piden "¿por qué?", simplemente repiten lo que oyeron de sus propios padres, sin cuestionárselo mucho, y de ahí sale el "¡Porque yo lo digo!" que, sé bien, no les satisface para nada.

Olivia miró a Sofía y Mateo con una expresión comprensiva. —Pero, mis pequeños, quiero que sepan algo importante: la inconsistencia de las reglas no significa que no los quieran o que no les importen. A veces, simplemente significa que los adultos… también son imperfectos, también se equivocan, también tienen sus propias confusiones y… a veces, les cuesta comunicarse con claridad. No siempre es fácil ser adulto, así como no siempre es fácil ser niño, ¿verdad?

—Entonces, ¿qué podemos hacer? —preguntó Sofía, con un tono de voz un poco más animado—. ¿Solo aguantarnos las reglas que cambian sin entender?

—No, pequeña Sofía, claro que no solo aguantarse —respondió Olivia con firmeza—. Lo más importante, creo yo, es hablar. Hablar con calma, con respeto, intentar preguntar "¿por qué?" cuando una regla les parezca confusa o inconsistente. Expresar cómo se sienten cuando las reglas cambian sin explicación. A veces, si ustedes expresan sus dudas y sentimientos con calma, los adultos… se detienen a pensar, a reflexionar, y quizás, incluso cambian un poco su manera de poner las reglas, o al menos, les dan explicaciones más claras.

—Y también —agregó Olivia con una sonrisa pícara—, recuerden que ustedes también pueden tener sus propias "reglas" dentro de su mundo de juegos y sueños. Reglas de amistad, reglas de juego limpio, reglas para compartir secretos… Y pueden intentar mantener esas reglas con constancia y claridad, en su propio pequeño universo. Porque incluso en medio de la confusión de las reglas adultas, ustedes pueden construir su propio espacio de orden, de coherencia y de confianza mutua.

Olivia miró a los niños con ternura. —Y ahora, mis pequeños exploradores de reglas… ¿qué les parece si para irse a dormir con menos interrogantes en la cabeza, les cuento una historia? Una historia… sobre un reino donde las reglas eran tan claras y justas como las líneas de un pentagrama… pero donde también, a veces, la flexibilidad y la comprensión… resultaban ser aún más valiosas que la regla más rígida…

El Reino de la Escala Perfecta



En las lejanas tierras de Melodía, se alzaba el Reino de la Escala Perfecta, un lugar famoso por su orden y armonía. En este reino, todo se regía por reglas precisas y justas, tan claras y nítidas como las notas en un pentagrama. Cada actividad, desde el amanecer hasta el ocaso, seguía un ritmo y una melodía establecidos, garantizando que cada habitante supiera exactamente qué hacer y qué esperar.

El rey de Melodía, un hombre sabio y bondadoso llamado Rey Diapasón, creía firmemente en el poder de las reglas. Decía: "Las reglas son como las líneas del pentagrama, sobre ellas se escribe la melodía de nuestra convivencia. Si las líneas son claras y rectas, la música será armoniosa y bella. Si las líneas son torcidas o confusas, la música será un caos discordante."

En Melodía, había reglas para todo: para cómo saludar al sol, para cómo regar las flores, para cómo cocinar las deliciosas “Sinfonías de Sopa” y hasta para cómo columpiarse en las lianas del Gran Parque Armónico. Estas reglas estaban escritas en enormes rollos de pergamino musical, guardados con esmero en la Biblioteca de la Armonía, y todos los ciudadanos las conocían y respetaban.

Una de las reglas más importantes, y más queridas por los niños del reino, era la "Regla de la Ronda Musical al Atardecer". Cada tarde, al sonar las campanas melodiosas de la Torre Central, todos los niños se reunían en la Plaza Mayor para participar en una ronda musical. Debían formar un círculo perfecto, tomarse de las manos y cantar al unísono la "Canción de la Despedida al Sol". Era un momento mágico y hermoso, que llenaba el reino de alegría y conexión.

Un día, sin embargo, ocurrió algo inesperado. Una niña llamada Clara, muy querida en el reino por su voz dulce y su sonrisa radiante, enfermó repentinamente. Una fuerte fiebre la mantuvo en cama, impidiéndole asistir a la escuela y, lo que más le dolía, participar en la Ronda Musical al Atardecer.

Al llegar la hora de la ronda, los niños se reunieron en la plaza, pero notaron la ausencia de Clara. Un murmullo de preocupación se extendió entre ellos. Recordaron la regla: “Todos los niños deben participar en la Ronda Musical al Atardecer”. Pero, ¿qué hacer si Clara estaba enferma y no podía venir?

Algunos niños, muy apegados a las reglas, propusieron seguir adelante sin Clara. “La regla es clara —dijeron—, debemos formar el círculo y cantar la canción. Clara entenderá que no podemos romper las reglas, aunque la extrañemos mucho.”

Pero otros niños, recordando el cariño y la amistad que sentían por Clara, no estaban de acuerdo. “No podemos dejar a Clara sola en casa, estando enferma y triste —dijeron—. La regla de la ronda es importante, pero más importante es nuestra amistad y preocuparnos por quien nos necesita.”

La discusión se acaloró un poco, hasta que llegó al oído de la consejera real, Doña Sostenido, una mujer sabia y musical que siempre aconsejaba al Rey Diapasón. Doña Sostenido escuchó atentamente el dilema de los niños y luego, con una sonrisa comprensiva, les dijo:

“Mis pequeños músicos, el Rey Diapasón ha creado reglas para que nuestro reino viva en armonía y justicia. Pero él también nos ha enseñado que la música más hermosa surge del corazón, y que a veces, la melodía

de la empatía y la compasión es más importante que seguir la partitura al pie de la letra."

Doña Sostenido llevó a los niños hasta la puerta de la casa de Clara y les propuso: "¿Qué les parece si en lugar de hacer la ronda en la Plaza Mayor, la hacemos aquí, frente a la ventana de Clara? Formaremos un círculo pequeño, le cantaremos nuestra 'Canción de Despedida al Sol' para que nos escuche desde su cama, y le mostraremos que pensamos en ella y que la extrañamos."

Los niños se iluminaron con la idea. Rápidamente formaron un círculo suave frente a la ventana de Clara, se tomaron de las manos con delicadeza y comenzaron a cantar, con más cariño y sentimiento que nunca, la "Canción de la Despedida al Sol".

Desde su ventana, Clara escuchaba la melodía familiar, pero esta vez sentía que la canción tenía un sonido diferente, un sonido más cálido y personal, un eco de la preocupación y el cariño de sus amigos. Lágrimas de emoción rodaron por sus mejillas, y un sentimiento profundo de felicidad llenó su corazón enfermo. Sabía que, aunque no estaba físicamente en la ronda, estaba presente en el corazón de sus amigos, y que su amistad era más fuerte que cualquier regla.

Al día siguiente, Clara se sintió mucho mejor y pudo regresar a la escuela. Corrió a la Plaza Mayor y abrazó a sus amigos con alegría. Juntos le contaron al Rey Diapasón lo que había sucedido la tarde anterior, cómo habían decidido cambiar la regla de la ronda para no dejar sola a Clara.

El Rey Diapasón escuchó la historia conmovido. Sonrió con dulzura y les dijo a los niños: "Mis queridos pequeños músicos, hoy me han dado una lección muy importante. Me han enseñado que las reglas son valiosas, sí, como las líneas del pentagrama, pero que la música de la vida no siempre se escribe en líneas rectas. A veces, hay notas inesperadas, pausas necesarias, ritmos diferentes que hacen la melodía aún más rica y hermosa. Me han demostrado que la flexibilidad, la comprensión y el cariño son a veces notas más importantes que la rigidez de cualquier regla."

Y desde ese día, en el Reino de la Escala Perfecta, siguieron respetando las reglas, por supuesto, pero también aprendieron a escuchar la melodía del corazón, a valorar la amistad y la empatía por encima de la rigidez de las normas, entendiendo que a veces, la música más hermosa surge cuando uno se permite salir un poco del pentagrama… para seguir el compás del amor y la compasión.

Cuando Olivia terminó de contar el cuento, un silencio pensativo reinó en la habitación. Sofía y Mateo se quedaron mirando al vacío, imaginando

el Reino de la Escala Perfecta, visualizando a Clara enferma escuchando la ronda musical desde su ventana, y sintiendo la sabia lección del Rey Diapasón.

Olivia los miró con cariño y les dijo: —Y así, mis pequeños, recuerden siempre el Reino de la Escala Perfecta. Recuerden que las reglas son importantes, como las líneas del pentagrama, pero que la música de la vida es más rica cuando le añadimos las notas de la flexibilidad, la comprensión y la empatía. No siempre hay una sola forma "correcta" de seguir la melodía. A veces, lo más valioso es escuchar el corazón y permitirnos… salir un poco del pentagrama para ayudar a quien lo necesita.

Bostezó suavemente. —Ahora, mis pequeños compositores de sueños, es hora de descansar. Que sus sueños estén llenos de melodías armoniosas y de reinos donde las reglas sean justas y flexibles a la vez. Descansen bien, y recuerden que mañana volveré, con mis oídos atentos y otra historia musical para compartir.

Con un guiño divertido, se preparó para alzar vuelo. Sofía y Mateo se metieron bajo sus cobijas, con una sensación de paz y entendimiento en sus corazones. La historia de Olivia les había regalado una nueva perspectiva sobre las reglas y una valiosa lección sobre la flexibilidad y la empatía. Se durmieron sonriendo, con la melodía de la "Canción de la Despedida al Sol" resonando suavemente en sus pensamientos, esperando con ilusión la próxima noche, la próxima conversación con Olivia… y la próxima melodía de sabiduría que la lechuza les regalaría al oído.

IV

La luz tenue de la lámpara de noche envolvía la habitación en un halo cálido, pero no lograba iluminar del todo las sombras de duda que se dibujaban en los rostros de Sofía y Mateo. Estaban sentados en la cama, quietos y ensimismados, con juguetes a medio usar y libros con las páginas a medio leer, como si algo les impidiera concentrarse en sus juegos favoritos. En el ambiente se percibía una atmósfera de desconcierto, como si estuvieran tratando de descifrar un enigma invisible.

Un suave aleteo en la ventana les devolvió un poco de ánimo. Olivia, puntual a su cita nocturna, se posó en el alféizar, escrutando a los niños con su mirada penetrante. Reconoció al instante ese gesto fruncido entre las cejas, esa mirada interrogante que reflejaba una mente trabajando intensamente.

—Buenas noches, pequeños descifradores —saludó Olivia con un tono suave y curioso—. Veo que sus mentes están hoy como colmenas, llenas de preguntas y pensamientos. ¿Qué acertijo misterioso los tiene tan… concentrados en la oscuridad?

Mateo suspiró, como si al fin pudiera compartir un peso que llevaba cargando.

—Hola, Olivia. Es que… no entendemos las cosas.

Sofía asintió con fuerza, sumándose al lamento de su hermano. —¡No entienden cuando les pedimos que nos expliquen! ¡O nos explican… pero no entendemos nada igual!

Olivia inclinó la cabeza, con expresión atenta. —¿No entienden? ¿Qué tipo de cosas no entienden, mis pequeños? Cuénteme, quizás esta vieja lechuza pueda ayudar a desenmarañar algún hilo.

Mateo se apresuró a poner un ejemplo, como si lo tuviera guardado en la punta de la lengua. —Como hoy, en la clase de ciencias. La maestra habló de… de la fotosíntesis… ¡y usó unas palabras tan raras! Dijo "cloroplastos" y "dióxido de carbono" y no sé qué más… Yo le pregunté "Seño, ¿qué es 'dióxido de carbono'?", ¡y me respondió "¡Ay, Mateo, es algo muy sencillo, ya lo hemos visto!"! Pero… yo no me acuerdo, ¡y no entendí nada! Me quedé igualito que antes de preguntar.

Sofía asintió, comprendiendo perfectamente la frustración de su hermano. —A mí me pasa con papá, cuando arregla cosas en casa. Usa unos nombres para las herramientas… ¡destornillador Phillips, llave Stilson, alicates de punta fina! Yo le pregunto "Papá, ¿para qué sirve esa 'llave

stilson'?", y me responde "Ay, Sofi, es una llave muy común, ¡la usamos para todo!". Pero… ¡yo no sé qué es 'todo'! ¡Y no me explica para qué sirve esa llave de verdad! Me dice "para todo", ¡y eso no me explica nada de nada!

Olivia escuchó con atención los ejemplos de los niños, parpadeando lentamente, procesando cada detalle de su confusión y frustración. Luego, con su voz sabia y pausada, comenzó a responder.

—Ya veo, mis pequeños buscadores de claridad. Entiendo perfectamente esa sensación… de estar en un laberinto de palabras complicadas y explicaciones vagas que no iluminan el camino. Es como… como tratar de leer un mapa escrito en un idioma que no conoces, ¿verdad? Te quedas igual de perdido, o quizás aún más confundido.

Mateo suspiró con alivio, sintiéndose comprendido. —¡Exacto! ¡Es justo así! ¡Como si hablaran otro idioma! ¡O como si pensaran que nosotros ya sabemos todo lo que ellos saben, y no se dan cuenta de que somos niños y estamos aprendiendo!

Sofía asintió con vehemencia. —¡Sí! Y además… a veces siento que… que no se molestan en explicarnos bien. Como si pensaran "Ay, es muy largo de explicar", o "Ay, no lo va a entender igual". ¡Y eso no es justo! ¡Nosotros queremos entender! ¡Y si nos explicaran bien, sí entenderíamos!

Olivia sonrió con ternura, admirando la determinación de los niños por comprender el mundo. —Así es, pequeñas mentes curiosas. Tienen toda la razón. Tienen derecho a que les expliquen las cosas de manera clara, sencilla y que puedan entender. Y a veces, cuando las explicaciones son confusas o inexistentes, se siente como si… como si los dejaran fuera de un círculo de conocimiento, como si los excluyeran de una información que también les pertenece.

—Pero… ¿por qué hacen eso los adultos? —preguntó Mateo, con genuina curiosidad—. ¿Por qué no nos explican bien? ¿Es que no quieren que entendamos?

Olivia reflexionó un instante, antes de responder con su tono suave y comprensivo. —No, pequeño Mateo, no creo que sea que no quieran que entiendan. Creo que más bien, a veces a los adultos… les cuesta recordar cómo se siente no saber algo, cómo es empezar a aprender desde cero. Ellos ya saben tantas cosas, han aprendido tantas palabras y conceptos a lo largo de su vida, que a veces olvidan que para ustedes… muchas cosas son nuevas, y que necesitan que se las expliquen con paciencia y con un lenguaje que puedan comprender.

—Quizás —continuó Olivia, pensativa—, los adultos… a veces asumen que ustedes ya saben ciertas cosas, o que entenderán rápidamente sin necesidad de mucha explicación. Tal vez creen que simplificar demasiado las cosas… sería como… subestimar su inteligencia, o tratarles como si fueran menos capaces de entender. Es una manera… a veces equivocada, de intentar "ayudar", de intentar ir rápido, pero que termina siendo contraproducente, y los deja aún más confundidos.

—También —agregó Olivia—, a veces, la falta de explicaciones claras… surge de la prisa, del apuro, del estrés. Los adultos a menudo viven muy acelerados, con poco tiempo para detenerse y explicar las cosas con detalle. Están ocupados con sus trabajos, sus tareas, sus preocupaciones… Y quizás, sin querer, terminan dando respuestas rápidas, usando un lenguaje técnico o asumiendo que ustedes ya entienden cosas que, en realidad, necesitan que se las expliquen paso a paso.

—Y, a veces, debo decirlo también —continuó Olivia, con un tono más confidencial—, a veces, los adultos… no explican bien… porque ellos mismos no lo tienen tan claro como creen. A veces, usamos palabras complicadas o damos explicaciones confusas… cuando en realidad, no estamos del todo seguros de haber entendido algo al cien por cien. Y en vez de reconocerlo, disimulamos con palabras grandes o con respuestas vagas, creyendo que así quedamos… más sabios, o más expertos. ¡Pero no es así! La verdadera sabiduría está en saber explicar las cosas de manera sencilla y clara, para que todos puedan entender.

Olivia miró a Sofía y Mateo con cariño y comprensión. —Así que, mis pequeños buscadores de respuestas, la próxima vez que se encuentren con una explicación confusa o una pregunta sin respuesta… no se queden callados, no se sientan frustrados. Pregunten de nuevo, pidan más detalles, digan "No entiendo, por favor explícame de otra manera". Tienen derecho a entender, y tienen la inteligencia para hacerlo. Y recuerden que la claridad es como la luz: ilumina el camino y nos ayuda a avanzar con seguridad.

Olivia se acomodó las plumas, preparándose para contarles una historia. —Y ahora, para que se vayan a dormir con ideas más claras en sus cabecitas, ¿qué les parece si les cuento una historia? Una historia… sobre un faro mágico que siempre emitía luz clara y precisa… pero que un día, por un descuido, empezó a emitir señales confusas y erráticas… y sobre cómo sus guardianes tuvieron que aprender a escucharse mutuamente… para volver a iluminar el camino con claridad…

El Faro de la Luz Confusa



En la costa brumosa de la Isla Desvelada, se erguía el Faro de la Luz Confusa, antiguamente conocido como el Faro de la Claridad. Durante siglos, este faro mágico había sido la guía segura de navegantes y viajeros, proyectando una luz blanca y precisa que cortaba la niebla más espesa y señalaba el camino a puerto con infalible exactitud. Su luz era famosa en todas las tierras marinas, conocida por su claridad y constancia.

El faro estaba cuidado por dos guardianes, hermanos gemelos, llamados Lúminos y Celeste. Lúminos era el maestro de la luz, responsable de mantener la lámpara brillante y enfocada. Celeste era la experta en señales, encargada de programar los destellos y patrones luminosos que transmitían mensajes a los barcos. Siempre habían trabajado en perfecta armonía, comunicándose con gestos claros, palabras precisas y una

comprensión tácita que hacía que el trabajo del faro pareciera una danza sincronizada.

Un día, sin embargo, una pequeña nube de descuido se interpuso en su rutina. Lúminos, preocupado por una melodía que rondaba en su cabeza y distraído por el vuelo de una gaviota, ajustó un cristal del faro sin prestar demasiada atención a las indicaciones de Celeste. Al mismo tiempo, Celeste, ensimismada en la lectura de un viejo libro de señales, cambió un patrón de destellos sin asegurarse de que Lúminos estuviera al tanto. Una pequeña confusión, un instante de falta de claridad en su comunicación, que desencadenaría… ¡un caos de luces!

Al caer la noche, la luz del Faro de la Claridad, ¡ya no era clara en absoluto! Empezó a emitir destellos erráticos, patrones confusos, colores cambiantes que no tenían sentido. Los barcos en la lejanía, acostumbrados a la luz precisa y confiable del faro, se sintieron perdidos y desorientados. Un barco mercante interpretó un destello rojo como señal de peligro ¡cuando en realidad no había ninguno! Otro barco pesquero creyó que un patrón rápido de luces indicaba aguas profundas, ¡cuando estaba peligrosamente cerca de los arrecifes! ¡La confusión reinaba en el mar!

En el faro, Lúminos y Celeste, ajenos al caos que habían provocado, comenzaron a notar que algo no iba bien. La luz no se veía como siempre, los mecanismos parecían funcionar de manera extraña. Pero, en lugar de detenerse a hablar con calma y explicarse mutuamente lo que estaba pasando, cada uno intentó solucionar el problema por su cuenta, asumiendo que el otro sabía lo que hacía y entendiendo el origen del error.

Lúminos, creyendo que el problema era la lámpara, comenzó a cambiar bombillas y ajustar espejos sin explicarle nada a Celeste. Celeste, pensando que la falla estaba en el panel de señales, empezó a modificar programas y cambiar códigos sin consultarle a Lúminos. Cada uno actuaba con buena intención, pero la falta de comunicación clara y de explicaciones comprensibles solo empeoraba la situación. ¡Las luces del faro se volvieron aún más caóticas!

El Faro de la Claridad, convertido ahora en el Faro de la Luz Confusa, sembraba la confusión y el desconcierto en toda la costa. Los pescadores no sabían a dónde dirigir sus redes, los viajeros perdían el rumbo, las embarcaciones se desviaban de su camino… ¡La isla entera estaba sumida en un mar de dudas y señales equívocas!

Finalmente, Doña Serenísima, la alcaldesa de la Isla Desvelada, una mujer sabia y paciente, decidió subir hasta el faro para hablar con los guardianes. Al llegar, encontró a Lúminos y Celeste discutiendo

acaloradamente, cada uno culpando al otro por el mal funcionamiento de la luz.

Doña Sereníssima los interrumpió con suavidad. —Hermanos guardianes, veo que están trabajando arduamente, pero… ¿han intentado… hablarse con claridad? ¿Explicarse mutuamente qué han estado haciendo y qué creen que está sucediendo?

Lúminos y Celeste se miraron, confundidos. Se dieron cuenta de que, en medio del apuro y la preocupación, habían olvidado lo más importante: comunicarse con claridad y escucharse con atención.

Tomándose un respiro, comenzaron a explicarse mutuamente lo que habían hecho. Lúminos le contó a Celeste sobre el cristal que había ajustado distraídamente. Celeste le explicó a Lúminos sobre el patrón de destellos que había cambiado sin avisar. Al escucharse con atención y explicarse con paciencia, ¡la verdad se iluminó tan clara como un rayo de sol! Se dieron cuenta de que la confusión había surgido de una pequeña falta de comunicación, de un instante de explicaciones ausentes.

Juntos, con la información clara y compartida, revisaron el faro paso a paso, deshicieron los ajustes equivocados, restauraron los patrones originales y… ¡voilà! Lentamente, la luz del faro empezó a cambiar. Los destellos erráticos se suavizaron, los colores confusos desaparecieron, y una luz blanca, fuerte y precisa, comenzó a brillar de nuevo con fuerza, cortando la oscuridad y la niebla. ¡El Faro de la Claridad había vuelto a iluminar el camino con precisión infalible!

Desde ese día, en la Isla Desvelada, todos aprendieron la valiosa lección del Faro de la Luz Confusa. Comprendieron que la claridad, en la luz y en las palabras, es esencial para guiar y orientar. Y que, incluso los mejores guardianes, a veces, necesitan detenerse a escucharse mutuamente, a explicarse con paciencia y a comunicarse con claridad, para evitar que pequeñas confusiones… se conviertan en grandes laberintos de oscuridad y desorientación. Y el Faro, volvió a llamarse, para siempre, El Faro de la Claridad.

Cuando Olivia terminó de contar la historia, el silencio en la habitación era distinto al de antes. Ya no era un silencio confuso, sino un silencio reflexivo, como el de dos pequeños faros internos procesando la lección de claridad de la historia.

Olivia los observó con una sonrisa dulce. —Y así, pequeños descifradores, recuerden siempre el Faro de la Luz Confusa. Recuerden que la claridad en las explicaciones es como la luz del faro: nos guía, nos orienta, nos ayuda a entender el camino. Y que cuando algo no esté claro, cuando

las explicaciones sean confusas, no tengan miedo de preguntar, de pedir que les expliquen de otra manera, de buscar la claridad entre las palabras. Porque la claridad es un tesoro muy valioso, que nos ayuda a navegar por el mar de la vida sin perder el rumbo.

Bostezó suavemente, estirando sus alas. —Ahora, mis pequeños buscadores de luz, es hora de cerrar los ojitos y soñar con faros brillantes y explicaciones cristalinas. Descansen bien, recuperen energías para un nuevo día, y recuerden que mañana volveré a escucharlos, con mis oídos bien abiertos y otra historia luminosa para compartir.

Con un guiño divertido, se impulsó con sus alas hacia la noche estrellada. Sofía y Mateo se acurrucaron bajo las cobijas, con una nueva comprensión brillando en sus mentes. La historia de Olivia les había regalado una valiosa lección sobre la claridad y la comunicación. Se durmieron sonriendo, con la imagen del Faro de la Claridad brillando en sus sueños, esperando con alegría la próxima noche, la próxima conversación con Olivia… y la próxima luz de sabiduría que la lechuza les revelaría al oído.

V

La luz de la luna luchaba por entrar en la habitación, eclipsada por las cortinas corridas. Sofía y Mateo estaban sentados en la penumbra, juntos en el suelo, pero con una distancia entre ellos, como si incluso entre hermanos, la atmósfera pesara demasiado para acercarse. Sus rostros, usualmente iluminados por la curiosidad y la alegría, estaban apagados, casi sombríos. El silencio era denso, un silencio cargado de frustración y un dejo de tristeza.

Un golpe suave contra el vidrio, más que un roce, anunció la llegada de Olivia. La lechuza se posó en el alféizar, y sus grandes ojos brillantes se adaptaron rápidamente a la penumbra. Percibió de inmediato la energía apagada de los niños, la tristeza silenciosa que envolvía la habitación como una bruma espesa.

—Buenas noches, pequeños corazones —saludó Olivia con un tono suave y preocupado—. Siento… un aire pesado en el ambiente esta noche. ¿Qué nubla hoy su cielo interior? ¿Alguna nueva sombra los tiene tan… silenciosos y apesadumbrados?

Mateo, con la voz baja, casi un susurro, fue el primero en responder.

—Hola, Olivia. Es que… a veces sentimos que… hagamos lo que hagamos… siempre está mal.

Sofía asintió con un suspiro profundo, apretando los labios con fuerza. —Sí. Siempre nos dicen lo que hicimos mal. Nunca nos dicen lo que hicimos bien. Es como si… como si solo vieran lo negativo.

Olivia ladeó la cabeza, mostrando preocupación en su mirada. —¿Solo ven lo negativo? ¿Sienten que siempre se enfocan en sus errores y fallas, mis pequeños? Cuéntenme más, quiero entender.

Mateo, animándose un poco al sentirse escuchado, prosiguió. —Sí. Como hoy… yo ayudé a mamá a poner la mesa para la cena. Me esforcé mucho en poner los platos parejitos y los cubiertos en orden. ¡Y hasta doblé las servilletas como ella me enseñó! Pero, cuando papá llegó, en vez de decirme algo lindo por ayudar, lo primero que dijo fue: "Ay, Mateo, ¡pero mira qué desordenado pusiste los vasos! ¡Están todos chuecos!" ¡Y nadie me dijo nada de lo lindo que puse todo lo demás!

Sofía intervino, con un dejo de amargura en la voz. —A mí me pasa con los dibujos. Me paso horas dibujando, eligiendo los colores, esforzándome en que quede lindo. Le muestro mi dibujo a la abuela, orgullosa, y ella me

dice “Ay, Sofi, qué lindo… pero… mmm… fíjate que el árbol te quedó un poco torcido, la copa no está bien redonda”. ¡Siempre encuentra algo “pero”! Nunca me dice “¡Qué lindo dibujo, Sofi! ¡Me encanta!”. Siempre tiene que remarcar lo que no salió perfecto.

Olivia los escuchó con atención, asintiendo lentamente a cada ejemplo, su expresión reflejando la empatía que sentía por la tristeza de los niños. Cuando terminaron de hablar, exhaló un ulular suave y melancólico.

—Ah, mis pequeños artistas, mis pequeños ayudantes… Entiendo esa sensación que les aprieta el corazón. Sienten que sus esfuerzos, sus logros, sus avances… pasan desapercibidos, como si fueran invisibles a los ojos de los adultos. Y que, en cambio, sus pequeños errores, sus fallas… se magnifican, como si fueran el único foco de atención. Es una sensación… muy desmotivadora y desalentadora, ¿verdad?

Mateo asintió con tristeza, con los ojos brillantes por las ganas de llorar. —Sí. ¡Mucho! Es como si… como si nada de lo que hagamos estuviera nunca lo suficientemente bien. Como si siempre hubiera algo mal. Como si no importara cuánto nos esforzamos, siempre va a haber algo que criticar.

Sofía se cruzó de brazos, con el ceño fruncido por la frustración. —Y a veces hasta nos dicen cosas feas... Me dicen “¡Qué torpe eres!” o “¡Siempre haces todo mal!”. ¡Y eso duele mucho! ¡Nos sentimos muy mal con nosotros mismos! Como si… como si no fuéramos buenos para nada.

Olivia suspiró, conmovida por las palabras de Sofía. —Pequeña Sofía, pequeño Mateo… esas palabras que escuchan, esas etiquetas negativas… no son justas, ni verdaderas. Ustedes son niños maravillosos, creativos, capaces, con mucho potencial y mucho para ofrecer al mundo. Y esas críticas constantes, ese foco exclusivo en lo negativo… pueden hacer mucho daño a su autoestima, a su confianza en sí mismos, a su motivación para seguir intentando y aprendiendo. Es como… como si estuvieran regando una plantita delicada… solo con agua fría y helada, en vez de agua tibia y solcito… la plantita se marchita, se debilita, pierde su alegría para crecer y florecer.

—Pero… ¿por qué los adultos hacen eso? —preguntó Mateo, buscando una explicación, una razón que diera sentido a ese dolor. —¿Por qué solo se fijan en lo malo? ¿Es que no ven lo bueno que hacemos?

Olivia reflexionó un instante, antes de responder con su tono comprensivo. —No, pequeño Mateo, estoy segura de que, en algún lugar de su corazón, sí ven lo bueno que hacen. Pero creo que a veces, los adultos… no saben cómo expresar su aprecio, cómo reconocer sus

logros, cómo destacar sus esfuerzos. A veces… olvidan la importancia del elogio, del estímulo positivo, del reconocimiento.

—Quizás —continuó Olivia, pensativa—, algunos adultos creen que criticar, señalar los errores, es la mejor manera de motivarlos a mejorar, de "enderezar" sus pasos, de hacerlos "perfectos". Tal vez piensan que, si los elogian demasiado, se "malcriarán", se volverán complacientes o dejarán de esforzarse. Es una creencia… antigua y… para mi gusto, un poco equivocada, porque en realidad, la motivación y el aprendizaje florecen mejor en un ambiente de cariño, apoyo y reconocimiento, que en un clima de críticas constantes.

—También —agregó Olivia—, a veces, la tendencia a criticar y enfocarse en lo negativo… es una costumbre aprendida. Algunos adultos crecieron en familias donde la crítica era la forma habitual de comunicarse, donde se esperaba la perfección y se señalaba el mínimo error. Y sin darse cuenta, repiten esos mismos patrones con ustedes, sin ser conscientes del daño que pueden causar. Es como un eco… de viejas formas de criar… que se transmiten de generación en generación, sin que nadie se detenga a cuestionarlas.

—Y, a veces —continuó Olivia, con un tono más suave—, debo decirles que también… a veces los adultos… están proyectando en ustedes… sus propias inseguridades, sus propias exigencias consigo mismos. Si un adulto es muy crítico consigo mismo, si siempre se está autoexigiendo la perfección, es más probable que también sea muy crítico con los demás, incluyendo con sus propios hijos. Es como si… como si vieran sus propias fallas reflejadas en ustedes, y en vez de ayudarlos con cariño, los criticaran con dureza, quizás sin ser conscientes de que, en realidad, se están criticando a sí mismos a través de ustedes.

Olivia miró a Sofía y Mateo con ternura y comprensión. —Mis pequeños tesoros, quiero que recuerden esto siempre: las críticas constantes no definen su valor. Sus errores no son el centro de quienes son. Sus logros y sus esfuerzos son valiosos, y merecen ser reconocidos y celebrados. Y si a veces los adultos se enfocan demasiado en lo negativo… recuerden que es más sobre ellos y sus propias confusiones, que sobre ustedes y su valía.

Olivia se acicaló una pluma en el ala, antes de concluir con una sonrisa dulce. —Y ahora, para irse a dormir con una sensación más dulce en el alma, ¿qué les parece si les cuento una historia? Una historia… sobre un jardín mágico donde solo florecían… ¡elogios y palabras bonitas! Y donde las críticas… ¡se marchitaban como malas hierbas, sin poder hacer daño a ninguna flor! ¿Les gustaría visitar ese jardín en sueños?

Sofía y Mateo asintieron con una sonrisa tímida, contagiados por el tono amable de Olivia. —¡Sí, por favor! Nos gustaría mucho…

Olivia sonrió con un guiño divertido. —Entonces, ¡acomódense bien, pequeños jardineros de sueños, que la historia del Jardín de los Elogios está a punto de florecer!

El Jardín de los Elogios



En un lugar escondido más allá del arcoíris y detrás de la nube más suave, existía un jardín muy peculiar: El Jardín de los Elogios. No era un jardín como cualquier otro. En este jardín mágico, las flores no crecían con agua y sol, ¡sino con elogios y palabras bonitas!

Cada palabra amable, cada frase de aliento, cada expresión de aprecio… ¡se convertía en una flor radiante! Los elogios de alegría hacían brotar girasoles dorados que irradiaban felicidad. Las palabras de admiración daban vida a rosas rojas intensas, símbolo de belleza y valor. Los cumplidos de ternura creaban delicadas violetas perfumadas, llenas de dulzura. Y los halagos de apoyo hacían florecer fuertes claveles rosados, que representaban la motivación y la fuerza interior.

El guardián de este jardín maravilloso era un duendecillo llamado Elbio, de corazón noble y sonrisa gentil. Elbio amaba las palabras bonitas más

que a nada en el mundo, y pasaba sus días cultivando su jardín con frases cariñosas y cumplidos sinceros. A los girasoles les decía "¡Qué radiantes están hoy, llenando el jardín de alegría!", a las rosas las elogiaba "¡Su perfume es delicioso, y su color es vibrante!", a las violetas les susurraba "¡Qué delicadas y preciosas son, su belleza es única!", y a los claveles los alentaba "¡Qué fuertes y decididos crecen, irradiando fuerza y ánimo!". Y así, el Jardín de los Elogios florecía sin parar, creando un espectáculo de color y aroma que maravillaba a todos los seres mágicos que lo visitaban.

Un día, llegó al jardín una mariposa llamada Criticona, muy curiosa pero también… un poco criticona, como su nombre lo indicaba. Criticona estaba acostumbrada a ver el mundo con ojos muy exigentes, siempre notando los pequeños defectos y los errores mínimos. No era malintencionada, pero tenía la costumbre de expresar lo que pensaba sin mucho filtro, enfocándose más en lo que no le gustaba que en lo que sí le agradaba.

Al llegar al Jardín de los Elogios, Criticona revoloteó entre las flores, pero en lugar de admirar su belleza, comenzó a fijarse en… ¡lo que a su juicio no estaba perfecto! "Mmm, este girasol está un poco doblado, ¡no crece del todo derecho!" pensó. "Ay, estas rosas rojas tienen algunas espinas demasiado puntiagudas, ¡podrían ser más suaves!". "Uy, estas violetas están un poco pálidas, ¡necesitan más color!". Y así, Criticona iba de flor en flor, susurrando pequeñas críticas y… sin darse cuenta, ¡llevando consigo… pequeñas semillas de malas hierbas llamadas "Críticaflor"!

Criticona no se percató de lo que sucedía, pero Elbio, el guardián del jardín, comenzó a notar con preocupación que las flores empezaban a… ¡perder su brillo y a marchitarse un poco! Los girasoles ya no irradiaban tanta alegría, las rosas se veían un poco apagadas, las violetas perdían su perfume y los claveles parecían menos fuertes. Peor aún, ¡unas pequeñas hierbas grises y espinosas, las "Críticaflor", comenzaron a brotar entre las flores bonitas, robándoles espacio y luz!

Elbio estaba muy preocupado y triste. No entendía qué estaba pasando. Él seguía cuidando el jardín con elogios y palabras bonitas, como siempre… ¿Por qué las flores estaban perdiendo su alegría?

Entonces, vio a Criticona revoloteando cerca de las flores y, preocupado, se acercó a preguntarle qué pensaba del jardín. Criticona, con su honestidad habitual, le respondió: "Pues… es lindo, sí, pero… los girasoles podrían ser más altos, las rosas menos puntiagudas y las violetas más coloridas". Y mientras hablaba, sin querer, esparció algunas semillas más de Críticaflor por el jardín.

En ese instante, ¡la magia del Jardín de los Elogios se reveló ante los ojos de Elbio! Vio cómo, en los lugares donde Criticona había expresado sus críticas, las flores se marchitaban un poco más y las Críticaflor crecían con más fuerza. ¡Entendió que las palabras negativas, las críticas y los juicios… eran como malas hierbas para este jardín mágico! ¡Marchitaban la belleza y ahogaban el crecimiento de las flores! Mientras que solo los elogios, las palabras bonitas y el reconocimiento sincero… ¡eran el verdadero alimento y la magia que hacía florecer este lugar único!

Elbio, con gentileza pero con firmeza, explicó a Criticona la magia especial del jardín. Le contó que, en este lugar, las críticas no tenían cabida, que solo las palabras positivas hacían florecer la belleza y la alegría. Criticona, aunque al principio un poco sorprendida, entendió la lección al instante. Ella nunca había imaginado que sus palabras, aunque no fueran malintencionadas, podrían tener un efecto tan… marchitante en un jardín.

Desde ese día, Criticona aprendió a cambiar su manera de ver el mundo, y especialmente el Jardín de los Elogios. En lugar de enfocarse en lo que no estaba "perfecto", comenzó a buscar lo hermoso, lo valioso y lo positivo en cada flor. En vez de criticar, empezó a elogiar. A los girasoles les dijo "¡Qué energía tan maravillosa irradian!", a las rosas las halagó "¡Qué pétalos tan suaves y qué forma tan elegante!", a las violetas les alabó "¡Qué perfume tan dulce y delicado!", y a los claveles los felicitó "¡Qué resistencia y fuerza demuestran en cada pétalo!".

Y al pronunciar estas nuevas palabras, ¡la magia volvió a obrar maravillas! Las Críticaflor comenzaron a marchitarse y a desaparecer como por encanto, mientras que las flores bonitas recuperaron su brillo, su color y su perfume. ¡El Jardín de los Elogios volvió a florecer con más intensidad y belleza que nunca! Y Criticona, convertida ahora en la Mariposa de los Elogios, aprendió que las palabras amables y positivas son como semillas mágicas, que hacen florecer la belleza, la alegría y el amor… en el jardín de la vida y en el corazón de todos los seres.

Cuando Olivia terminó su cuento, una suave fragancia imaginaria parecía inundar la habitación, como si el perfume de las flores del Jardín de los Elogios hubiera llegado hasta la ventana de Sofía y Mateo. Los niños sonreían, imaginando el jardín mágico lleno de flores de colores, creadas con palabras bonitas y elogios sinceros.

Olivia los miró con ternura, con un guiño divertido en sus ojos brillantes. —Y así, mis pequeños jardineros de sueños, recuerden siempre el Jardín de los Elogios. Recuerden que las palabras son semillas poderosas: las críticas pueden marchitar y lastimar, pero los elogios y las palabras bonitas… ¡hacen florecer la belleza, la alegría y la confianza! Elijan siempre sembrar

semillas de elogios, en su propio jardín interior y en el jardín de los corazones que los rodean. Verán cómo, con palabras amables y sinceras, ¡la vida se llena de flores maravillosas!

Bostezó suavemente, estirando sus alas. —Ahora, mis pequeños cultivadores de sueños, es hora de descansar. Que sus sueños estén llenos de jardines floridos, de palabras amables y de elogios sinceros. Descansen bien, recuperen energías para un nuevo día… y recuerden que mañana volveré a escucharlos, con mi corazón abierto y otra historia florida para compartir.

Con un suave aleteo, Olivia se despidió de los niños, elevándose hacia la noche estrellada. Sofía y Mateo se acurrucaron felices bajo sus mantas, con la lección del Jardín de los Elogios grabada en sus corazones. Se durmieron sonriendo, visualizando un mundo lleno de palabras bonitas y flores radiantes, esperando con entusiasmo la próxima noche, la próxima conversación con Olivia… y la próxima flor de sabiduría que la lechuza les regalaría al oído.

VI

La luz de la luna se derramaba generosamente sobre la habitación, transformándola en un escenario de ensueño plateado. Pero, a pesar de la belleza mágica de la noche, Sofía y Mateo no estaban soñando. Estaban sentados a los pies de la cama, con las espaldas apoyadas contra la madera fría, cada uno sumido en sus propios pensamientos. En el aire flotaba una sensación de… no tristeza profunda, sino más bien… de desánimo, de sentirse pequeños y poco valiosos. Un silencio denso envolvía sus figuras inmóviles, un silencio que parecía gritar sin palabras.

Un aleteo suave contra el vidrio de la ventana rompió la quietud. Olivia, como una estrella fugaz silenciosa, apareció en el alféizar. Sus grandes ojos escrutaron a los niños en la penumbra, detectando al instante la falta de brillo en sus miradas, el peso invisible que los mantenía cabizbajos.

—Buenas noches, pequeños silencios —saludó Olivia con una voz suave y casi susurrante—. Los veo… más apagados que las luciérnagas en invierno esta noche. ¿Qué viento frío ha soplado en sus corazones? ¿Qué preocupación los tiene tan… envueltos en esta bruma de silencio?

Mateo, con un suspiro cansado, levantó la mirada hacia Olivia. —Hola, Olivia. Es que… no nos gusta cuando nos dicen… cosas feas.

Sofía asintió lentamente, con los ojos fijos en un punto invisible del suelo. —No… no nos gusta que nos pongan… nombres feos. O que nos… que nos comparen con otros.

Olivia ladeó la cabeza, con una expresión de profunda comprensión en sus ojos oscuros. —Mmm… ya veo. ¿Nombres feos? ¿Comparaciones? ¿Sienten que les ponen etiquetas negativas, y que los comparan con otros niños de manera… desventajosa, mis pequeños? Cuénteme, por favor, quiero entender qué les duele esta noche.

Mateo se encogió de hombros, con un gesto de resignación. —Como hoy, en casa de la abuela… Yo sin querer rompí un vaso de vidrio, cuando estaba ayudando a guardar los platos. Fue un accidente, de verdad que no quise. ¡Se me resbaló de las manos! Pero la abuela se enojó mucho y me dijo "¡Ay, Mateo, qué torpe eres! ¡Siempre haces todo mal! ¡Eres un descuidado!". Y me hizo sentir… tan mal… Como si de verdad fuera torpe, y como si todo lo hiciera mal siempre.

Sofía frunció el ceño, reviviendo una situación similar en su memoria. —Y a mí, ayer, mi tío me dijo… después de ver mis notas de la escuela, me dijo "Ay, Sofía, ¡qué bajas son tus notas! ¡Tu prima Juana siempre tiene sobresalientes! ¿Por qué no eres más como ella, que sí es aplicada y

estudiosa?" Y eso… me dolió mucho. Me hizo sentir… que no soy lo suficientemente buena, que no soy… tan valiosa como mi prima. Aunque yo me esfuerzo mucho en la escuela…

Olivia escuchó atentamente cada palabra, cada matiz de dolor en las voces de los niños, sus ojos fijos en sus rostros reflejando una profunda empatía. Cuando terminaron de hablar, cerró los ojos por un instante, como si estuviera sopesando el peso de sus palabras, la carga de sus sentimientos. Luego, con una voz suave y reconfortante, comenzó a responder.

—Ah, mis pequeños corazones valientes… Siento mucho, mucho, que hayan tenido que escuchar esas palabras hirientes, esas etiquetas injustas, esas comparaciones dolorosas. Entiendo perfectamente cómo se sienten… desvalorizados, inseguros, tristes… Es una sensación muy… amarga y fría, ¿verdad? Como si de repente… alguien les pintara encima una etiqueta fea… borrando con pintura negra todos los colores bonitos que ustedes tienen dentro.

Mateo suspiró, con un hilo de voz. —Sí… así mismo. Como si… como si para ellos fuéramos solo… solo esa etiqueta fea que nos ponen. "Torpe", "descuidado", o "no eres como tu prima"… Y se olvidan de que somos… mucho más que eso.

Sofía asintió, con la voz un poco temblorosa. —Sí. Olvidan que tenemos… otras cosas buenas. Que a mí me gusta leer y dibujar y ayudar en casa. Y que Mateo… es bueno jugando al fútbol y haciendo chistes para hacernos reír. ¡No somos solo… torpes o menos aplicados! ¡Somos… muchas otras cosas también!

Olivia sonrió con dulzura, reconociendo la valentía y la verdad en las palabras de los niños. —¡Exactamente, mis pequeños tesoros! ¡Son mucho más, muchísimo más, que cualquier etiqueta o comparación injusta que les puedan poner! Ustedes son seres únicos, con talentos propios, con cualidades maravillosas, con una luz interior que brilla con fuerza, aunque a veces las nubes de las palabras negativas intenten apagarla. Y esas etiquetas, esas comparaciones… no definen quienes son ustedes en realidad. Son solo… palabras vacías, a veces… dichas sin pensar, a veces… con poca… sabiduría.

—Pero… ¿por qué los adultos hacen eso? —preguntó Mateo, buscando entender, buscando un sentido en lo que parecía tan… absurdo e hiriente. —¿Por qué nos ponen etiquetas feas? ¿Por qué nos comparan con otros niños? ¿Es que no se dan cuenta de que nos hacen daño?

Olivia reflexionó un instante, antes de responder con su tono sabio y comprensivo. —Mis pequeños, a veces creo que los adultos… no es que

quieran conscientemente hacerles daño. Creo que muchas veces… lo hacen sin pensar, sin darse cuenta del impacto que sus palabras pueden tener en sus corazones sensibles.

—A veces —continuó Olivia, pensativa—, los adultos… usan etiquetas negativas o comparaciones… porque ellos mismos también… fueron etiquetados y comparados cuando eran niños. Es como si repitieran… patrones de comunicación… que aprendieron de sus propios padres, sin cuestionarlos mucho, sin darse cuenta de que esas formas de hablar… no son amorosas ni constructivas. Es como un eco… de viejas costumbres… que se transmiten sin que nadie se detenga a pensar si son… útiles o dañinas.

—También —agregó Olivia—, a veces los adultos… usan comparaciones… pensando que así los van a motivar a mejorar, a esforzarse más. Creen que si les dicen "Mira a tu primo, él sí es bueno en esto, tú también deberías serlo", los impulsarán a superarse. Pero, en realidad… lo que logran muchas veces es… lo contrario. Las comparaciones… generan competencia, envidia, resentimiento… y en lugar de motivar… desmotivan y desalientan, haciéndoles sentir… insuficientes y poco valiosos. Porque cada persona es única, cada niño tiene sus propios tiempos, sus propios talentos, su propio camino… Compararnos con otros… no nos ayuda a crecer, solo nos hace sentir… pequeños y perdidos en un camino ajeno.

—Y, a veces —continuó Olivia con un tono más suave—, debo decirles que también… a veces los adultos… usan etiquetas negativas… en momentos de… enojo, de frustración, de impaciencia. Cuando están cansados, preocupados, estresados… y ustedes cometen un pequeño error… pierden la paciencia, reaccionan de manera exagerada… y sin pensar mucho… sueltan una etiqueta fea, una crítica hiriente, sin medir el peso de sus palabras. No es excusa, claro que no, pero… a veces los adultos… también son imperfectos, también se equivocan, también… pierden el control de sus palabras, sin querer realmente hacer daño.

Olivia miró a Sofía y Mateo con una mirada tierna y llena de ánimo. —Pero, mis pequeños luceros, recuerden esto siempre: ustedes no son etiquetas. No son comparaciones. Son seres maravillosos, con un valor inmenso, único e irrepetible. Y aunque a veces escuchen palabras negativas o comparaciones dolorosas… no dejen que esas palabras definan quienes son. No dejen que apaguen su luz interior. Porque ustedes tienen una luz propia, brillante y hermosa, que nadie, ni con etiquetas ni comparaciones, puede apagar de verdad.

Olivia se acomodó las plumas, preparándose para el cuento de la noche. —Y ahora, para irse a dormir con el alma más liviana, y el corazón más

fuerte, ¿qué les parece si les cuento una historia? Una historia… sobre un pueblo donde las etiquetas… ¡eran hojas de árboles que se llevaba el viento! Y donde cada niño, sin comparaciones ni etiquetas… ¡brillaba con su propia luz única y especial! ¿Quieren viajar conmigo a ese pueblo mágico en sueños?

Sofía y Mateo asintieron con una sonrisa tenue, sintiendo un rayo de esperanza en medio de la penumbra. —Sí, Olivia, queremos ir… al pueblo de las etiquetas que se lleva el viento…

Olivia sonrió con un guiño divertido. —Entonces, ¡prepárense para volar conmigo, pequeños corazones brillantes, que el cuento del Pueblo Sin Etiquetas está a punto de desplegar sus alas!

El Pueblo Sin Etiquetas



En el corazón del Valle de los Ecos Dulces, escondido entre montañas de cristal y ríos de miel, se encontraba un pueblo muy singular: el Pueblo Sin Etiquetas. En este pueblo maravilloso, no existían las etiquetas para las personas. Nadie era llamado "vago", "torpe", "inteligente" o "lindo". Cada habitante, desde el más pequeño niño hasta el anciano más sabio, era simplemente llamado por su nombre, y valorado por ser quien era, único e irrepetible.

Pero no siempre había sido así. Antiguamente, en ese valle existía la costumbre de poner etiquetas a las personas. Cuando nacía un niño, se le entregaba una etiqueta de madera donde se escribía con tinta gruesa y oscura: "Listo" si se le consideraba inteligente, "Lento" si era más tranquilo, "Fuerte" si era robusto, o "Delicado" si era más sensible. Y así, cada persona crecía llevando esa etiqueta colgada al cuello, como si fuera su nombre verdadero.

El problema era que esas etiquetas, en lugar de ayudar, ¡empezaban a hacer daño! Los niños con la etiqueta "Listo" se sentían presionados a ser siempre perfectos y temían equivocarse. Los niños con la etiqueta "Lento" se sentían menos valiosos y pensaban que nunca podrían lograr nada importante. Los "Fuertes" tenían que esconder su tristeza para no parecer débiles, y los "Delicados" se sentían avergonzados de su sensibilidad. Las etiquetas, en lugar de describir, ¡encerraban a las personas en cajas pequeñas y limitantes!

Un día, una niña llamada Lila, que tenía la etiqueta "Delicada" colgada al cuello, se sentía muy triste. Ella amaba dibujar y pintar, llenaba hojas con colores vibrantes y creaciones fantásticas. Pero cada vez que mostraba sus dibujos a los mayores, le decían "Ay, Lila, qué lindos, pero tú deberías hacer cosas más… de niña fuerte. Píntate a ti misma haciendo deportes, no solo flores y mariposas". Lila se sentía incomprendida y desanimada. Pensaba que tal vez su etiqueta "Delicada" era cierta, y que no valía para hacer cosas importantes, ni para expresar sus sentimientos a través del arte.

Una tarde de otoño, Lila caminaba por el bosque con su corazón apesadumbrado, cuando de pronto, una ráfaga de viento fuerte arrancó la etiqueta de madera de su cuello ¡y la elevó hacia el cielo como una hoja seca! Lila se quedó sorprendida viendo cómo su etiqueta "Delicada" volaba cada vez más alto, arrastrada por el viento, hasta desaparecer entre las nubes. Al principio sintió un poco de miedo, como si hubiera perdido algo importante. Pero luego, una sensación extraña y liberadora comenzó a llenar su corazón. ¡Ya no tenía la etiqueta! Ya no era "Delicada" para todo el mundo. ¡Era simplemente Lila!

Respiró profundo el aire fresco del bosque, sintiéndose más ligera y libre que nunca. Y de repente, ¡una idea maravillosa floreció en su mente! Corrió de vuelta al pueblo y les contó a todos los niños lo que le había pasado, y lo bien que se sentía sin la etiqueta. Les propuso una idea revolucionaria: "¡Hagamos una fogata gigante y quememos todas nuestras etiquetas! Dejemos que el viento se las lleve, como a la mía. Dejemos de ser etiquetas, y seamos solo… ¡nosotros mismos!"

A los niños les encantó la idea. Uno a uno, se quitaron sus etiquetas de madera, las arrojaron a una gran pila de hojas secas, y juntos, prendieron una fogata brillante y danzante. Mientras las llamas consumían las etiquetas de "Listos", "Lentos", "Fuertes", "Delicados" y tantas otras… una risa contagiosa y alegre se expandió por el valle. Los niños se sentían… ¡libres! ¡Liberados de las etiquetas que los limitaban, de las comparaciones que los hacían sentir menos!

A partir de ese día, el pueblo cambió para siempre su nombre, y se llamó El Pueblo Sin Etiquetas. Nadie volvió a usar etiquetas de madera. Aprendieron a verse los unos a los otros con ojos nuevos, con ojos de cariño y respeto, valorando la riqueza y la belleza de la diversidad. En las escuelas, dejaron de comparar las notas de los alumnos, y empezaron a celebrar los talentos únicos de cada niño. En las familias, dejaron de usar etiquetas para describir a sus hijos, y comenzaron a apreciar cada cualidad individual. En las plazas y en las calles, la gente dejó de juzgar y comparar, y empezaron a elogiar, a alentar, a celebrar la diferencia como un tesoro invaluable.

Y así, El Pueblo Sin Etiquetas se convirtió en un ejemplo para todo el mundo, un lugar donde cada niño, cada persona, brillaba con su propia luz única y especial, sin necesidad de etiquetas ni comparaciones, simplemente… ¡por ser quienes eran, seres humanos maravillosos y únicos! Y cuando llegaba el otoño, y el viento soplaba fuerte por el valle, los habitantes sonreían al ver las hojas secas volar libres hacia el cielo, recordando que las verdaderas etiquetas, las que limitan y encierran, ¡son tan livianas y efímeras como hojas que se lleva el viento! Lo que realmente importa, es el valor único y brillante que cada uno lleva dentro.

Cuando Olivia terminó su cuento, la habitación se llenó de una sensación de ligereza y esperanza. Sofía y Mateo respiraron profundo, como si también ellos se hubieran liberado de alguna etiqueta invisible que les pesaba en el alma. Imaginaban el Pueblo Sin Etiquetas, con la fogata consumiendo las etiquetas de madera, y a los niños libres y felices, brillando con su propia luz.

Olivia los miró con una sonrisa dulce, con un guiño simpático en sus ojos brillantes. —Y así, mis pequeños luceros, recuerden siempre el Pueblo Sin Etiquetas. Recuerden que ustedes no son etiquetas. No son comparaciones. Son seres únicos, maravillosos, valiosos tal como son, con su propia luz, con sus propios talentos, con su propia melodía interior. No dejen que nadie les ponga etiquetas limitantes, ni se comparen con otros niños, porque cada uno brilla de manera especial y única. Valoren su propia luz, ámense tal como son, y dejen que el viento se lleve todas las etiquetas negativas y comparaciones injustas. ¡Ustedes son únicos y brillantes, tal como son, y eso es lo más maravilloso del mundo!

Bostezó suavemente, estirando sus alas. —Ahora, mis pequeños soles únicos, es hora de descansar. Que sus sueños estén llenos de pueblos sin etiquetas, de luces propias y de corazones liberados.

VII

La luna, casi en su punto más alto en el cielo, bañaba la habitación de Sofía y Mateo con una luz clara y fría. Los hermanos estaban sentados a la mesa de noche, cada uno en su lado opuesto, como si un muro invisible los separara. No había juguetes ni libros cerca, solo sus manitas entrelazadas sobre la madera, apretándose con fuerza, como buscando consuelo. La atmósfera era tensa, cargada de ansiedad y una sorda angustia.

Un roce suave, casi imperceptible, contra la ventana anunció la llegada nocturna de Olivia. La lechuza se posó en el alféizar, y sus ojos profundos captaron de inmediato la rigidez en los cuerpos de los niños, la tensión en sus pequeños rostros pálidos bajo la luz lunar. Reconoció esa mirada inquieta, ese aire preocupado que anunciaba un tema pesado en sus corazones.

—Buenas noches, pequeños seres pensantes —saludó Olivia con suavidad, inclinando ligeramente la cabeza—. Siento… una vibración nerviosa en el aire esta noche. ¿Qué inquietud los tiene tan… tensos y preocupados? ¿Alguna nueva carrera nocturna los tiene con el corazón latiendo fuerte?

Mateo, con la voz apagada, casi un susurro, fue el primero en hablar.

—Hola, Olivia. Es que… tenemos miedo… de no ser… suficientemente buenos.

Sofía asintió rápidamente, uniéndose a la confesión de su hermano, con un dejo de angustia en su voz. —Sí. Miedo de no… de no llegar… a lo que esperan de nosotros.

Olivia ladeó la cabeza, con una expresión de atención absoluta. —¿No llegar? ¿Esperan mucho de ustedes, mis pequeños? ¿Sienten que les exigen… ser perfectos en algo? Cuénteme, por favor, esta vieja lechuza está aquí para escuchar y comprender.

Mateo apretó sus manitas entrelazadas, como buscando valor para expresar su inquietud. —Sí. Es que… con el fútbol. Papá siempre me dice "Tienes que ser el mejor delantero del equipo, tienes que meter goles en todos los partidos, ¡tú tienes talento para eso!". Y… y yo lo intento, Olivia, de verdad que me esfuerzo mucho en los entrenamientos y en los partidos. Pero… a veces no me sale. A veces… no meto goles. Y cuando eso pasa… me siento tan mal… Como si hubiera… defraudado a papá. Como si no fuera… lo suficientemente bueno para él.

Sofía, con la mirada perdida en la luna, prosiguió, con la voz un poco temblorosa. —Y a mí me pasa con la escuela… y con el ballet… Mamá siempre me dice "Tienes que sacar las mejores notas en todas las materias, tienes que ser la primera de la clase, ¡tú eres muy inteligente!". Y en ballet también… "¡Tienes que ser la más elegante, la más ágil, la más coordinada, tienes que ser una bailarina estrella!". Y yo estudio mucho, practico ballet todos los días, me esfuerzo muchísimo, de verdad Olivia. Pero… a veces me equivoco en las lecciones, a veces no entiendo algo en clase, a veces en ballet… me sale un paso mal. Y cuando eso pasa… siento mucha… mucha presión en el pecho. Como si… como si no estuviera… a la altura de lo que esperan de mí. Como si no fuera… perfecta.

Olivia los escuchó con profunda atención, sin interrumpir, absorbiendo cada matiz de angustia en sus voces, el peso de la presión que cargaban sobre sus hombros pequeños. Cuando terminaron de hablar, cerró los ojos por un momento, conmovida por la vulnerabilidad y la sinceridad de los niños. Luego, con su tono sabio y reconfortante, comenzó a responder.

—Ah, mis pequeños corazones ansiosos, mis pequeños luchadores incansables… Siento profundamente esa angustia que los embarga, ese miedo a no ser "suficientemente buenos", a no alcanzar "la perfección" que sienten que se espera de ustedes. Entiendo perfectamente esa presión invisible que pesa sobre sus hombros… esa exigencia silenciosa que les dice que deben ser… siempre los mejores, siempre los primeros, siempre… perfectos en todo. Y es una carga… muy pesada y dolorosa de llevar, lo sé.

Mateo suspiró, aliviado al sentirse comprendido. —Sí… mucho. Es como si… como si tuviéramos que ser… superhéroes… siempre. ¡Pero nosotros somos niños! ¡No podemos ser perfectos todo el tiempo! ¡Nos equivocamos, nos cansamos, a veces no nos sale!

Sofía asintió con energía, uniéndose a la voz de su hermano. —Y no solo en el fútbol o en la escuela… también en todo lo demás. Siempre esperan que seamos… ordenados, obedientes, bien educados, cariñosos, alegres, creativos… ¡y un montón de cosas más! ¡Y es agotador! ¡No podemos ser todas esas cosas perfectas… todo el tiempo!

Olivia sonrió con ternura, conmovida por la sinceridad y la vulnerabilidad de los niños. —Así es, mis pequeños seres humanos maravillosos. Son niños, no son superhéroes ni robots perfectos. Son seres humanos en crecimiento, en aprendizaje, en exploración… y equivocarse, no llegar a la perfección, es parte natural de ese proceso. ¡Es incluso… necesario e importante! Porque es a través de los errores, de los tropiezos, de los desafíos… que aprendemos, que crecemos, que nos hacemos más

fuertes y sabios. La perfección… no existe en la naturaleza, ni en los seres humanos. Lo que sí existe, y es infinitamente más valioso… es el esfuerzo, la dedicación, la pasión por aprender, la alegría de intentar, la valentía de seguir adelante… incluso cuando las cosas no salen perfectas a la primera.

—Pero… ¿por qué los adultos hacen eso? —preguntó Mateo, con una genuina confusión en la voz—. ¿Por qué nos presionan tanto para ser perfectos? ¿Por qué no entienden que es… imposible y… que nos hace sentir mal?

Olivia reflexionó un momento, antes de responder con su tono suave y comprensivo. —No, pequeño Mateo, no creo que sea que no lo entiendan, o que quieran hacerlos sentir mal. Creo que muchas veces… los adultos… les imponen expectativas poco realistas… sin darse cuenta realmente… del peso que ponen sobre sus hombros, y del daño que pueden causar a su bienestar emocional.

—Quizás —continuó Olivia, pensativa—, algunos adultos… creen que, al exigirles la perfección, al presionarlos para que siempre den lo mejor de sí, los están… "preparando para el futuro", "motivando a triunfar en la vida", "endureciendo para los desafíos del mundo adulto". Tal vez piensan que así los hacen… más fuertes, más capaces, más exitosos. Es una creencia… antigua y… a mi modo de ver, bastante… equivocada. Porque en realidad… la presión excesiva, la exigencia constante de perfección… genera más ansiedad, más estrés, más miedo al fracaso, más inseguridad, y menos alegría, menos creatividad, menos… verdadera motivación intrínseca.

—También —agregó Olivia—, a veces, la presión por la perfección… surge de… sueños no realizados de los propios adultos. Quizás sus papás o sus tíos, de niños, soñaron con ser… grandes futbolistas o bailarinas estrella, y no pudieron lograrlo, por las razones que fueran. Y sin querer, depositan esas… aspiraciones frustradas… en ustedes, esperando que ustedes… cumplan esos sueños por ellos. Es una forma… a veces inconsciente, de buscar… una especie de… segunda oportunidad… a través de sus hijos. Pero claro, esa presión, ese peso… no les corresponde a ustedes cargarlo. Cada uno tiene derecho a… seguir sus propios sueños, a labrar su propio camino, sin tener que vivir… los sueños no realizados de otros.

—Y, a veces —continuó Olivia, con un tono más dulce—, debo decirles que también… a veces los adultos… los presionan por amor. Sí, así es. Aunque suene raro. Los aman tanto, quieren tanto lo mejor para ustedes… que desean verlos… brillar, destacarse, triunfar en todo lo que hagan. Y por ese amor tan grande, a veces… se exceden en las

exigencias, en las expectativas… sin darse cuenta de que, a veces, tanto amor… puede… ahogar un poquito… la alegría natural de ser niños, de aprender a su propio ritmo, de equivocarse sin miedo, de simplemente… ser ustedes mismos.

Olivia miró a Sofía y Mateo con ternura infinita. —Así que, mis pequeños seres valiosos, recuerden siempre esto: no necesitan ser perfectos para ser amados, para ser valiosos, para ser… suficientes. Ustedes son perfectos… tal como son, con sus talentos y sus imperfecciones, con sus fortalezas y sus debilidades, con sus logros y sus errores. Y el verdadero amor, la verdadera sabiduría, está en valorar su esfuerzo, su camino, su crecimiento… más que en exigirles la perfección inalcanzable.

Olivia se acomodó las plumas, preparándose para el cuento final. —Y ahora, para irse a dormir con el corazón más tranquilo, y el alma más liberada, ¿qué les parece si les cuento una historia? Una historia… sobre un circo mágico donde… ¡los errores eran celebrados con aplausos! Y donde cada artista, sin presión por la perfección, brillaba con su propio talento único y… ¡perfectamente imperfecto! ¿Quieren visitar ese circo maravilloso en sueños?

El Circo de los Errores Maravillosos



En las tierras de Nunca Jamás tan lejos como puedas imaginar, se encontraba un circo único en el mundo: El Circo de los Errores Maravillosos. No era un circo como los demás, ¡aquí lo que más se celebraba eran los errores y las "no-perfecciones"! En lugar de abucheos y críticas, cada vez que un artista se equivocaba, el público estallaba en aplausos y vítores, coreando "¡Bravo por el error! ¡Bravo por la maravilla imperfecta!".

El dueño y director de este circo tan peculiar era el mago Mirabilis, un hombre de barba blanca y ojos chispeantes, que creía firmemente en el poder mágico de los errores. Decía: "La perfección es aburrida y predecible. Los errores, en cambio, son sorpresas inesperadas, chispas de creatividad, ¡y la materia prima de la verdadera magia!".

En el Circo de los Errores Maravillosos, cada acto era una celebración de la imperfección. Estaba la equilibrista Belinda la Bamboleante, famosa por tambalearse graciosamente sobre la cuerda floja, transformando cada traspié en un paso de baile único. Estaba el malabarista Jota el Jocoso, que hacía volar diez pelotas al mismo tiempo… y a propósito, ¡dejaba caer una o dos para agregarle emoción y sorpresa al número! Estaba la acróbata Celeste la Descoordinada, que se tropezaba con sus propios pies al intentar un salto mortal, pero que convertía cada caída en una pirueta inesperada y cómica. ¡Y todos eran aclamados por el público con entusiasmo y alegría!

Una noche, llegó al circo una niña llamada Vera, que venía de un mundo donde la perfección era la norma y los errores… ¡eran castigados y avergonzados! Vera era una niña muy estudiosa y aplicada, pero también muy temerosa de equivocarse. En su escuela, si sacaba una nota baja o cometía un error en un ejercicio, se sentía terrible y avergonzada. Le habían enseñado que "la perfección es el objetivo" y que "los errores son fracasos que hay que evitar a toda costa".

Al llegar al Circo de los Errores Maravillosos, Vera se sintió… ¡totalmente confundida! No entendía por qué la gente aplaudía los errores. Le parecía… absurdo e incoherente. Se sentó en las gradas, con el ceño fruncido, observando con extrañeza cómo Belinda la Bamboleante casi se caía de la cuerda floja… ¡y era ovacionada de pie por el público! Cómo Jota el Jocoso dejaba caer las pelotas a propósito… ¡y la gente reía y aplaudía con ganas! Cómo Celeste la Descoordinada se tropezaba torpemente… ¡y todos gritaban "¡Bravo!" y "¡Otra vez!".

Después del espectáculo, Vera se acercó al mago Mirabilis, aún con el rostro confundido. —Señor Mago —le dijo—, no entiendo… ¿Por qué celebran tanto los errores en este circo? ¿No deberían los artistas intentar hacer las cosas perfectas, sin equivocarse?

Mirabilis sonrió con sabiduría, y la invitó a sentarse a su lado bajo la luz de las estrellas. —Querida Vera —le dijo—, en el Circo de los Errores Maravillosos, creemos que la perfección… es una ilusión aburrida y sin vida. La verdadera magia, la verdadera belleza, la verdadera alegría… ¡se encuentran en la imperfección, en lo inesperado, en los errores que nos hacen únicos y humanos!

—Mira a Belinda —continuó Mirabilis, señalando a la equilibrista que ensayaba suavemente sobre la cuerda floja a la luz de la luna—. Su equilibrio no es perfecto, claro que no. Pero en cada bamboleo, en cada intento de recuperar el equilibrio, hay una gracia, una espontaneidad, una belleza… que no existiría si ella fuera una equilibrista robóticamente perfecta. Son sus errores los que hacen su acto… ¡único e inolvidable!

—Y mira a Jota —dijo señalando al malabarista que hacía piruetas con sus pelotas brillantes bajo el reflector—. Él podría malabarear sin fallar nunca, seguramente. Pero si lo hiciera, su acto sería… frío, predecible, sin emoción. En cambio, al dejarse sorprender por los errores, al jugar con la posibilidad de fallar, crea una tensión, una emoción, una sorpresa… que hace que el público… ¡se conecte con él de manera mucho más profunda y auténtica!

—Y mira a Celeste —dijo Mirabilis finalmente, señalando a la acróbata que ensayaba piruetas torpes pero llenas de gracia—. Ella nunca será una acróbata perfecta, quizás. Pero su "descoordinación" es su sello personal, su talento único, su fuente de originalidad y de humor. Son sus errores "maravillosos" los que hacen reír al público, los que la hacen… especial y querida en este circo.

Mirabilis tomó la mano de Vera, y la miró con cariño a los ojos. —Querida niña, el mundo ya está lleno de cosas "perfectas" y predecibles. Necesitamos más… "errores maravillosos", más "gente perfectamente imperfecta", más seres humanos que se permitan… ser auténticos, ser creativos, ser espontáneos, equivocarse sin miedo, aprender de los tropiezos, y celebrar la belleza de la imperfección. Porque ahí, en la imperfección, está la verdadera… ¡magia de la vida!

Vera escuchó las palabras del mago Mirabilis con atención y asombro. De pronto, comenzó a entender. Empezó a ver los errores… ¡no como fracasos vergonzosos, sino como oportunidades de aprendizaje, fuentes de originalidad, chispas de creatividad, ingredientes mágicos de la vida!

Desde ese día, Vera cambió su forma de ver el mundo, y especialmente… su forma de verse a sí misma. Dejó de temer los errores, y empezó a celebrarlos. En la escuela, cuando se equivocaba en algo, ya no se avergonzaba, sino que buscaba aprender de sus errores con curiosidad y valentía. En sus dibujos, ya no buscaba la perfección robótica, sino la expresión auténtica de sus sentimientos, con trazos imperfectos pero llenos de vida. Y descubrió que al permitirse ser "imperfecta", al liberarse de la presión de la perfección, ¡se sentía mucho más feliz, más creativa, más valiente, más… ella misma, en toda su maravillosa… imperfección! Y, a veces, incluso visitaba el Circo de los Errores Maravillosos, para aplaudir con entusiasmo los tropiezos de Belinda, las pelotas caídas de Jota, y las piruetas descoordinadas de Celeste, entendiendo que en esos "errores maravillosos", en esas "perfecciones imperfectas", estaba la verdadera magia… ¡del circo y de la vida misma!

Cuando Olivia terminó su cuento, la habitación pareció llenarse de aplausos imaginarios y risas contagiosas, como si el eco del Circo de los

Errores Maravillosos hubiera llegado hasta la ventana de Sofía y Mateo. Los niños sonreían, imaginando a Belinda bamboleándose con gracia, a Jota malabareando con sorpresa y a Celeste cayéndose con comicidad, comprendiendo la sabia lección del mago Mirabilis.

Olivia los miró con ternura, con un guiño simpático en sus ojos brillantes. —Y así, mis pequeños artistas de la vida, recuerden siempre el Circo de los Errores Maravillosos. Recuerden que la perfección no es el objetivo, ni la clave de la felicidad. Lo que importa de verdad es… la alegría de intentarlo, la valentía de aprender, la pasión por crear, la belleza de la imperfección… Y no tengan miedo de equivocarse, de tropezar, de no ser perfectos. Porque son precisamente esos "errores maravillosos", esas "perfecciones imperfectas", ¡los que hacen su vida única, valiosa y… absolutamente mágica! ¡Celebren la imperfección! Celebren sus errores maravillosos, porque en ellos encontrarán la verdadera magia… ¡de ser ustedes mismos!

VIII

La noche avanzaba hacia la madrugada, sumiendo la habitación en una oscuridad casi total, solo interrumpida por débiles rayos de luz que se filtraban entre las cortinas pesadas. Sofía y Mateo estaban en sus camas, pero en lugar de estar profundamente dormidos, se removían inquietos bajo las sábanas, como si un invisible peso les impidiera descansar. Susurros quedos, llenos de cansancio y preocupación, llenaban el aire nocturno.

—…es que estoy agotado, Sofi… de verdad, agotado —se quejaba Mateo con voz cansada.

—Yo también, Mateo… tengo sueño, mucho sueño… pero no puedo dormir… tengo como… como si la cabeza me diera vueltas sin parar —respondía Sofía, con un hilo de voz.

Un suave aleteo resonó en el vidrio de la ventana, y en un instante, la figura sabia de Olivia apareció en el alféizar. La lechuza escrutó la habitación con sus grandes ojos brillantes, percibiendo de inmediato el cansancio y la inquietud de los niños, la atmósfera pesada y agotadora que los envolvía.

—Buenas noches, pequeños ojitos cansados —saludó Olivia con dulzura, inclinando la cabeza con suavidad—. Los escucho hablar, a pesar de la hora avanzada. Veo que el sueño no los visita aún… ¿Qué los mantiene despiertos, mis pequeños trasnochadores? ¿Alguna preocupación más fuerte que el cansancio los tiene hoy sin poder dormir?

Mateo, con un gran suspiro, respondió primero, con la voz aún apagada por el agotamiento.

—Hola, Olivia… es que estamos muy cansados… pero no podemos parar de pensar… de pensar en… en que a veces nos piden… cosas… como si fuéramos… mayores.

Sofía asintió con pesadez, sumándose a las palabras de su hermano. —Sí… como si tuviéramos que… que ser adultos… antes de tiempo. Como si… como si no tuviéramos derecho a ser… niños.

Olivia ladeó la cabeza, con una mirada de profunda comprensión. —“Como si tuvieran que ser adultos… antes de tiempo”… “Como si no tuvieran derecho a ser niños”… Mmm… entiendo. Sienten que les exigen madurez prematura, que les cargan con responsabilidades que no corresponden a su edad, mis pequeños? Cuéntenme más, quiero escuchar sus preocupaciones esta noche.

Mateo, con un nuevo suspiro cansado, continuó, intentando explicar la confusión que sentía. —Es que hoy… mamá me pidió… que cuidara al bebé, a mi hermanito, toda la tarde, porque tenía que ir al médico. Y yo… yo lo quiero mucho a mi hermanito, claro que sí. Pero… yo quería jugar a la pelota con mis amigos en la plaza. Y tuve que quedarme en casa, cambiando pañales, dándole la mamadera, arrullándolo para que no llore… ¡Todo el tiempo! ¡Y al final… yo estaba más cansado que el bebé! Y cuando se lo dije a mamá… ella me respondió "¡Ay, Mateo, no seas quejumbroso, ya eres un niño grande, tienes que aprender a ser responsable!". ¡Pero yo quería ser un niño… jugando con mis amigos en la plaza! No… ser un adulto… cuidando bebés.

Sofía asintió, reconociendo en las palabras de Mateo su propia frustración. —Y a mí me pasa con papá… siempre me dice "Sofía, ya estás grandecita, tienes que ser más madura, ¡deja de actuar como una niña pequeña!". Y me pide… que me comporte "como una señorita" en todos lados, que no corra, que no salte, que no me ensucie, que hable bajito, que sea… siempre… "una niña bien educada y madura". Pero yo… yo quiero jugar, quiero correr, quiero reír fuerte, quiero… ¡ser una niña, normal! ¿Por qué siempre me piden que sea… "más madura" que los demás niños de mi edad? ¡Es como si… como si no les gustara que sea… niña!

Olivia escuchó con suma atención los relatos de los niños, sus ojos fijos en sus rostros cansados y preocupados, asimilando cada matiz de su angustia. Cuando terminaron de hablar, exhaló un suave ulular pensativo, moviendo lentamente la cabeza de lado a lado.

—Entiendo… profundamente, mis pequeños corazones agobiados. Siento mucho esa presión que sienten, esa exigencia invisible de madurez prematura, esa carga de responsabilidades que no corresponden a su edad, ese… mensaje… de que "ser niño" o "actuar como niño"… es algo… no deseable, o incluso… "malo" o "indebido". Y es una carga muy pesada, muy injusta y muy agotadora de llevar para un corazón de niño, lo comprendo perfectamente.

Mateo suspiró nuevamente, dejando escapar la frustración contenida. —Sí… mucho. Es como si… como si tuviéramos que… abandonar… nuestra infancia… antes de tiempo. Como si no tuviéramos… permiso… para ser niños… ¿Y por qué?

Sofía se encogió de hombros, con la voz llena de interrogantes. —¿Por qué nos piden… ser "maduros"? ¿Qué significa "ser maduro"? ¿Por qué no podemos ser… simplemente… niños? ¿Es que… no les gusta… cómo somos… siendo niños?

Olivia sonrió con ternura y comprensión, admirando la lucidez y la sinceridad de las preguntas de los niños. —Ah, mis pequeños buscadores de respuestas profundas… sus preguntas son muy importantes y… no tienen respuestas sencillas. Pero déjenme pensar un momento… a ver si, desde mi rama de jacarandá, puedo ofrecerles alguna… luz de entendimiento sobre este… laberinto de expectativas de madurez.

Tras un breve instante de silencio reflexivo, donde sólo se escuchaba el suave ulular de Olivia y el murmullo lejano del viento nocturno, la lechuza comenzó a hablar con su tono sabio y paciente.

—Mis pequeños seres humanos en crecimiento, en el mundo de los adultos, a veces existen… confusiones, desconexiones, olvidos… sobre lo que significa… ser niño y sobre… las etapas naturales del desarrollo humano. Y creo que… la expectativa de "madurez prematura" en los niños… surge de algunas de esas… confusiones y olvidos.

—Una razón —continuó Olivia, pensativa—, podría ser… que a veces los adultos… olvidan, simplemente… cómo se siente… ser niño. Olvidan la energía vital que necesita un niño para jugar, para explorar, para moverse, para reír, para correr, para expresar sus emociones con espontaneidad y libertad. Olvidan que la infancia es una etapa preciosa y fundamental para el desarrollo… donde el juego, la imaginación, la exploración, la libertad de experimentar y equivocarse… son tan importantes como aprender a leer o a escribir. Y al olvidar esto… les exigen a ustedes… comportamientos "de adultos" demasiado pronto, esperando que sean… calmados, serios, responsables, obedientes… todo el tiempo, sin darse cuenta de que, al hacerlo… les están robando… un pedacito importante de su infancia.

—Otra razón —agregó Olivia—, podría ser… el estrés y las presiones que también… sufren los adultos en el mundo actual. La vida adulta a menudo es… ajetreada, exigente, llena de responsabilidades, de preocupaciones laborales, económicas, familiares… Y quizás, sin querer, los adultos trasladan esas presiones… a ustedes, a sus hijos, esperando que también ustedes sean… "eficientes", "productivos", "responsables", desde… temprana edad. Es como si… buscaran "ayuda" y "colaboración" en sus hijos… pidiéndoles que asuman responsabilidades adultas… antes de que estén realmente preparados para ello. Y esa sobrecarga de responsabilidades, esa exigencia de "actuar como adulto"… los agota, los sobrepasa, les quita tiempo valioso… para jugar, para descansar, para simplemente… ser niños.

—También —continuó Olivia—, a veces, la expectativa de madurez prematura… surge de… preocupaciones y temores adultos. Quizás sus papás o sus tíos… están preocupados por… su futuro, por su éxito, por su

“adaptación al mundo adulto” que les espera. Y creen que… si los “endurecen” desde pequeños, si los presionan a ser “maduros” rápidamente, los estarán… preparando mejor… para ese futuro… supuestamente… “competitivo y exigente”. Pero en realidad… lo que hacen muchas veces es… generar más ansiedad, más estrés, más miedo… y menos alegría, menos espontaneidad, menos… verdadera confianza en sí mismos y en su capacidad para… enfrentar los desafíos de la vida, ¡cuando llegue el momento! Porque la verdadera fortaleza, la verdadera madurez… no se imponen a la fuerza, sino que se construyen… de manera natural, paso a paso, a su debido tiempo, disfrutando cada etapa del crecimiento, incluyendo… la maravillosa y preciosa etapa de la infancia.

Olivia miró a Sofía y Mateo con una expresión dulce y reconfortante. —Mis pequeños corazones pacientes, recuerden esto siempre: ser niño es maravilloso. Actuar como niño es natural, es sano, es fundamental. Y tienen todo el derecho… a vivir plenamente su infancia, a jugar, a reír, a explorar, a equivocarse, a ser… espontáneos y… a veces… “un poco” “menos maduros” a ojos de los adultos. No dejen que nadie les robe ese derecho sagrado. No permitan que la presión por la “madurez prematura” apague su alegría infantil ni agote su energía vital. Porque ser niño es un tesoro precioso que hay que… cuidar, valorar y… disfrutar… ¡plenamente, mientras dure su magia!

Olivia se acomodó una pluma, preparándose para el cuento de la noche. —Y ahora, mis pequeños tesoros infantiles, para irse a dormir con el alma más tranquila, y el corazón más ligero y libre, ¿qué les parece si les cuento una historia? Una historia… sobre un país mágico donde… ¡los niños eran coronados reyes y reinas de su propia infancia! Y donde nadie, ¡nadie jamás! les exigía crecer demasiado rápido, sino que todos, adultos y niños, celebraban… ¡la maravillosa alegría de cada etapa de la vida! ¿Quieren viajar conmigo a ese país mágico en sueños esta noche?”

Sofía y Mateo se miraron entre sí, con una chispa de ilusión brillando en sus ojos cansados. A pesar del agotamiento, una sonrisa tímida se dibujó en sus labios al pensar en un país donde la infancia era valorada y celebrada.

—¡Sí, Olivia, queremos ir! ¡Queremos visitar el país donde los niños son reyes! —respondieron casi al unísono, con un renovado entusiasmo que parecía ahuyentar un poco el cansancio.

Olivia sonrió con ternura y un guiño divertido. —Entonces, ¡agárrense fuerte de mis plumas imaginarias, pequeños reyes y reinas de la infancia, que el cuento del País Donde los Niños Son Reyes está a punto de comenzar su vuelo mágico hacia sus sueños!

El País de la Infancia Eterna



En los confines del Mundo de los Sueños, donde los ríos son de leche y las montañas de algodón de azúcar, se extendía un país maravilloso y único llamado el País de la Infancia Eterna. En este reino mágico, algo extraordinario sucedía: ¡los niños eran coronados reyes y reinas!

No eran reyes y reinas al estilo tradicional, con coronas de oro y castillos de piedra. Eran reyes y reinas… ¡de su propia infancia! Cada niño y niña que llegaba a este país, era recibido con una ceremonia especial, donde se les entregaba una corona hecha de flores brillantes y se les declaraba soberanos absolutos… ¡de su tiempo de niñez! Esto significaba que, en el País de la Infancia Eterna, nadie, absolutamente nadie, les exigía crecer rápido, ni comportarse como adultos antes de tiempo. Al contrario, ¡todos

celebraban y protegían con alegría… la magia preciosa de cada etapa de la niñez!

El rey supremo de este país singular era un niño llamado Camilo Primero, un monarca sabio y juguetón de apenas diez años, con una corona de margaritas silvestres y un corazón lleno de bondad. El Rey Camilo Primero, junto con la Reina Sofía Segunda (una niña imaginativa y soñadora coronada con amapolas rojas), gobernaba el País de la Infancia Eterna con leyes sencillas y felices, basadas en el respeto, la alegría y el valor sagrado del tiempo de la niñez.

En el País de la Infancia Eterna, la ley más importante era la "Ley de la Alegría Sagrada": "Todo niño y niña tiene derecho absoluto a jugar, reír, explorar, imaginar, soñar y disfrutar plenamente de cada instante de su infancia. Ningún adulto, bajo ninguna circunstancia, podrá perturbar este derecho sagrado con exigencias de madurez prematura, cargas de responsabilidades excesivas o presiones para crecer demasiado rápido".

Gracias a esta ley maravillosa, la vida en el País de la Infancia Eterna era una fiesta constante de juegos, risas y aventuras. Los niños pasaban sus días saltando en camas elásticas de nubes, deslizándose por toboganes arcoíris, explorando bosques de caramelos, navegando en barcos de papel por ríos de limonada, construyendo castillos de arena movediza que se deshacían y se volvían a construir sin fin, inventando juegos descabellados y personajes fantásticos que cobraban vida en cada rincón del país. ¡Y nadie los apuraba, nadie los reprendía por ensuciarse o por reír demasiado fuerte, nadie les pedía ser "más maduros" o "comportarse como adultos"!

En el País de la Infancia Eterna, los adultos también vivían, por supuesto, pero con un rol muy diferente al de otros lugares. Los adultos no eran jefes ni dueños del tiempo, sino… ¡"cuidadores de la infancia"! Su trabajo principal, su misión sagrada, era proteger y fomentar la alegría infantil, creando un mundo seguro, amoroso y divertido, donde los niños pudieran crecer felices, a su propio ritmo, sin presiones ni exigencias innecesarias. Los adultos eran como jardineros expertos, cuidando las flores preciosas de la infancia, regándolas con amor, protegiéndolas del viento y del frío, dejando que florecieran a su propio tiempo y con toda su belleza natural.

En el País de la Infancia Eterna, los adultos jugaban con los niños, corrían con ellos, reían con ellos, les contaban cuentos maravillosos, les ayudaban a construir castillos de arena y a pintar arcoíris en el cielo. Los adultos recordaban siempre, en cada acto y en cada palabra, que ellos también habían sido niños alguna vez, y que la infancia era una etapa sagrada que merecía ser vivida con plenitud y alegría.

Un día, una niña llamada Mia, que recién llegaba al País de la Infancia Eterna desde un mundo lleno de prisas y exigencias adultas, se sintió un poco extraña y confundida. Estaba acostumbrada a que los adultos la regañaran por jugar demasiado, por ensuciarse, por reír fuerte o por "perder el tiempo" en cosas "poco productivas". En su mundo anterior, siempre le decían que debía "crecer rápido", "ser más responsable" y "prepararse para el futuro".

Al llegar al País de la Infancia Eterna, Mia se sorprendió al ver que todo era diferente. Nadie la apuraba, nadie la presionaba, todos la invitaban a jugar, a soñar, a disfrutar de su niñez sin preocupaciones. Al principio, se sentía un poco… "culpable" de tanta libertad y alegría. Pensaba: "¿Estará bien reírse tanto? ¿Estará bien jugar todo el día? ¿No debería estar haciendo algo más… 'importante' o 'útil'?".

Pero poco a poco, al ver a todos los demás niños y adultos vivir en armonía y felicidad, Mia comenzó a entender la magia del País de la Infancia Eterna. Comprendió que ser niño era… ¡el trabajo más importante del mundo! Que jugar no era "perder el tiempo", sino… aprender, crecer, soñar, crear, explorar, y prepararse para la vida… ¡de la manera más linda y natural posible! Entendió que la "madurez" no era algo que se debía forzar o imponer a la fuerza, sino que florecía… por sí sola, a su debido tiempo, en un ambiente de cariño, libertad y alegría.

Y así, Mia, con el corazón cada vez más ligero y feliz, se unió a los juegos, las risas y las aventuras del País de la Infancia Eterna. Aprendió a soñar sin límites, a reír a carcajadas, a correr sin miedo, a jugar sin culpa, a ser simplemente… ¡Mia, una niña maravillosa disfrutando de su infancia eterna, coronada reina de su propio tiempo mágico y precioso! Y descubrió que, en ese país singular, donde los niños eran reyes y reinas de su propia infancia, la alegría, la libertad y el amor… ¡eran las verdaderas leyes y las coronas más valiosas!

Cuando Olivia terminó su cuento, la habitación se iluminó con una calidez imaginaria, como si la alegría radiante del País de la Infancia Eterna hubiera traspasado la ventana y llenado el cuarto de Sofía y Mateo. Los niños sonreían, visualizando ese país mágico donde la infancia era un reino sagrado, y donde ellos también eran coronados reyes y reinas de su propio tiempo de niñez.

Olivia los miró con ternura, con un guiño divertido en sus ojos brillantes. —Y así, mis pequeños reyes y reinas de la infancia, recuerden siempre el País de la Infancia Eterna. Recuerden que tienen el derecho sagrado a disfrutar plenamente de cada instante de su niñez, a jugar, a reír, a soñar, a explorar, sin que nadie les exija crecer demasiado rápido ni les arrebate la alegría de esta etapa maravillosa. ¡Corónense cada noche reyes y

reinas de sus sueños infantiles, y defiendan con alegría y valentía… el reino mágico y precioso… de su infancia eterna!

Bostezó suavemente, estirando sus alas. —Ahora, mis pequeños soberanos de la noche, es hora de descansar profundamente. Que sus sueños estén llenos de paisajes mágicos, coronas de flores y la alegría infinita del País de la Infancia Eterna. Descansen bien, recuperen energías para un nuevo día… y recuerden que mañana volveré a escucharlos, con mi corazón abierto y otra historia mágica para compartir en la noche estrellada.

Con un suave aleteo, Olivia se despidió de los niños, elevándose hacia el cielo iluminado por la luna. Sofía y Mateo se acurrucaron felices bajo sus mantas, con la magia del País de la Infancia Eterna vibrando en sus corazones. Se durmieron sonriendo, soñando con coronas de flores y ríos de leche, esperando con ilusión la próxima noche, la próxima conversación con Olivia… y el próximo cuento mágico que la lechuza les regalaría al oído, noche tras noche, bajo la atenta mirada de la luna que escucha… y comprende.

IX

La luna, ahora menguante, se asomaba tímida entre las nubes, bañando la habitación con una luz tenue y cambiante. Sofía y Mateo estaban en sus camas, pero en lugar de estar acostados, estaban sentados, uno frente al otro, jugando a hacer sombras chinescas con sus manos sobre la pared iluminada por la lámpara de noche. Aunque intentaban divertirse, sus movimientos eran lentos y apáticos, sus risas apagadas, como si la alegría les costara surgir de un estado de ánimo más bien… mustio y silencioso.

Un suave roce contra el vidrio de la ventana, como un suspiro de la noche, anunció la llegada de Olivia. La lechuza se posó en el alféizar, observando a los niños con sus ojos perspicaces. Notó al instante la falta de vivacidad en sus juegos, la sombra de… desapego y quizás, hasta de ligera tristeza, que envolvía el ambiente.

—Buenas noches, pequeños creadores de sombras —saludó Olivia con voz suave y dulce, inclinando la cabeza con delicadeza—. Veo que intentan animar la noche con juegos de luces y manos… pero… siento como si sus corazones no estuvieran del todo… aquí, presentes en el juego. ¿Qué pensamiento lejano los tiene… distraídos y un poco… melancólicos esta noche?

Mateo detuvo sus manos, dejando que las sombras desaparecieran de la pared. Con un suspiro apenas audible, respondió.

—Hola, Olivia. Es que… estamos… aburridos. Un poco… solos.

Sofía también dejó de jugar, con los ojos perdidos en la pared blanca. —Sí. Solos… aunque no estemos solos… en realidad.

Olivia parpadeó lentamente, mostrando comprensión en su mirada penetrante. —¿Solos… aunque no estén solos? Entiendo. Sienten… que aunque los adultos estén cerca físicamente, de alguna manera… no están… presentes de verdad para ustedes, mis pequeños? ¿Sienten que les falta… tiempo de calidad, atención real, presencia… verdadera… de parte de los mayores? Cuéntenme más, por favor.

Mateo se encogió de hombros, con un gesto de resignación. —Sí… justo eso. Como ahora. Papá está en el sillón del living, sí… pero está… pegado al teléfono. Todo el tiempo mirando el celular. No nos mira a nosotros, no nos habla, no nos hace caso… Está… allá, pero a la vez… como si no estuviera. Como si estuviera… en otro mundo, en el mundo del teléfono, y no en nuestro mundo, aquí… con nosotros.

Sofía asintió, con un dejo de tristeza en su voz. —Y a mamá le pasa lo mismo… pero con el trabajo. Siempre está trabajando, trabajando, trabajando… Trae la computadora a casa, trabaja hasta tarde, habla por teléfono del trabajo… incluso los fines de semana. Y sí, está en casa… pero a veces… es como si tampoco estuviera de verdad. Como si estuviera pensando siempre… en el trabajo, en lo que tiene que hacer, y no en… nosotros, en jugar con nosotros, en estar con nosotros.

Olivia escuchó con profunda atención los relatos de los niños, sin interrumpir, asimilando cada palabra, cada matiz de sentimiento de soledad y desconexión en sus voces. Cuando terminaron de hablar, exhaló un ulular suave y reflexivo, moviendo la cabeza de lado a lado lentamente, conmovida por la tristeza silenciosa de los niños.

—Ah, mis pequeños corazones añorantes de presencia… Entiendo tan bien esa sensación… de soledad acompañada, de vacío en medio de la multitud, de sentir que, aunque los adultos estén cerca, sus mentes y sus corazones están lejos, en otro lugar, en otra preocupación… Es una forma de soledad… quizás incluso más dolorosa que la soledad física, ¿verdad? Porque es la soledad… de sentirse invisible, de sentirse… no visto, no importante, no valioso… a pesar de estar… justo ahí, al lado de las personas que más aman.

Mateo asintió con tristeza, confirmando la punzante verdad en las palabras de Olivia. —Sí… es feo… sentirse así. Sentir que… que no nos prestan atención… que no les importa pasar tiempo con nosotros… que prefieren… el teléfono, o el trabajo, o… cualquier otra cosa… antes que… estar con nosotros. Es como si… como si no fuéramos… suficientemente interesantes… o divertidos… para ellos.

Sofía agregó, con un hilo de voz, casi inaudible. —Y a veces… nosotros… queremos contarles cosas. Cosas importantes para nosotros. O queremos… jugar con ellos. O queremos… solo… abrazarlos y… sentir que están… presentes de verdad. Pero… están tan ocupados, tan distraídos, tan lejos… que… que no hay manera… de llegar a ellos. Es como si hubiera… un muro invisible… entre nosotros y ellos… que no podemos… atravesar.

Olivia suspiró suavemente, conmovida por la profunda necesidad de conexión de los niños. —Pobre Sofía, pobre Mateo… Siento muchísimo esa soledad que los envuelve, esa sensación de muro invisible que los separa de la atención y el cariño que tanto necesitan y merecen. Y, desde mi rama de jacarandá, veo que esta… “falta de tiempo y presencia” de los adultos… es un problema… muy común, en el mundo humano de hoy. Demasiado común, diría yo, para mi gusto de vieja lechuza sabia.

—Pero… ¿por qué hacen eso los adultos? —preguntó Mateo, con la voz cargada de interrogantes—. ¿Por qué no pasan más tiempo con nosotros? ¿Por qué priorizan… el trabajo, el teléfono, antes que… jugar con nosotros, hablar con nosotros, estar… con nosotros de verdad? ¿Es que… no nos quieren?

Olivia reflexionó un instante, antes de responder con su tono más comprensivo y empático. —Oh, pequeño Mateo, claro que sí los quieren. ¡Profundamente! Estoy segura de que el amor que sus papás y mamás sienten por ustedes… es tan grande y brillante como la luna llena en el cielo nocturno. Pero a veces, creo que… ese amor… se expresa… de maneras… un poco… "distraídas", "confusas", o "desconectadas", en el ajetreo del mundo adulto.

—Quizás —continuó Olivia, pensativa—, los adultos… se sienten… abrumados… por las presiones del trabajo, por las responsabilidades económicas, por el ritmo acelerado de la vida moderna, por las demandas constantes de… estar siempre "conectados" y "productivos". Y en medio de ese torbellino de preocupaciones adultas… se dejan llevar por la inercia, se "desconectan" sin querer… del mundo mágico y precioso de la infancia… y olvidan, tal vez, la importancia vital… de "conectar de verdad" con sus propios hijos, de dedicarles tiempo de calidad, de ofrecerles… presencia real y atención plena, más allá de la simple presencia física.

.. Quizás —continuó Olivia—, a veces los adultos… se refugian… en el trabajo, en el teléfono, en otras actividades… como una forma de… "escapar" de sus propias… incomodidades, de su propio estrés, de sus propias… emociones difíciles. A veces el mundo adulto puede ser un lugar… presionante y exigente, y los adultos… sin querer, usan el trabajo, el teléfono o las ocupaciones constantes… como una especie de escudo… para no tener que enfrentar… sus propias ansiedades, sus propias tristezas, sus propias… dificultades emocionales. Y al hacer esto… sin darse cuenta, se alejan… se desconectan… de lo que realmente importa: de la conexión humana, del cariño familiar, de la presencia real… para sus propios hijos. No es una excusa, claro que no. Pero a veces, entender un poco… las posibles razones detrás de esos comportamientos… ayuda a… suavizar un poco el dolor, a comprender que… no es que no los quieran, sino que a veces… los adultos también… están perdidos en sus propias… "nieblas emocionales", y necesitan aprender a… encontrar el camino de regreso… a la conexión real y presente, con quienes más aman, que son ustedes, sus pequeños corazones.

Olivia miró a Sofía y Mateo con una expresión llena de ternura y comprensión. —Así que, mis pequeños seres sensibles, recuerden esto: la

falta de tiempo y presencia de los adultos… no es un reflejo de su falta de valor o de amor hacia ustedes. Es más bien… un reflejo de las… dificultades y confusiones… que a veces también… atrapan a los adultos en su propio mundo ajetreado y preocupado. Sus sentimientos de soledad y de falta de atención… son totalmente válidos y reales. Y merecen ser escuchados, reconocidos y… sanados… con mucho cariño y mucha… presencia… verdadera… de las personas que los aman.

Olivia se acomodó las plumas, preparándose para el cuento de la noche. —Y ahora, para irse a dormir con el alma un poquito más… ligera, y el corazón… un poco más… acompañado… ¿qué les parece si les cuento una historia diferente esta noche? Una historia… sobre un lugar muy especial, no un país esta vez, sino… un reino… ¡donde el tiempo no se medía en horas o días, sino en… "minutos de oro" de atención y cariño compartido! Un reino donde los niños descubrieron que incluso los momentos más cortos, cuando se viven con presencia y amor verdadero, ¡pueden ser tesoros invaluables… más brillantes que el oro! ¿Quieren viajar conmigo a este reino… de los "Minutos de Oro" esta noche, pequeños corazones anhelantes de presencia?

Sofía y Mateo se miraron entre sí, con una chispa de curiosidad reemplazando un poco el cansancio en sus ojos. La idea de un reino donde el tiempo se medía de forma tan especial les intrigó.

—¿Un reino de "Minutos de Oro"? —preguntó Mateo, con un tono de voz más animado—. ¿Cómo es eso, Olivia?

—Suena… interesante —añadió Sofía, con una sonrisa suave.

Olivia sonrió con ternura y un guiño divertido. —Ah, mis pequeños buscadores de tesoros escondidos, prepárense entonces para un viaje muy especial, porque el cuento del "Reino de los Minutos de Oro" está a punto de comenzar a desplegar sus alas y llevarlos… ¡a un lugar donde descubrirán el verdadero valor… del tiempo… y de la presencia… verdadera!

El Reino de los Minutos de Oro



Más allá de las nubes donde danzan las estrellas y se esconden los arcoíris fugaces, existía un reino misterioso y luminoso, conocido como el Reino de los Minutos de Oro. En este lugar mágico, el tiempo se medía de una manera muy diferente a nuestro mundo. No existían relojes que marcaran horas y minutos grises, ni calendarios con días monótonos. En el Reino de los Minutos de Oro, el tiempo era una joya preciosa que se contaba en… "Minutos de Oro", instantes brillantes y cálidos, llenos de atención y cariño compartido.

En este reino resplandeciente, vivían niños y niñas que habían aprendido el secreto más valioso del tiempo: que no importa cuánto tiempo se tenga, sino cómo se usa ese tiempo. Que un minuto de risa compartida, una mirada de aprecio, un abrazo sincero, una palabra de aliento,

podían valer más que horas vacías y distraídas. Estos niños, los guardianes de los Minutos de Oro, sabían transformar cada instante en un tesoro luminoso.

La reina de este reino radiante era una niña llamada Lucero, coronada con una diadema de rayos de sol y un corazón generoso. La Reina Lucero enseñaba a todos en el reino a valorar cada "Minuto de Oro", a crear esos momentos especiales con presencia y amor, y a coleccionarlos como los tesoros más preciados. Decía siempre: "Los Minutos de Oro no se encuentran en los cofres de oro ni en los palacios lujosos. Se encuentran en los ojos de las personas que amamos, en el sonido de sus risas, en la calidez de sus manos, en la sinceridad de nuestras palabras. ¡Y esos tesoros… son infinitamente más valiosos que cualquier joya material!".

Un día, llegaron al Reino de los Minutos de Oro dos hermanos, llamados Tomás y Valentina, que venían de un mundo donde el tiempo era siempre "prisa", "obligaciones" y "distracciones". En su mundo, los adultos siempre estaban "ocupados", "corriendo", "pegados al teléfono", y parecía que nunca tenían tiempo para jugar con ellos, para escucharlos de verdad, para dedicarles un "Minuto de Oro" de atención plena. Tomás y Valentina se sentían a menudo solos y un poco… "invisibles", a pesar de vivir rodeados de gente.

Al llegar al Reino de los Minutos de Oro, Tomás y Valentina se sintieron… extrañados. Vieron niños riendo y jugando juntos, adultos que se sentaban a escuchar atentamente los cuentos de los más pequeños, familias enteras compartiendo comidas con conversaciones animadas y miradas cálidas. ¡Y nadie parecía apurado, nadie miraba el reloj, nadie estaba pegado a una pantalla brillante! El tiempo, en este reino, parecía… expandirse, llenarse de significado, convertirse en algo… dulce y valioso.

La Reina Lucero, con su sonrisa radiante, recibió a Tomás y Valentina y les explicó el secreto de su reino. —Bienvenidos, pequeños viajeros del tiempo apresurado —les dijo con dulzura—. Aquí, en el Reino de los Minutos de Oro, hemos descubierto que el verdadero tesoro de la vida… no es tener mucho tiempo, sino vivir cada instante… con presencia y con amor. Les enseñaremos a coleccionar Minutos de Oro, a crearlos en cada encuentro, en cada juego, en cada conversación… y verán cómo su vida se llena de… riqueza, de alegría, y de una luz… mucho más brillante que el oro material.

Y así, Tomás y Valentina comenzaron su aprendizaje en el Reino de los Minutos de Oro. Aprendieron a escuchar con atención cuando alguien les hablaba, a mirar a los ojos a las personas con cariño, a dar abrazos que duraran un "Minuto de Oro" entero, a decir "te quiero" con

sinceridad y dulzura. Aprendieron a jugar con toda su alma, a reír a carcajadas, a compartir secretos y sueños, a convertir cada instante… en un tesoro inolvidable.

Descubrieron que un "Minuto de Oro" compartido con un amigo en un columpio, podía ser más divertido que horas de videojuegos solitarios. Que un "Minuto de Oro" de lectura de cuentos con un adulto cariñoso, podía ser más emocionante que días enteros de televisión pasiva. Que un "Minuto de Oro" de conversación sincera, podía construir puentes de amor y comprensión más fuertes que murallas de silencio y distancia.

Poco a poco, Tomás y Valentina comprendieron la magia del Reino de los Minutos de Oro. Entendieron que el tiempo verdadero no se mide en horas vacías, sino en instantes preciosos de conexión humana. Y que cada uno de nosotros, incluso en el mundo apresurado, podía crear su propio "Reino de Minutos de Oro" en su corazón, en su familia, en sus relaciones, transformando la vida cotidiana… en un tesoro luminoso, un "Minuto de Oro" a la vez.

Cuando Olivia terminó su cuento, la habitación pareció llenarse de un brillo cálido y dorado, como si los "Minutos de Oro" del reino mágico hubieran llegado hasta allí, iluminando los rostros de Sofía y Mateo. Los niños sonreían, imaginando a la Reina Lucero y a los niños guardianes de los Minutos de Oro, comprendiendo el valor inmenso de esos pequeños instantes de conexión y cariño verdadero.

Olivia los miró con ternura, con un guiño sabio en sus ojos brillantes. —Y así, mis pequeños buscadores de tesoros valiosos, recuerden siempre el Reino de los Minutos de Oro. Recuerden que el tiempo más precioso no se cuenta en horas o días, sino en los "Minutos de Oro" que regalamos y recibimos, en los instantes de presencia plena y cariño sincero que compartimos con las personas que amamos. Intenten coleccionar muchos "Minutos de Oro" cada día, con sus familias, con sus amigos, con todas las personas que son importantes para ustedes. Y verán cómo su vida se ilumina, se enriquece, y se llena de tesoros… mucho más valiosos que el oro material.

Bostezó suavemente, estirando sus alas. —Ahora, mis pequeños guardianes de los Minutos de Oro, es hora de descansar y soñar con reinos luminosos y tesoros invaluables. Que sus sueños estén llenos de Minutos de Oro compartidos, de risas cálidas, de abrazos sinceros y de la alegría profunda de la conexión humana verdadera. Descansen bien, recuperen energías para un nuevo día… y recuerden que mañana volveré a escucharlos, con mi corazón abierto y otra historia brillante y valiosa para compartir bajo la luna.

Con un suave aleteo, Olivia se despidió de los niños, elevándose hacia la noche estrellada, dejando tras de sí un rastro de polvo dorado, como si hubiera esparcido “Minutos de Oro” en el aire nocturno. Sofía y Mateo se acurrucaron felices bajo sus cobijas, con la sabiduría del Reino de los Minutos de Oro resonando en sus corazones. Se durmieron sonriendo, soñando con reinas radiantes y tesoros de luz, esperando con ilusión la próxima noche, la próxima conversación con Olivia… y el próximo cuento mágico que la lechuza les regalaría al oído, noche tras noche, bajo la luz atenta y comprensiva de la luna.

X

La noche era serena y estrellada, con la luna brillando con fuerza, proyectando sombras danzantes en las paredes del cuarto. Sofía y Mateo estaban sentados en la alfombra, construyendo una torre alta con bloques de madera. Sin embargo, a pesar del intento de juego, sus movimientos eran torpes y distraídos, sus rostros serios y preocupados, como si un pensamiento pesado les impidiera concentrarse en la construcción lúdica. La atmósfera en la habitación era tensa, cargada de una silenciosa inquietud.

Un golpe suave en la ventana, casi imperceptible, anunció la visita nocturna de Olivia. La lechuza se posó en el alféizar, observando a los niños con atención. Detectó de inmediato la rigidez en sus cuerpos, la sombra de preocupación en sus pequeñas caras iluminadas por la luz lunar. Reconoció ese aire de angustia que indicaba un tema sensible en sus corazones.

—Buenas noches, pequeños constructores nocturnos —saludó Olivia con voz cálida y suave, inclinando la cabeza con dulzura—. Veo que están… intentando crear algo con bloques, pero… siento como si sus mentes estuvieran… en otro lugar, quizás… construyendo preocupaciones en su interior. ¿Qué inquietud los tiene tan… serios y… pensativos esta noche? ¿Alguna torre de dudas amenaza con derrumbar sus sueños?

Sofía, con la voz apenas audible, respondió primero, interrumpiendo su intento de colocar un bloque.

—Hola, Olivia… es que… estamos hablando de… castigos. Castigos que… no entendemos bien… que nos parecen… raros… y… un poco… injustos.

Mateo asintió rápidamente, uniéndose a la confesión de su hermana, con un dejo de confusión en su voz. —Sí… injustos. Es que… en el colegio… algunos compañeros… nos contaron cosas que les pasan… en sus casas… con sus papás… castigos que… ¡uff!… dan miedo… y… pena.

Olivia ladeó la cabeza, con una expresión de profunda atención. —¿Castigos… que les dan miedo y pena, mis pequeños? ¿Sienten que algunos castigos que escuchan… o quizás que incluso ustedes mismos han experimentado… son… injustos, exagerados, o poco… comprensibles? Cuénteme, por favor. Esta vieja lechuza está aquí para escuchar y entender… y quizás, para ofrecerles alguna… luz sobre este tema a veces… oscuro y doloroso.

Sofía apretó sus manitas sobre un bloque de madera, buscando valor para expresar su inquietud. —Es que… mi amiga Lucía… me contó… que el otro día… derramó un vaso de leche… sin querer, en la mesa del desayuno. Fue un accidente, Olivia, de verdad que fue sin querer. Y… y su papá… se enojó muchísimo. Muchísimo. Le gritó muy fuerte, la mandó a su cuarto… ¡y no la dejó salir en toda la tarde! ¡Ni siquiera a jugar en el jardín! ¡Por un vaso de leche derramado, Olivia! ¿Te imaginas? ¡Me parece… tan… exagerado! Tan injusto. ¡Como si hubiera hecho algo… terrible, horrible! Y ella estaba… muy triste, con mucho miedo… sin entender por qué su papá… se había puesto así… por un simple vaso de leche.

Mateo continuó, con la voz también cargada de confusión e inquietud. —Y a mí, mi compañero Pedro… me contó otra cosa… A él… su mamá… cuando se enoja… a veces… lo ignora. No le habla. Durante horas, ¡a veces hasta todo un día entero! Lo mira con cara de enojada, pero no le dirige la palabra para nada. Como si… como si Pedro… hubiera dejado de existir para ella. Y Pedro dice que… se siente… horrible, Olivia. Se siente… solo, desaparecido, como si hubiera hecho algo… terrible… para que su mamá… lo deje de querer de repente. Y yo pienso… eso también es… tan injusto… ¡Usar el silencio, dejar de hablarle a alguien… como castigo! ¡Es como… como castigar con… con la ausencia, con el… dejar de querer! ¿Entiendes, Olivia? ¡Es… da mucho miedo!

Olivia los escuchó con extrema atención, sin interrumpir, absorbiendo cada matiz de angustia e incomprensión en sus voces, el peso de la preocupación por las experiencias de sus amigos, y quizás también, por ecos de vivencias propias. Cuando terminaron de hablar, cerró los ojos por un instante, conmovida por la vulnerabilidad y la sinceridad de los niños. Luego, con su tono sabio y reconfortante, comenzó a responder.

—Ah, mis pequeños corazones sensibles, mis pequeños defensores de la justicia y la comprensión… Siento profundamente la inquietud que los embarga, la confusión y el miedo que sienten al escuchar sobre estos… castigos… que ustedes perciben como "injustos" o "desproporcionados". Entiendo perfectamente esa sensación de… extrañeza, de… incomprensión… ante reacciones adultas que parecen… tan alejadas de la falta que cometieron, o de la intención que tenían. Y sí, mis pequeños, en muchas ocasiones… los castigos que los adultos imponen a los niños… pueden ser… injustos, exagerados, poco… adecuados, e incluso… dolorosos y… dañinos, emocionalmente.

Mateo suspiró, aliviado al sentirse comprendido. —Sí… mucho. Es que… no entendemos por qué hacen eso los adultos. ¿Por qué se enojan tanto… por cosas pequeñas… por accidentes? ¿Por qué… nos castigan de maneras que… nos hacen sentir… tan mal, tan asustados, tan…

injustamente tratados? ¿No se dan cuenta… de que así… nos hacen daño?

Sofía asintió con energía, uniendo su voz a la de su hermano. —Y… y además… muchas veces… los castigos… ¡no nos enseñan nada! Solo nos hacen sentir… tristeza, rabia, miedo… Pero no entendemos… qué hicimos mal de verdad, ni cómo hacerlo mejor la próxima vez. Solo aprendemos… a tener miedo de equivocarnos, a tener miedo de los adultos, a sentir que… que no nos quieren, o que no confían en nosotros. ¡Y eso no es… bonito, Olivia! ¡Eso no es… bueno para nadie!

Olivia sonrió con ternura, conmovida por la lucidez y la honestidad de los niños. —Así es, mis pequeños seres humanos maravillosos. Los castigos injustos y desproporcionados… no solo son… ineficaces y dolorosos, sino que también… pueden generar mucho daño emocional a largo plazo. Y sus sentimientos de injusticia, de confusión, de miedo… son… totalmente válidos y comprensibles.

—Pero… ¿por qué los adultos hacen eso? —preguntó Mateo, con una genuina confusión en la voz—. ¿Por qué nos castigan… sin explicar, sin entender, sin ser… justos y… cariñosos? ¿Por qué… no se ponen en nuestro lugar?

Olivia reflexionó un momento, antes de responder con su tono suave y comprensivo. —No, pequeño Mateo, no creo que sea que… quieran hacerlos sentir mal… intencionalmente. Creo que muchas veces… los castigos injustos y desproporcionados… surgen de… muchas razones… diferentes, a veces… complejas y… un poco… tristes.

—Quizás —continuó Olivia, pensativa—, una razón sea… que algunos adultos… no han aprendido… otras formas… más sanas y efectivas… de educar y disciplinar a los niños. Tal vez ellos mismos, de niños, fueron castigados… de manera injusta o dura, y repiten esos patrones… sin darse cuenta de que… existen maneras mucho mejores… de guiar y acompañar el crecimiento de sus hijos. Es como si… replicaran… lo que ellos mismos… vivieron y sufrieron, sin darse cuenta de cómo detener ese ciclo repetitivo de castigos e incomprensión.

—También —agregó Olivia—, a veces los castigos injustos… surgen de… momentos de… descontrol emocional de los adultos. Quizás el papá de Lucía… ese día… estaba muy estresado, muy cansado, muy preocupado… por otras cosas… y al ver el vaso de leche derramado… simplemente… "explotó", perdió la paciencia, reaccionó… de manera desmedida y… poco reflexiva. No es una excusa, claro que no. Pero a veces, los adultos… también somos… seres humanos imperfectos, y a veces… nos dejamos llevar por el enojo, por la frustración, por el

cansancio… y reaccionamos… de maneras que… no son las mejores… ni las más justas… ni las más amorosas.

—Y a veces —continuó Olivia, con un tono más dulce, pero también un poco triste—, debo decirles que… algunos adultos… utilizan los castigos injustos o desproporcionados… incluso… sin darse cuenta del daño que causan. Quizás la mamá de Pedro, al ignorarlo como castigo… cree que lo está "educando", que lo está haciendo "reflexionar sobre su error", o que está demostrando su "autoridad" y su "descontento". Pero en realidad, lo que está haciendo… es herir profundamente el corazón de su hijo, generarle angustia, inseguridad, miedo al abandono… y alejarlo de sí mismo, en lugar de acercarlo… con amor y comprensión. Es una forma… equivocada, ineficaz, y dolorosa… de intentar… "educar" y "corregir"… que, en el fondo, no hace más que… dañar… la relación entre padres e hijos… y el bienestar emocional… de los pequeños.

Olivia miró a Sofía y Mateo con ternura infinita. —Así que, mis pequeños seres valiosos, recuerden siempre esto: ustedes merecen ser tratados con justicia, con respeto, con comprensión y con cariño. Los errores se pueden corregir con amor, con diálogo, con explicaciones claras, con consecuencias proporcionadas y justas, que les ayuden a aprender y crecer, no que los lastimen o los hagan sentir menos valiosos. Y si alguna vez sienten que un castigo es injusto o desproporcionado, recuerden que tienen derecho a hablar, a expresar sus sentimientos, a buscar comprensión y a pedir… ¡justicia y amor!

Olivia se acomodó las plumas, preparándose para el cuento final. —Y ahora, para irse a dormir con el corazón más tranquilo, y el alma más esperanzada, ¿qué les parece si les cuento una historia? Una historia… sobre un bosque encantado donde… ¡los árboles susurraban lecciones de vida en lugar de regaños! Y donde los pequeños animales, cuando se equivocaban, aprendían de sus errores con la ayuda sabia y amorosa de la Madre Naturaleza… sin castigos injustos, solo con… guía, cariño y comprensión. ¿Quieren pasear por ese bosque mágico en sueños esta noche?"

Sofía y Mateo se miraron con una chispa de curiosidad e ilusión en sus ojos antes serios. La idea de un bosque que enseña con amor, en lugar de castigar, les resultó muy atractiva.

—¡Sí, Olivia, queremos ir al bosque encantado! ¡Queremos escuchar las lecciones de los árboles sabios! —respondieron casi a la vez, con una sonrisa que empezaba a iluminar sus rostros.

Olivia sonrió con ternura y un guiño cómplice. —Entonces, ¡prepárense para respirar el aire puro del bosque mágico, pequeños exploradores de la sabiduría natural, porque el cuento del Bosque de las Lecciones

Susurradas está a punto de abrir sus senderos misteriosos… hacia sus sueños más dulces y justos!

El Bosque Mágico de las Lecciones Susurradas



En el corazón de un valle secreto, resguardado por montañas que parecían abrazarse bajo el cielo estrellado, se extendía un bosque muy peculiar. No era un bosque común y corriente, sino un lugar tejido con magia y misterio, un santuario donde los secretos susurraban entre las hojas y la sabiduría florecía con cada rayo de sol y gota de rocío. Era el Bosque Mágico de las Lecciones Susurradas, conocido por sus árboles ancestrales que, en vez de gruñir regaños, compartían enseñanzas suaves como la brisa a todos los pequeños seres que lo habitaban.

En este bosque encantado, vivía una ardillita de nombre Pipo, un torbellino de energía con una cola tan esponjosa como una nube y unos ojos chispeantes de una curiosidad insaciable. Pipo era un acróbata de las ramas, un explorador incansable de cada rincón del bosque, un

coleccionista de nueces y bellotas experto en esconder sus tesoros para los meses fríos. Le encantaba saltar, jugar a las escondidas con el sol entre el follaje, y llenar cada día con aventuras emocionantes. Pero, como a veces les pasa a los más juguetones, a Pipo se le escapaban ciertos detalles importantes, como recordar con precisión… el escondite de sus provisiones de invierno.

Un día, el viento comenzó a silbar melodías más frías y las hojas a vestirse de tonos rojizos y dorados. El invierno, sigiloso, se acercaba. Pipo sintió un escalofrío, no de frío, sino de preocupación. ¡Era hora de buscar sus nueces! Con la memoria fresca de su abundante cosecha otoñal, Pipo se aventuró al bosque, listo para recuperar su valioso tesoro.

Pero la sorpresa lo esperaba tras cada tronco, bajo cada montículo de hojas secas. Buscó con diligencia, escarbando con sus patitas incansables bajo las raíces retorcidas del viejo roble, revolviendo con el hocico las alfombras de hojas crujientes, inspeccionando detrás de las piedras cubiertas de musgo suave. Nada. ¡Absolutamente nada! Ni una sola nuez a la vista. La memoria de Pipo, normalmente tan ágil para juegos y travesuras, le había jugado una mala pasada con el tema crucial de las provisiones invernales.

La alegría saltarina de Pipo se fue apagando como una fogata bajo la lluvia. Una nube de tristeza espesa y helada lo envolvió. ¿Cómo pudo olvidar un detalle tan importante? El nudo en su garganta se apretaba con cada búsqueda infructuosa. El miedo a pasar hambre, a sentir el vacío en su estómago durante los largos meses de nieve, comenzó a helarle el corazón. Se sentó al pie de un majestuoso árbol de hojas plateadas que brillaban como la luna llena, sintiéndose pequeño, desanimado y al borde de las lágrimas.

De pronto, una brisa suave, templada como un abrazo de verano, rozó su pelaje suave. Y con la brisa, llegó una voz grave y serena, dulce como el canto de un arroyo, profunda como las raíces de la tierra.

—Pequeño Pipo, hijo del bosque, ¿por qué tu espíritu se ha encogido como una hoja marchita en otoño? —susurró el árbol de hojas plateadas, con un tono que calmaba hasta el alma más inquieta.

Pipo, dando un salto de sorpresa, levantó sus ojitos brillantes. Las hojas plateadas del árbol resplandecían con una luz cálida y dorada, como si el sol mismo se hubiera refugiado entre sus ramas. Con la voz apenas un hilo, embargada por la pena y la vergüenza, Pipo le confió al árbol su angustia. Le contó de sus escondites olvidados, de su miedo al invierno hambriento, de su… desmemoria que lo había metido en este aprieto.

El árbol de hojas plateadas escuchó con la paciencia de los siglos, dejando que Pipo desahogara su preocupación. Cuando la ardillita hubo terminado su relato, el árbol inclinó suavemente sus ramas, como ofreciéndole un consuelo silencioso, y volvió a susurrar con voz sabia y amorosa:

—Pipo, pequeño amigo que ama la aventura, no permitas que la sombra de la tristeza te opaque el brillo de los ojos. Olvidar, a veces, es una parte inesperada pero valiosa del camino del aprendizaje. La sabia Madre Naturaleza nos muestra con cada estación que cada error, cada tropiezo, cada olvido, es una nueva oportunidad para crecer, para fortalecernos, para entender mejor el mundo que nos rodea y a nosotros mismos. En lugar de culparte con dureza, Pipo, pregunta a tu corazón… ¿Qué enseñanza oculta se esconde en este olvido? ¿Qué suave lección te susurra el viento del bosque en este momento preciso?

Pipo, secándose una lagrimita con su patita, reflexionó con atención sobre las palabras del árbol. Tenía razón. Reprocharse a sí mismo no haría aparecer las nueces mágicamente. La autocompasión solo lo hundiría más en la desesperación. Necesitaba actuar, pensar, aprender. Levantó la vista hacia el árbol sabio y preguntó con renovado interés:

—Oh, árbol venerable, fuente de sabiduría, ¿qué debo hacer ahora? ¿Cómo rescato mis nueces perdidas del laberinto de mi olvido? ¿Cómo transformo esta desmemoria en una nueva… memoria útil? Dime, por favor, ¿qué sendero debo seguir?

El árbol de hojas plateadas pareció sonreír con el suave movimiento de sus hojas al viento. —Pipo, la memoria, como tus músculos saltarines, se fortalece con el ejercicio y con la estrategia. La próxima vez que guardes tesoros para el invierno, pequeño guardián de nueces, sé más metódico, más… organizado. Puedes, por ejemplo, marcar cada escondite con señales discretas. Piedrecitas blancas junto a las raíces, un puñado de hojas rojas sobre la tierra, ramitas cruzadas indicando el camino. Crea un mapa en tu mente, o incluso dibuja uno sencillo en una hoja de corteza con jugo de mora. La clave reside en planificar, en registrar, en conectar tu acción con un recuerdo visual.

—Y, además, Pipo, —continuó el árbol, inclinando una rama para acercarse amistosamente—, recuerda que no estás solo en este bosque maravilloso. Cuando la tarea te sobrepase, cuando la memoria te falle, cuando la duda te paralice… aprende el arte valioso de pedir ayuda. Observa a tu alrededor, Pipo… ¿A quién de tus amigos del bosque, confiado y sabio, podrías pedir compañía y ayuda para buscar tus nueces esquivas? Cada corazón del bosque guarda una chispa de sabiduría y bondad, listo para compartirla contigo.

Pipo, con los ojos iluminados por una nueva esperanza, miró a su alrededor. ¡Era verdad! ¿Cómo no se le había ocurrido antes? Estaban sus amigos del bosque, siempre dispuestos a compartir y a ayudar. Vio al Conejo Saltarín, con su olfato prodigioso, a la Ratona Curiosa, experta en encontrar pequeños detalles en cada rincón, y al Petirrojo Cantor, con su vista aguda desde las alturas. ¡Claro! ¡Juntos serían un equipo invencible en la búsqueda de nueces!

Un agradecimiento sincero brotó del corazón de Pipo hacia el sabio árbol. Dio las gracias por la lección susurrada, por la guía suave y certera, y salió corriendo en busca de sus amigos, con la energía renovada y una sonrisa brillante que desplazó la nube de tristeza.

Juntos, los cuatro amigos formaron un equipo extraordinario. Conejo Saltarín husmeaba cada rincón, Ratona Curiosa inspeccionaba hasta la más mínima hendidura, Petirrojo Cantor sobrevolaba el bosque guiándolos con su aguda visión, y Pipo, con su memoria ahora fortalecida y el consejo del árbol en su corazón, dirigía la búsqueda con entusiasmo. Trabajaron en armonía, colaborando con ideas y ánimo, celebrando cada pequeño avance. Encontraron un primer grupo de nueces escondidas bajo un tronco caído, luego un segundo tesoro detrás de un arbusto de bayas, y así, poco a poco, siguiendo pistas y compartiendo la alegría del descubrimiento, lograron… ¡encontrar absolutamente todas las nueces de Pipo!

El alivio y la felicidad inundaron el corazón de Pipo. Había aprendido una lección invaluable aquel día en el Bosque Mágico de las Lecciones Susurradas: equivocarse es humano y parte del crecimiento, los errores nos señalan el camino para ser mejores, y la verdadera sabiduría reside en aprender de cada experiencia, en pedir ayuda cuando la necesitamos, y en valorar la amistad y la colaboración. Y así, con el invierno acercándose y su despensa llena de provisiones, Pipo pasó los meses fríos abrigado y alimentado, recordando con cariño la voz suave y sabia del árbol de hojas plateadas, y la lección susurrada que transformó un olvido angustiante en un valioso aprendizaje para toda la vida.

Cuando Olivia concluyó su relato, observó a Sofía y Mateo, absortos en la historia, con los ojos más abiertos que nunca y la sonrisa iluminando sus rostros con una luz cálida.

—¿Qué les pareció esta versión extendida del Bosque Mágico, pequeños exploradores de sueños? ¿Pudieron sentir la magia susurrada entre las hojas y aprender con Pipo la valiosa lección de la memoria y la amistad? —preguntó Olivia, con su voz melódica y llena de afecto.

—¡Olivia, fue maravillosa! ¡Me encantó cada detalle del bosque, la voz del árbol, y cómo Pipo trabajó con sus amigos! —exclamó Sofía, con los ojos brillantes de emoción.

—A mí me gustó mucho cuando describiste cómo buscaron las nueces juntos. ¡Fue como si yo también estuviera allí, buscando con ellos! Y la lección del árbol sobre la memoria y pedir ayuda es muy importante —agregó Mateo, asintiendo con seriedad.

Olivia sonrió, feliz de haberles brindado una historia que les tocó el corazón y les dejó una enseñanza valiosa. —Me alegra mucho que hayan disfrutado de la aventura en el Bosque Mágico. Y ahora, mis pequeños soñadores, es tiempo de permitir que la magia de ese bosque los acompañe a través de sus sueños. Cierren los ojitos, relajen sus cuerpecitos, y déjense llevar por las suaves melodías de la noche. Descansen profundamente, corazones curiosos. Sueñen con árboles sabios, ardillitas aprendices y amigos incondicionales. Y recuerden, incluso cuando la memoria nos falle o la duda nos invada, siempre habrá una voz sabia, una lección susurrada, y un amigo dispuesto a extendernos una mano amiga en el camino.

—Hasta mañana, mis pequeños guardianes de la sabiduría del bosque —concluyó Olivia, con una mirada llena de ternura. Luego, desplegó sus alas en silencio y se elevó hacia el cielo estrellado, dejando tras de sí una estela de paz y magia en la habitación infantil.

Sofía y Mateo se acomodaron en sus camas, con la mente llena de imágenes del Bosque Mágico y el corazón reconfortado por la historia de Pipo. Cerraron los ojos con una sonrisa tranquila, sabiendo que la sabiduría de Olivia y las lecciones susurradas de los árboles los acompañarían en sus sueños y en sus días venideros. El sueño llegó pronto, llevándolos a un mundo de fantasía y aprendizaje, donde la amistad brillaba como las hojas plateadas bajo la luz de la luna.

XI

La luz tenue de la lámpara de noche creaba un halo cálido alrededor de Sofía y Mateo, sentados en la cama, abrazando sus muñecos de peluche como si buscaran consuelo en ellos. Sus voces, en murmullos bajos, llenaban la habitación con un tono preocupado y ligeramente asustado. Estaban hablando sobre algo que claramente pesaba en sus pequeños corazones, frunciendo el ceño y moviendo las cabezas con inquietud. El aire a su alrededor vibraba con una atmósfera tensa y un dejo de confusión.

Un suave roce de plumas contra el cristal de la ventana anunció la llegada silenciosa de Olivia. La lechuza se posó en el alféizar, observando a los niños con su mirada penetrante y sabia. Inmediatamente captó la seriedad en sus rostros, la tensión en sus cuerpecitos, y la palpable atmósfera de inquietud que los rodeaba como una nube oscura. Reconoció ese lenguaje corporal de preocupación que indicaba un tema sensible que les quitaba el sueño.

—Buenas noches, mis pequeños pensadores nocturnos —saludó Olivia con su voz melodiosa y suave como la brisa nocturna, ladeando la cabeza con curiosidad—. Los veo aquí, abrazando sus suaves amigos, hablando en voz baja… Percibo un aire de… inquietud… como si estuvieran conversando sobre algo… que los preocupa profundamente. ¿Qué sombras de la noche los mantienen aún despiertos y tan… pensativos, mis pequeños? ¿Qué misterios los envuelven esta noche?

Sofía, con la voz un poco más baja de lo habitual, respondió primero, acariciando la oreja de su conejito de peluche. —Hola, Olivia… es que… estamos hablando de… cuando a veces… los adultos… no nos cuidan… como deberían… cuando… no nos protegen bien… o no nos ponen límites… claros. Es un poco… confuso, Olivia. No entendemos bien por qué a veces pasa eso.

Mateo asintió con un gesto grave, uniendo su voz a la preocupación de su hermana, con un tono de incertidumbre en su voz. —Sí… como que… en el colegio… escuchamos a algunos compañeros… contar cosas que les pasan… en sus casas… con sus familias… cosas que… ¡ay!… nos hacen pensar mucho… y sentirnos un poco… preocupados por ellos… y por nosotros también.

Olivia inclinó la cabeza con aún más atención, con una expresión de profunda escucha y empatía. —¿“No los cuidan como deberían”? ¿“No los protegen bien”? ¿“No ponen límites claros”… mis pequeños? Siento una profunda preocupación en sus palabras, un eco de confusión y… tal

vez incluso… un poquito de… miedo… ¿Se refieren a situaciones donde sienten que… quizás los adultos que los rodean… no los están guiando, protegiendo o cuidando de la manera en que ustedes necesitan y merecen? Cuénteme más, por favor. Esta lechuza anciana está aquí para escuchar y entender… y quizás… compartir alguna reflexión que los ayude a iluminar este tema que parece… tan importante para ustedes.

Sofía apretó con más fuerza su conejito, buscando las palabras para expresar lo que le preocupaba. —Es que… mi amiga Ana… me contó… que a veces… sus papás… la dejan ver películas… que son de… ¡miedo!… Películas con monstruos… y fantasmas… y cosas… muy feas… Ella les dice que le da miedo ver esas películas, Olivia, que después tiene pesadillas y… se asusta mucho de noche. Pero sus papás le dicen… "¡Ay, no seas miedosa! ¡Es solo una película! ¡No pasa nada! ¡Es para que te hagas fuerte!"… Pero Ana me dice que… ella no se siente más fuerte después de ver esas películas… ¡Se siente más asustada! Y yo pienso… no entiendo por qué sus papás… no la escuchan… no la protegen… de esas cosas que le dan miedo… ¿No deberían cuidarla de eso?

Mateo continuó, con la voz también cargada de confusión y una pizca de indignación. —Y a mí… mi compañero Carlos… me contó otra cosa… En su casa… a veces… sus papás… se pelean… ¡pero feo!… Gritan mucho… discuten por cosas de… grandes, de dinero… de trabajo… cosas que yo no entiendo bien… pero que suenan… muy feas… Y Carlos me dice que… él se esconde debajo de la cama… cuando sus papás empiezan a pelear… ¡Tiene mucho miedo! Se tapa los oídos… para no escuchar los gritos… Y después… nadie le pregunta cómo se siente… ni le explican… por qué se pelearon… Es como si… no se dieran cuenta de que Carlos… está ahí, escuchando todo, asustado y… sufriendo. Y yo pienso… ¡eso tampoco está bien, Olivia! ¡Los papás no deberían pelear así… delante de sus hijos! ¡Deberían protegerlos de esas… situaciones feas, que dan miedo!

Olivia los escuchó con extrema atención, absorbiendo cada palabra, cada matiz de angustia e incomprensión en sus voces. Sintió el peso de su preocupación por sus amigos, y por la sensación de desprotección que sus relatos revelaban. Cuando terminaron de hablar, cerró los ojos un instante, conmovida por la vulnerabilidad de los niños y por la fragilidad de la infancia ante la falta de cuidado y límites. Luego, con su tono más sabio y reconfortante que nunca, comenzó a responder.

—Oh, mis pequeños corazones valientes, mis pequeños sensibles defensores del cuidado y la protección… Escucho con profunda tristeza las historias de Ana y Carlos, y comprendo perfectamente la inquietud, la confusión y el… sutil miedo que sus relatos despiertan en ustedes. Sienten, con toda razón, que algo… no está bien… que algo… falla… cuando los

adultos que deberían cuidarlos y protegerlos… parecen… no darse cuenta del daño que pueden causar… o no toman las medidas necesarias para evitarles… sufrimientos innecesarios. Y sí, mis pequeños, en muchas ocasiones… esa falta de límites claros y de protección por parte de los adultos… es un… error muy grave… que puede tener consecuencias… dolorosas y… duraderas en el corazón y la mente de los niños.

Mateo suspiró, aliviado al sentirse comprendido, pero aún con la sombra de la preocupación en su voz. —Sí… es que… no entendemos por qué hacen eso los adultos. ¿Por qué no nos protegen… de cosas que nos asustan, de situaciones feas? ¿Por qué… no se dan cuenta de que… necesitamos límites claros… para sentirnos seguros, para saber qué está bien y qué no? ¿Por qué… a veces… nos exponen a cosas… que no deberíamos ver, oír, o vivir… a nuestra edad? ¿No entienden… que así… nos hacen daño… y que no nos sentimos… cuidados y protegidos?

Olivia suspiró suavemente, comprendiendo profundamente la angustia de Mateo. —Así es, mi pequeño Mateo, así es, Sofía. Cuando los límites no son claros o cuando la protección falla, los niños pueden sentirse… inseguros, confundidos, asustados, vulnerables… Es como si el mundo, que debería ser un lugar seguro y predecible para ellos, se volviera de repente… incierto, amenazante, desordenado… Y esa sensación… es profundamente dolorosa y desestabilizadora para un corazón joven en crecimiento.

—Y sus sentimientos —continuó Olivia, mirando a ambos niños con cariño— de… no sentirse cuidados, no sentirse protegidos, no sentirse escuchados… son… totalmente válidos y reales. No están exagerando, ni imaginando cosas. Su percepción de que, en estas situaciones, algo no funciona como debería en el mundo adulto… es… muy acertada. Porque, en verdad, la falta de límites claros y de protección… es una forma de… negligencia emocional… que ningún niño debería experimentar.

Sofía frunció el ceño, luchando por entender. —Pero, Olivia… ¿por qué? ¿Por qué los adultos hacen eso? ¿Por qué… a veces no nos cuidan bien? ¿Es que… no se dan cuenta… de que nos hacen daño? ¿Es que… no nos quieren… o no les importa cómo nos sentimos?

Olivia negó suavemente con la cabeza, con un gesto lleno de comprensión y un toque de tristeza. —No, mis pequeñas criaturas maravillosas, no creo que sea que no los quieran o que no les importe cómo se sienten. De verdad creo que, en la mayoría de los casos, no es así. Más bien, creo que esa falta de límites claros y de protección… surge

de… otras razones… que quizás ustedes ahora… les cueste comprender del todo… pero que intentaré explicarles… lo mejor que pueda.

—Verán, a veces —comenzó Olivia, pensativa—, los adultos… están… muy ocupados… muy estresados… muy preocupados… por sus propios problemas de… adultos. Problemas de trabajo, de dinero, de salud, problemas en sus relaciones… A veces, tienen tantas cosas en la cabeza… tantas preocupaciones rondándoles… que… sin querer… se distraen… se desconectan un poco… de las necesidades… y de los sentimientos… de sus hijos. No es que no los amen, claro que no. Es que… están tan… atrapados en sus propias luchas… que les cuesta… prestar la atención… el cuidado… y la protección… que ustedes necesitan… y merecen. Es como si… estuvieran… un poco… "ausentes"… emocionalmente, aunque estén físicamente presentes. Y esa "ausencia"… a veces se manifiesta en… no poner límites claros, en no protegerlos de cosas que les asustan, o en… no darse cuenta de cómo sus propias peleas o preocupaciones… los afectan a ustedes.

—También —continuó Olivia, con un tono suave pero firme—, debo decirles que… a veces… algunos adultos… tienen ideas… un poco… equivocadas… sobre cómo criar a los niños. Por ejemplo, quizás los papás de Ana piensan que, al "hacerla fuerte" viendo películas de miedo, la están preparando para la vida, que la están "endureciendo". Pero… ¡ay!… qué equivocados están. Exponer a un niño pequeño a imágenes que le dan miedo, que le generan pesadillas, que lo angustian… no lo hace más fuerte, ¡lo hace más vulnerable y asustado! Y ese tipo de… ideas erróneas… pueden llevar a los adultos a… no proteger a sus hijos de cosas que… claramente… los dañan emocionalmente. O quizás… piensen que "los niños tienen que ver de todo", que "no pasa nada si ven peleas o discusiones", que "ya se acostumbrarán"… Como si… los sentimientos de los niños no importaran tanto… o como si… los niños fueran pequeños adultos… que pueden soportar todo… sin sufrir… Y eso, mis pequeños, es… un gran error de perspectiva por parte de algunos adultos.

—Y a veces —agregó Olivia, con una nota de profunda reflexión—, la falta de límites y protección… incluso… puede venir de… la propia historia… de los adultos. Quizás algunos papás o mamás… crecieron en ambientes donde tampoco hubo límites claros, donde tampoco se sintieron protegidos, donde quizás vivieron situaciones… difíciles o traumáticas… Y sin darse cuenta, repiten esos patrones… con sus propios hijos. Es como si… no hubieran aprendido… cómo poner límites sanos, cómo ofrecer protección y seguridad, cómo crear un ambiente familiar… tranquilo y seguro… para sus pequeños. Y repiten… sin querer, lo que ellos mismos vivieron y sufrieron… transmitiendo, de generación en

generación, esas… carencias y esas… formas equivocadas de cuidar y criar.

Olivia miró a Sofía y Mateo con una ternura infinita. —Así que, mis pequeños seres preciosos, recuerden siempre esto: ustedes tienen derecho a sentirse seguros, protegidos, cuidados y amados. Tienen derecho a que los adultos a su alrededor los guíen con límites claros y amorosos. Tienen derecho a ser protegidos de situaciones que les asustan o los dañan. Y si alguna vez sienten que esos derechos no están siendo respetados… tienen derecho a hablar, a pedir ayuda, a buscar… ese cuidado y esa protección… que todo niño… necesita y merece… para crecer sano y feliz.

Olivia se estiró las alas, preparándose para el cuento final. —Y ahora, mis pequeños corazones inquietos, para terminar la noche con un poco de luz y esperanza, ¿qué les parece si les cuento una historia? Una historia… sobre una casita mágica escondida en el bosque, una casita que aparece solo cuando un niño necesita refugio y cuidado, un lugar secreto que representa… precisamente… esos límites seguros y esa protección amorosa que todos necesitamos cuando el mundo exterior parece confuso o amenazante. ¿Quieren escuchar la historia de La Casita Escondida y los Niños Perdidos, mis pequeños exploradores de la seguridad y el cariño?"

Sofía y Mateo asintieron con entusiasmo, aunque con un dejo de reflexión en sus rostros. La explicación de Olivia, aunque compleja, les había dado algunas pistas para entender mejor las situaciones confusas que les preocupaban. La idea de una casita escondida y niños perdidos… sonaba cálida, protectora y llena de esperanza.

—¡Sí, Olivia, queremos escuchar la historia de la Casita Escondida! ¡Queremos saber cómo los niños perdidos encuentran ese refugio seguro! —respondieron casi al mismo tiempo, con una renovada chispa de curiosidad en sus ojos.

Olivia sonrió con cariño. —Entonces, ¡prepárense para abrir la puerta de la imaginación, pequeños viajeros de la noche, porque la historia de La Casita Escondida está a punto de revelar sus secretos mágicos… e iluminar sus sueños más dulces y protegidos!

La Casita Escondida del Bosque Seguro



En el corazón de un bosque profundo y silencioso, donde los árboles susurraban secretos al viento y la luz del sol jugaba a las escondidas entre las hojas, existía un lugar mágico y singular: la Casita Escondida del Bosque Seguro. No era una casita común, hecha de ladrillos o madera que se podían ver a simple vista. No, esta casita era diferente. Era invisible para aquellos que no la necesitaban, y se revelaba solo a los ojos de aquellos niños y niñas que sentían en su corazón una gran necesidad de refugio, de cuidado y de sentirse realmente seguros.

La Casita Escondida aparecía, como un regalo misterioso del bosque, para aquellos pequeños que se sentían perdidos en un mundo que a veces parecía confuso, ruidoso o incluso… un poco amenazante. Representaba un lugar de calma absoluta, de límites claros como cristales, y de protección amorosa, como un abrazo cálido en una noche

fría. Era un espacio donde la preocupación se disipaba como niebla al amanecer, y la seguridad reinaba en cada rincón.

Un día, en un pueblito cercano al bosque, vivía una niña llamada Valentina. Valentina era una niña dulce y sensible, pero a veces se sentía muy confundida y un poco asustada en casa. Veía que sus padres, a menudo cansados y preocupados, discutían fuerte por las noches, y aunque ella sabía que se querían, el ruido de sus peleas la hacía sentir intranquila y desprotegida. A veces, también, sus hermanos mayores, jugando sin medir su fuerza, la empujaban o la retaban sin delicadeza, y ella sentía que sus límites no eran respetados, que su necesidad de suavidad y cuidado pasaba desapercibida.

Una tarde, sintiéndose especialmente triste y confundida, Valentina decidió caminar sola por el bosque. No era habitual que se adentrara tan lejos, pero algo en su interior la impulsaba a buscar un poco de paz y tranquilidad entre los árboles. Caminó y caminó, sintiendo las hojas crujir bajo sus pies, escuchando el canto de los pájaros, respirando el aroma fresco de la tierra húmeda. De pronto, al doblar un sendero cubierto de musgo, Valentina vio algo que la dejó sin aliento.

Allí, entre dos robles gigantes y bajo un manto de enredaderas florecidas, ¡estaba la Casita Escondida! Era pequeña y encantadora, con paredes de piedra suave y un techo cubierto de hojas y flores silvestres. Una luz cálida se filtraba por una ventana diminuta, invitándola a acercarse. Valentina, con el corazón latiendo fuerte de curiosidad y esperanza, se acercó tímidamente y tocó la puerta de madera con una pequeña aldaba de bronce.

La puerta se abrió suavemente, como si la estuviera esperando. Valentina entró con cautela y se encontró en una habitación acogedora y luminosa. No había nadie visible, pero una sensación de paz y amor la envolvía como una manta suave. La casita estaba llena de detalles encantadores: una chimenea con fuego crepitante que calentaba el ambiente, sillones cómodos con cojines mullidos, estanterías repletas de libros y juguetes, y una mesa redonda cubierta con un mantel bordado, lista para recibirla. En las paredes, cuadros con paisajes tranquilos y retratos de niños sonrientes transmitían una sensación de alegría y cariño.

Valentina se sentó en un sillón junto a la chimenea y suspiró aliviada. Se sentía… segura, protegida, calmada. En la Casita Escondida, el ruido del mundo exterior se desvanecía por completo. Allí no había gritos, ni peleas, ni empujones. Solo una atmósfera de respeto, suavidad y cariño absoluto. Mientras estaba allí, Valentina sintió como si todas sus preocupaciones se evaporaran, y como si una voz suave y comprensiva le susurrara al oído: "Aquí estás segura, Valentina. Aquí puedes

descansar. Aquí tus sentimientos son importantes y respetados. Aquí te cuidamos y te protegemos con amor."

Pasó un rato maravilloso en la Casita Escondida. Leyó cuentos, jugó con muñecos de madera, dibujó con lápices de colores en un cuaderno de hojas gruesas, y hasta se quedó dormida un rato en el cómodo sillón, sintiéndose profundamente relajada y tranquila. Cuando despertó, la luz del atardecer entraba por la ventana, tiñendo la habitación de tonos dorados. Valentina sintió que era hora de volver a casa.

Salió de la casita con el corazón lleno de una alegría suave y una renovada sensación de fuerza interior. Se despidió de la puerta de madera con una sonrisa agradecida, y supo que, aunque no pudiera verla con los ojos, la Casita Escondida del Bosque Seguro siempre estaría allí, en su corazón, como un lugar secreto de refugio y paz, al que podría recurrir cada vez que necesitara sentirse protegida y segura.

Cuando llegó a casa, Valentina se sentía diferente. Ya no tenía el mismo miedo ni la misma confusión. La Casita Escondida le había enseñado que, incluso cuando el mundo exterior parecía ruidoso o amenazante, existía un lugar seguro dentro de sí misma, un espacio de calma y protección que nadie podía arrebatarle. Y aunque sus padres a veces discutieran y sus hermanos fueran un poco brutos jugando, ella sabía que también la querían a su manera, y que, así como la Casita Escondida, siempre podría buscar un refugio de amor y cuidado a su alrededor y, sobre todo, dentro de su propio corazón.

Cuando Olivia terminó el cuento, miró a Sofía y Mateo con una sonrisa suave. — ¿Les gustó la historia de la Casita Escondida del Bosque Seguro, mis pequeños exploradores de refugios secretos? —preguntó Olivia con voz cálida.

—¡Sí, Olivia, mucho! —exclamó Sofía—. ¡Qué lindo que exista una casita así, para cuando uno necesita sentirse seguro!

—A mí me encantó cómo la casita la hacía sentir protegida y tranquila a Valentina —añadió Mateo—. ¡Quisiera conocer un lugar así también!

Olivia asintió con cariño. —Y quizás, mis pequeños, cada uno de nosotros lleva dentro, en su propio corazón, una "casita escondida" como esa. Un lugar interno de calma y seguridad al que podemos recurrir siempre que lo necesitemos. Recordemos la historia de Valentina, y sepamos que la seguridad y la protección verdaderas también pueden encontrarse… en nuestro propio interior y en las relaciones amorosas que nos rodean.

—Pero ahora —continuó Olivia, con un guiño suave—, es tiempo de cerrar los ojos e invitar a la magia de la Casita Escondida a sus sueños. Descansen, mis pequeños corazones valientes. Sueñen con refugios

seguros y con la paz que reside en su interior. Mañana volveré, si así lo desean, para seguir compartiendo conversaciones e historias…

—¡Sí, Olivia, sí! ¡Queremos que vuelvas mañana! ¡Y queremos escuchar más historias! —respondieron Sofía y Mateo con entusiasmo y una sonrisa tranquila en sus labios.

—Entonces, hasta mañana, mis pequeños buscadores de seguridad interior. Que los sueños les regalen descanso y fortaleza. Y recuerden siempre… la casita mágica de la seguridad y el amor siempre está disponible… en su propio corazón —dijo Olivia, despidiéndose con una mirada tierna. Desplegó sus alas silenciosamente y desapareció en la oscuridad de la noche.

Sofía y Mateo se acurrucaron en sus camas, llevando consigo la sensación cálida y protectora de la Casita Escondida. Cerraron los ojos con una sonrisa serena, imaginando su propia casita mágica interna, lista para brindarles refugio siempre que lo necesitaran. El sueño llegó suave y tranquilo, guiándolos hacia un mundo de seguridad, paz y sueños reconfortantes.

XII

La habitación estaba envuelta en un suave resplandor anaranjado, proveniente de la lámpara de noche, creando sombras danzantes en el techo. Sofía y Mateo, sentados uno frente al otro en la alfombra, jugaban con sus figuras de animales, pero con una atmósfera más seria de lo habitual. Sus movimientos eran lentos, casi mecánicos, y sus miradas se encontraban con frecuencia, como buscando una respuesta en el otro a una pregunta que los inquietaba. Un silencio pensativo llenaba el espacio entre ellos, un silencio cargado de incertidumbre y reflexión.

Un suave toque contra el vidrio de la ventana interrumpió su juego silencioso. Olivia había llegado, deslizándose con suavidad en la noche. Se posó en el alféizar y observó a los niños con su aguda percepción. Notó de inmediato la falta de alegría en sus rostros, la quietud pensativa en sus pequeños cuerpos, la seriedad inusual en su juego. Reconoció esa atmósfera introspectiva que anunciaba una conversación profunda y una preocupación latente en sus almas infantiles.

—Buenas noches, mis pequeños contempladores de sombras nocturnas —saludó Olivia con su voz cálida y aterciopelada, inclinando la cabeza con una expresión de dulce intriga—. Los encuentro aquí, rodeados de sus amigos animales, pero… percibo un aire de… seriedad inusual. Como si sus mentes estuvieran… en un viaje interior, explorando algún paisaje… un poco… confuso. ¿Qué interrogante los tiene tan… concentrados y… pensativos esta noche, mis pequeños? ¿Algún enigma emocional los tiene perplejos?

Sofía, con la voz suave y un poco vacilante, respondió primero, dejando a un lado su figura de león. —Hola, Olivia… es que… estamos hablando de… los adultos… y… cómo a veces… son… diferentes… ¿entiendes? Como que… cambian mucho… de un momento a otro… y… es un poco… raro… y… confuso.

Mateo asintió con un movimiento de cabeza, uniendo su voz a la incertidumbre de su hermana, con un tono de desconcierto en su voz. —Sí… raro. Es que… en el colegio… un amigo… nos contó… que a veces… su papá… está… muy contento con él… lo abraza, juega, le dice cosas bonitas… ¡Todo bien!… Y al día siguiente… ¡Puf!… ¡Es otro papá!… Serio, callado, como… enojado… ¡Pero sin que haya pasado nada malo!… ¡Así, de repente!… Y mi amigo dice que… él no entiende nada… que no sabe qué hizo mal… que se siente… un poco… perdido… y… asustado a veces… porque no sabe… qué papá le va a tocar hoy.

Olivia ladeó la cabeza, con una expresión de profunda comprensión y empatía. —¿"Diferentes"… "cambian mucho de un momento a otro"… "un día cariñosos y al día siguiente serios o enojados sin motivo"…? Ah… mis pequeños observadores atentos… Están hablando de la… "consistencia emocional"… o, quizás mejor dicho, de la… "falta de consistencia emocional" de algunos adultos. Entiendo… intuyo perfectamente la confusión, la incertidumbre y… esa… sutil angustia… que esas… "montañas rusas emocionales" de los adultos pueden generar en sus corazones infantiles. Cuénteme más, por favor. Esta lechuza sabia quiere escuchar sus… observaciones, sus dudas, sus sentimientos… sobre este tema… a veces… tan… escurridizo y desconcertante.

Sofía tomó aire, con el valor de quien se aventura en un terreno poco conocido. —Es que… mi amiga Julia… me contó… que a veces… su mamá… la trata… como si fuera… su mejor amiga. Le cuenta secretos, le pide opiniones, se ríen juntas, se abrazan… ¡Re bien!… Y otros días… ¡Puf!… Su mamá… está… distante, fría, como si Julia fuera… una extraña. No le hace caso, no la escucha, parece… molesta con ella… ¡Pero Julia no entiende por qué! Dice que no sabe… qué esperar… qué mamá le va a tocar hoy. Si la mamá amiga y cariñosa… o la mamá… distante y fría. Y dice que eso la hace sentir… confundida… y… un poco… sola… aunque su mamá esté ahí… a su lado. ¡Como si tuviera… dos mamás diferentes en una!

Mateo continuó, con la voz también cargada de perplejidad e inquietud. —Y a mí… mi compañero Tomás… me contó otra cosa… Él dice que su papá… a veces… es… muy… ¡muy alegre!… Juega con él, hacen bromas, se ríen a carcajadas… ¡Genial!… Pero… después… de repente… ¡Sin aviso!… Su papá… se pone… ¡muy enojado!… Por cosas… pequeñas… que antes no le importaban para nada. Se enoja mucho, grita, hasta… a veces… rompe cosas… ¡Y Tomás se asusta muchísimo!… No entiende por qué su papá… cambia así… de la alegría al enojo… tan rápido… tan… bruscamente. Dice que vive… como caminando sobre… huevos, con miedo de… hacer algo mal… que haga que su papá… explote de repente. Y yo pienso… ¡eso tampoco está bien, Olivia!… Los papás no deberían ser… así… impredecibles… cambiantes… ¡Deberían ser… más… parejos!… Más… estables… para que uno… sepa qué esperar… y se sienta… más seguro.

Olivia los escuchó con suma atención, registrando cada matiz de desconcierto y angustia en sus voces infantiles. Sintió la confusión y la inseguridad que les generaba esa… "danza emocional impredecible" de los adultos que los rodeaban, y el anhelo profundo de… estabilidad, de… previsibilidad, de… consistencia en el trato y en las emociones. Cuando terminaron de hablar, cerró los ojos por un momento, conmovida por la

honestidad de sus preguntas y la validez de sus inquietudes. Luego, con su tono más sabio y compasivo, comenzó a responder.

—Ah, mis pequeños observadores perspicaces, mis pequeños sensibles detectores de inconsistencias emocionales… Siento profundamente la perplejidad que los embarga, la confusión y la inseguridad que sienten al presenciar estas… "idas y venidas" emocionales de algunos adultos. Entiendo perfectamente esa sensación de… desconcierto, de… incomprensión, de… incertidumbre… ante comportamientos adultos que parecen… tan… contradictorios, tan… impredecibles, tan… cambiantes… Y sí, mis pequeños, en muchas ocasiones… la falta de consistencia emocional en los adultos… es un… desafío… para los niños… que puede generar mucha confusión, mucha inseguridad, y mucha… angustia… emocional.

Mateo suspiró aliviado al sentirse comprendido, pero aún con la interrogación reflejada en sus ojos. —Sí… mucho. Es que… no entendemos por qué hacen eso los adultos. ¿Por qué… son así… cambiantes? ¿Por qué… un día nos aman y nos abrazan… y al día siguiente… parecen… desconocernos… o estar enojados con nosotros… sin motivo aparente? ¿Por qué… sus estados de ánimo… son como… olas gigantes… que suben y bajan de repente, sin que nosotros entendamos nada? ¿No se dan cuenta… de que eso nos… confunde… nos… desconcierta… y nos hace sentir… un poco… inseguros y… vulnerables?

Olivia asintió con solemnidad, su mirada reflejando una profunda empatía hacia la inquietud de Mateo. —Absolutamente, mi pequeño Mateo, absolutamente, Sofía. Cuando los adultos a cargo de ustedes muestran esta falta de consistencia emocional, es natural que se sientan así: confundidos, desorientados, inseguros, como si estuvieran en un barco a la deriva, sin un timón claro que los guíe por el océano de las emociones familiares. Y esa sensación de incertidumbre constante, de no saber qué esperar, de no poder predecir el estado de ánimo del adulto, puede ser… muy angustiante para un corazón infantil que busca seguridad y estabilidad en su entorno.

—Y sus sentimientos de confusión, de desconcierto, de inseguridad… —continuó Olivia, mirándolos con cariño— son, una vez más, perfectamente válidos y comprensibles. No están exagerando, no están siendo demasiado sensibles. Es una reacción sana y natural ante una situación… emocionalmente… inconsistente e impredecible.

—Pero… ¿por qué los adultos son así? —insistió Sofía, con una genuina necesidad de comprender—. ¿Por qué… no pueden ser… más… parejos? ¿Más… estables? ¿Por qué… cambian tanto… sin explicación?

Olivia reflexionó un momento, antes de responder con su tono suave y comprensivo. —Ah, pequeña Sofía, esa es una pregunta muy importante, y la respuesta… como suele ocurrir con el comportamiento humano… es un poco… compleja y tiene… varias capas.

—Una razón —comenzó Olivia, pensativa— es que… los adultos… también son seres humanos… imperfectos, y… ¡sorpresa!, también tienen… emociones. A veces… olvidamos que los adultos también experimentan… alegría, tristeza, enojo, frustración, miedo… ¡Igual que ustedes! Y al igual que ustedes, a veces… les cuesta manejar esas emociones… de una manera… siempre… estable y… consistente. Es decir, los adultos… no son robots programados para ser siempre cariñosos y amables. Son personas… con sus propios… estados de ánimo… que fluctúan, que cambian… dependiendo de… muchos factores.

—Esos factores —prosiguió Olivia— pueden ser… muchos. Estrés en el trabajo, problemas económicos, dificultades de salud, preocupaciones personales, falta de sueño… Todas estas cosas… pueden afectar el estado de ánimo de un adulto, haciéndolo… más irritable, más sensible, más distante, menos paciente… Y a veces, sin querer… esa… "montaña rusa emocional" interna del adulto… se refleja en su trato hacia los niños, volviéndolo… inconsistente… un día cariñoso, otro día distante, otro día irritable, sin que haya una razón clara para ustedes, pero sí para el adulto, aunque quizás… no siempre sea consciente de ello.

—También —agregó Olivia— debemos considerar que… algunos adultos… tienen… tendencias de personalidad… más… cambiantes… que otros. Algunas personas son, por naturaleza, más… volátiles emocionalmente. Sus estados de ánimo… tienden a fluctuar más… de manera más rápida… y a veces… de manera más intensa… que en otras personas. No es algo que hagan… intencionalmente… ni algo que puedan… controlar completamente. Simplemente… es parte de su forma de ser… de su temperamento… Y eso puede hacer que su comportamiento… hacia los niños… parezca… inconsistente e impredecible… para quienes no conocen bien esa característica.

—Y por último, pero no menos importante —concluyó Olivia, con un tono más reflexivo—, en algunos casos, la falta de consistencia emocional en un adulto… puede ser una señal de… que algo más profundo… está sucediendo. Podría ser… que el adulto esté lidiando con… estrés crónico, ansiedad, depresión… o incluso… algún trauma del pasado no resuelto. Estas… dificultades emocionales… pueden manifestarse… en cambios bruscos de humor, en irritabilidad, en distanciamiento… y en un comportamiento… inconsistente e impredecible hacia los demás, incluidos los niños. En estos casos, la falta de consistencia emocional… no es solo un rasgo de personalidad o una reacción al estrés… sino… un

síntoma de algo más profundo… que quizás… necesite ayuda y atención… por parte del propio adulto.

Olivia miró a Sofía y Mateo con ternura y comprensión. —Así que, mis pequeños seres sensibles, recuerden siempre esto: la falta de consistencia emocional de un adulto… no es un reflejo de que ustedes hayan hecho algo mal, ni de que no los quieran, ni de que no sean valiosos. A menudo, es un reflejo de… las propias luchas internas del adulto, de sus propios desafíos emocionales, o simplemente de su… propia forma de ser. Y aunque eso no justifica… la confusión y la inseguridad que ustedes sienten, sí puede ayudarles a entender… un poco mejor… que a veces… el comportamiento impredecible de los adultos… no se trata de ustedes… sino de… ellos mismos… y de su propio… mundo emocional a veces… turbulento y… complejo.

Olivia se acomodó las plumas, preparándose para el cuento final. —Y ahora, mis pequeños navegantes en aguas emocionales turbulentas, para irse a dormir con un poquito más de claridad y esperanza en el corazón, ¿qué les parece si les cuento una historia? Una historia… sobre un camaleón mágico… que podía cambiar de color según su estado de ánimo… ¡pero que aprendió a controlar sus cambios para no confundir a sus amigos del bosque! Un camaleón que descubrió… que la verdadera fortaleza… está en la… consistencia emocional… y en la… claridad de las emociones… para construir relaciones… sanas y seguras… ¿Quieren escuchar la historia del Camaleón Cambiante y el Secreto de los Colores Estables, mis pequeños buscadores de coherencia emocional?"

Sofía y Mateo se miraron con un brillo de curiosidad e interés en sus ojos, ahora menos cargados de confusión. La explicación de Olivia les había ofrecido algunas pistas para comprender mejor el comportamiento desconcertante de los adultos, y la idea de un camaleón mágico que aprende a controlar sus colores… les resultaba muy atractiva.

—¡Sí, Olivia, queremos escuchar la historia del Camaleón Cambiante! ¡Queremos saber cómo aprende a controlar sus colores y a ser más consistente! —respondieron casi al unísono, con una leve sonrisa que empezaba a asomar en sus rostros.

Olivia sonrió tiernamente, con un guiño alegre. —Entonces, ¡prepárense para sumergirse en el mundo mágico de los colores cambiantes, mis pequeños artistas emocionales, porque la historia del Camaleón Cambiante y el Secreto de los Colores Estables está a punto de comenzar a desplegar… su arco iris de enseñanzas… e iluminar sus sueños con colores más claros y definidos!

Camilo Camaleón y el secreto de los colores estables



En un bosque exuberante y lleno de vida, donde las hojas susurraban melodías secretas y las flores desplegaban un arcoíris de colores vibrantes, vivía un camaleón muy particular llamado Camilo. Camilo no era un camaleón común y corriente; tenía una habilidad mágica y sorprendente: su piel cambiaba de color en sincronía con cada una de sus emociones.

Cuando Camilo estaba feliz, su piel se iluminaba con un amarillo radiante, como un rayo de sol atrapado en escamas. Si sentía tristeza, se teñía de un azul profundo y melancólico, como el cielo justo antes de la tormenta. Cuando el enojo lo invadía, su piel se encendía en un rojo furioso, como un volcán en erupción. Y así, con cada emoción que lo atravesaba, Camilo se transformaba en un arcoíris ambulante, una explosión de colores en el verde tranquilo del bosque.

Al principio, sus amigos del bosque, una alegre comunidad de pájaros cantores, mariposas danzarinas, ardillas juguetonas y conejos curiosos, se maravillaban con el espectáculo de colores de Camilo. Les parecía fascinante y divertido ver cómo Camilo se convertía en un lienzo viviente de emociones. Pero, con el tiempo, los amigos de Camilo comenzaron a sentirse… un poco confundidos… y hasta un poco… intranquilos.

El problema era que los cambios de color de Camilo eran a veces… muy bruscos… y muy… impredecibles. Un momento estaba jugando alegremente con las ardillas, brillando con un amarillo risueño, y al siguiente, por alguna pequeña contrariedad, su piel podía estallar en un rojo intenso de furia, asustando a todos los que lo rodeaban. O podía pasar de un verde juguetón a un azul melancólico en cuestión de segundos, sin que nadie entendiera bien qué había sucedido.

Sus amigos intentaban comprenderlo, pero les resultaba difícil seguir el ritmo vertiginoso de sus cambios de humor. No sabían cuándo acercarse a Camilo con alegría, cuándo con cautela, y cuándo era mejor simplemente alejarse para evitar una explosión de color inesperada. La inconsistencia emocional de Camilo, aunque involuntaria, estaba creando una barrera entre él y sus amigos. Se sentían… confusos… inseguros… y cada vez más… distantes.

Un día, mientras jugaban a las carreras entre las raíces de un árbol anciano, Camilo estaba radiante de alegría, iluminando el bosque con su amarillo festivo. De repente, tropezó con una piedra y cayó al suelo, perdiendo la carrera por un instante. En un abrir y cerrar de ojos, la alegría de Camilo se transformó en rabia. Su piel se encendió en un rojo volcánico, sus ojos chispearon con furia, y soltó un gruñido que resonó entre los árboles.

Sus amigos, que lo rodeaban celebrando la carrera, se detuvieron en seco, sorprendidos y asustados por la repentina explosión de color. Las ardillas saltaron hacia atrás con un chillido de alarma, las mariposas detuvieron su danza aérea y los conejos se paralizaron, temblando de miedo. El ambiente festivo se desvaneció de inmediato, reemplazado por un silencio incómodo y tenso.

Camilo, dándose cuenta del efecto de su arrebato, se sintió avergonzado y solo. Vio la expresión de temor en los ojos de sus amigos, y sintió un vacío en el pecho. ¿Por qué sus cambios de humor los alejaban? ¿Por qué le costaba tanto mantener un estado de ánimo más… estable?

Triste y confundido, Camilo se apartó del grupo y se refugió bajo la sombra de un helecho gigante. Se sentó solo, con su piel ahora opaca y sin color, sintiéndose más apagado que nunca. En ese momento, una voz sabia y tranquila lo llamó por su nombre.

—Camilo, pequeño arcoíris ambulante, ¿por qué tanta tristeza en tu mirada hoy?

Camilo levantó la vista y vio a una tortuga anciana, sabia y paciente, que se acercaba a él con su paso lento y seguro. La tortuga, llamada Sabina, era la más sabia y respetada del bosque, y Camilo sentía un gran respeto por ella.

Con la voz temblorosa, Camilo le contó a Sabina su problema. Le explicó cómo sus emociones cambiaban de color su piel, cómo esos cambios, a veces tan bruscos e impredecibles, confundían y asustaban a sus amigos, y cómo se sentía solo y triste por no poder conectar con ellos de una manera más… consistente y armoniosa.

Sabina escuchó atentamente el relato de Camilo, con su mirada sabia y compasiva. Cuando Camilo terminó de hablar, Sabina sonrió suavemente y le dijo con voz calmada:

—Camilo, pequeño amigo de colores brillantes, tus emociones son maravillosas y valiosas. Sentir alegría, tristeza, enojo, sorpresa… es parte de ser quien eres, de experimentar la vida en toda su riqueza. No hay nada de malo en que tus colores cambien con tus emociones. Al contrario, es un don hermoso y único.

—Pero, Sabina —interrumpió Camilo con un tono preocupado—, mis amigos se asustan y se confunden con mis cambios de color. Se alejan de mí… Siento que mis colores, en lugar de acercarme a ellos, me están separando…

Sabina asintió con comprensión. —Entiendo, Camilo. Y tienes razón. La consistencia emocional, la claridad en cómo expresamos nuestras emociones, es muy importante para construir relaciones sanas y fuertes con los demás. No se trata de dejar de sentir, ni de esconder tus colores, sino de aprender a… gestionarlos… a expresarlos de una manera que tus amigos puedan comprender y sentirse seguros a tu lado.

—¿Gestionarlos? ¿Expresarlos de manera que entiendan? ¿Cómo hago eso, Sabina? Soy un camaleón, ¡cambio de color según cómo me siento! ¡No puedo controlarlo! —exclamó Camilo, un poco desesperado.

Sabina sonrió con paciencia. —Quizás no puedas controlar completamente tus cambios de color, Camilo. Pero sí puedes aprender a… hacerlos más suaves, más graduales, menos… repentinos. Puedes aprender a… comunicar tus emociones… no solo con colores, sino también con palabras. Puedes aprender a… "pintar" tus emociones con matices, en lugar de con brochazos bruscos y violentos.

—Intenta esto, Camilo —continuó Sabina—. Cuando sientas que una emoción fuerte te invade, respira profundamente, cuenta hasta tres, y luego… permite que el color cambie… pero lentamente… de manera gradual. Y al mismo tiempo, explícales a tus amigos… cómo te sientes… con palabras sencillas: "Estoy un poco triste hoy", "Ahora estoy sintiendo alegría", "Este pequeño error me enojó un poco, pero ya estoy respirando para calmarme". Verás cómo, poco a poco, tus amigos empiezan a comprender tus cambios de color… ya no se asustarán tanto… y se sentirán más seguros y conectados contigo. La clave, Camilo, está en la… claridad, en la… comunicación… y en la… suavidad de tus cambios. Esa es la verdadera fortaleza emocional, no reprimir tus colores, sino compartirlos de una manera… que construya puentes, no muros… con aquellos que te rodean.

Camilo escuchó atentamente las palabras de Sabina, y una luz de esperanza se encendió en su corazón, reflejándose en un suave brillo verde en su piel. Decidió poner en práctica el consejo de la sabia tortuga.

Al día siguiente, Camilo se reunió con sus amigos. Cuando sintió que la emoción de la alegría lo invadía mientras jugaban, dejó que su piel se iluminara con un amarillo suave y cálido, mientras les decía: "¡Estoy muy contento de jugar con ustedes hoy!" Y cuando, sin querer, tropezó nuevamente y sintió un chispazo de enojo, respiró hondo, contó hasta tres, y dejó que su piel se tiñera de un rojo suave y apagado, mientras les explicaba: "Uf, me molesté un poquito por caer, pero ya se me pasa. ¡Sigamos jugando!".

Para sorpresa de Camilo, la reacción de sus amigos fue maravillosa. Ya no se asustaron ni se alejaron. Al contrario, se acercaron con curiosidad y comprensión. Las ardillas le sonrieron, las mariposas revolotearon a su alrededor con suavidad, y los conejos lo animaron con palabras amables. Comenzaron a entender sus emociones, a anticipar sus cambios de color más graduales, y a sentirse más cerca de él que nunca.

Poco a poco, Camilo aprendió a controlar la brusquedad de sus cambios de color, a matizar sus emociones, y a comunicarlas con palabras claras y sencillas. Sus amigos, al comprenderlo mejor, se sintieron más seguros y unidos a él. La confusión se disipó, reemplazada por la armonía y la alegría compartida. El bosque entero parecía más feliz y vibrante, con los colores de Camilo brillando de una manera más estable y reconfortante.

Camilo Camaleón descubrió el secreto de los colores estables: que la verdadera fortaleza emocional no está en reprimir las emociones, sino en expresarlas con claridad, consistencia y suavidad, para construir relaciones sanas y duraderas, donde la comprensión, el respeto y el

cariño florezcan en cada cambio de color, y en cada palabra compartida.

Cuando Olivia terminó el cuento, observó a Sofía y Mateo con una sonrisa tierna y sabia. —¿Les gustó la historia de Camilo Camaleón y su aprendizaje sobre los colores estables, mis pequeños artistas de las emociones? —preguntó Olivia con dulzura.

—¡Sí, Olivia, muchísimo! —exclamó Sofía—. Me gustó mucho cómo Sabina le enseñó a Camilo a controlar sus colores y a comunicarse mejor. ¡Ahora sus amigos lo entienden!

—A mí me encantó cómo Camilo aprendió que la verdadera fortaleza no es esconder las emociones, sino expresarlas de forma clara y suave —añadió Mateo, asintiendo con convicción—. Es como… ser sincero con lo que uno siente, pero sin asustar a los demás.

Olivia sonrió, complacida por la comprensión de los niños. —Así es, mis pequeños sabios. La consistencia emocional, la claridad en nuestras emociones y la forma en que las expresamos, son claves para construir relaciones sanas y seguras, tanto con los amigos como con la familia. Recordemos a Camilo, y practiquemos también nosotros el arte de expresar nuestros colores emocionales con suavidad y claridad… para pintar el mundo con pinceladas de amor y comprensión.

—Pero ahora —continuó Olivia, con un guiño juguetón—, es hora de dejar que los colores suaves y estables de Camilo Camaleón pinten también sus sueños con tonalidades de paz y alegría. Cierren sus ojitos, pequeños artistas emocionales. Descansen profundamente, y sueñen con bosques llenos de camaleones sabios y amigos comprensivos. Mañana, si así lo desean, volveré para seguir compartiendo conversaciones e historias…

—¡Sí, Olivia, sí! ¡Queremos que vuelvas mañana! ¡Y queremos escuchar más historias! —respondieron Sofía y Mateo con entusiasmo renovado, y una sonrisa cálida que iluminaba sus rostros.

—Entonces, hasta mañana, mis pequeños maestros de los colores emocionales. Que los sueños les regalen descanso y claridad. Y recuerden siempre… el secreto de los colores estables reside en la sinceridad, la suavidad y la comunicación amorosa… en cada corazón dispuesto a pintar el mundo con pinceladas de comprensión y cariño —dijo Olivia, despidiéndose con una mirada llena de afecto. Desplegó sus alas silenciosamente y se perdió en la serenidad de la noche estrellada.

Sofía y Mateo se acomodaron en sus camas, llevando consigo la colorida y sabia historia de Camilo Camaleón. Cerraron los ojos con una sonrisa tranquila, imaginando un mundo lleno de colores suaves y estables, donde la comunicación y la comprensión tejían lazos fuertes entre todos

los seres vivos. El sueño llegó pronto, llevándolos a un universo de fantasía y aprendizaje, guiados por el arcoíris mágico de un camaleón que había descubierto el secreto de la consistencia emocional y el verdadero valor de la amistad.

XIII

La habitación infantil se encontraba sumida en una penumbra acogedora, apenas iluminada por la luz suave que escapaba de una rendija bajo la puerta. Sofía y Mateo estaban sentados en silencio sobre sus camas, con las piernas cruzadas y las manos entrelazadas, como si estuvieran compartiendo un secreto importante o intentando resolver un enigma complejo. Sus rostros, usualmente llenos de risa y movimiento, lucían hoy más serios y reflexivos, con un aire de profunda concentración. La atmósfera a su alrededor era de una tranquila pero intensa introspección.

Un ligero aleteo y un suave golpe contra el cristal de la ventana anunciaron la visita nocturna de Olivia. La lechuza se posó elegantemente en el alféizar, observando a los niños con su mirada penetrante y comprensiva. Percibió de inmediato la quietud pensativa que emanaba de ellos, la seriedad concentrada en sus pequeños rostros iluminados por la luz tenue. Reconoció ese estado contemplativo como una señal de que un tema significativo, quizás un poco desconcertante, estaba ocupando sus jóvenes mentes.

—Buenas noches, mis pequeños filósofos de la penumbra —saludó Olivia con su voz cálida y suave, inclinando levemente la cabeza con curiosidad—. Los encuentro sumidos en un silencio pensativo, con miradas… profundas… como si estuvieran… meditando sobre algún gran misterio de la vida… ¿Qué inquietud secreta los tiene tan… concentrados y silenciosos esta noche, mis pequeños pensadores? ¿Qué acertijo nocturno intentan descifrar en la quietud de su habitación?

Sofía, con la voz dócil y un tono ligeramente inquisitivo, fue la primera en romper el silencio, interrumpiendo su contemplación. —Hola, Olivia… es que… estábamos hablando de… los adultos… y… cuando dicen una cosa… pero hacen otra… ¿entiendes? Como que… no siempre hacen… lo que nos dicen que nosotros tenemos que hacer. Es un poco… confuso y… un poco… raro.

Mateo asintió con la cabeza, apoyando la reflexión de su hermana, con un dejo de incertidumbre en su voz. —Sí… raro. Es que… en el colegio… unos amigos… nos contaban… que sus papás… les dicen siempre… "¡No hay que mentir! ¡La mentira es mala! ¡Siempre hay que decir la verdad!"… ¡Pero después… los ven… mintiendo!… Por teléfono, a otras personas… O cuando no quieren… ir a algún lado… ¡Mienten!… Y mis amigos se preguntan… ¿Entonces… mentir está mal… o no está mal? ¿Por qué ellos nos dicen que no… pero ellos sí lo hacen? No entendemos… bien eso… Olivia. Es como… que no hacen… lo que nos enseñan.

Olivia ladeó la cabeza con aún mayor atención, su mirada penetrante se posó en los rostros inquisitivos de los niños, mostrando una expresión de profunda escucha y comprensión. —¿"Dicen una cosa y hacen otra"? ¿"No practican lo que predican"? ¿"Dan un ejemplo diferente al que nos piden seguir"?… Ah, mis pequeños observadores minuciosos… Están ustedes explorando un territorio muy importante y a veces… un poco… espinoso: el territorio de la… "congruencia entre el decir y el hacer"… o, quizás mejor dicho, de la… "incongruencia" que a veces observan… entre lo que los adultos les enseñan y… cómo se comportan realmente. Entiendo… percibo claramente la confusión, la perplejidad, y… esa… sutil sensación de… injusticia… que esa… disonancia entre el discurso y la acción adulta puede generar en sus corazones infantiles. Cuénteme más, por favor. Esta lechuza anciana está aquí para escuchar sus… reflexiones, sus preguntas, sus sentimientos… sobre este tema… fundamental para… aprender a navegar… en el mundo de las relaciones humanas… y de los valores que nos guían.

Sofía suspiró suavemente, organizando sus ideas para expresar mejor su inquietud. —Es que… también… mi vecina… me contó… que sus papás… le dicen siempre… "¡Hay que ser ordenado! ¡Hay que mantener la casa limpia! ¡Cada cosa en su lugar!"… Pero después… ¡La casa de mi vecina… es un desorden!… Ropa tirada, juguetes por el suelo, la cocina… a veces… un caos… Y sus papás… no hacen… casi nada para ordenar… ¡Dejan todo desordenado ellos también! Y mi vecina se pregunta… ¿Por qué me piden a mí que sea ordenada… si ellos no lo son? ¿Por qué me regañan si dejo algo fuera de lugar… y ellos dejan todo… mucho peor? Es como… si las reglas… solo fueran para los niños… ¿Entiendes, Olivia? ¡No parece… justo! Si todos tenemos que ser ordenados… ¡Todos deberíamos serlo, los grandes y los chicos!

Mateo continuó, con la voz también cargada de incredulidad y una pizca de rebeldía. —Y a mí… mi primo… me contó otra cosa… En su casa… sus papás… fuman. Fuman mucho. Y le dicen siempre a mi primo… "¡Fumar es muy malo! ¡Hace daño a la salud! ¡Nunca fumes! ¡Es un vicio horrible!"… Pero… ¡ellos fuman todo el tiempo! En casa, en el coche, después de comer… ¡Siempre!… Y mi primo dice… él no entiende… por qué le dicen que no fume… si ellos… lo hacen sin parar. Es como… que le dicen una cosa… pero con su ejemplo… le muestran otra… ¡Y uno no sabe… qué creer!… ¿Es malo fumar… o no es tan malo… si los grandes… lo hacen todo el tiempo? No tiene sentido… Olivia. Si es tan malo fumar… ¡Ellos tampoco deberían hacerlo! ¡Para darnos… un buen ejemplo!

Olivia los escuchó con profunda atención, absorbiendo cada detalle de sus relatos, cada matiz de confusión e incomprensión en sus voces

infantiles. Sintió la frustración y la perplejidad que les generaba esa… “doble vara” que percibían en el comportamiento de algunos adultos, y el anhelo genuino de… coherencia, de… ejemplo, de… integridad entre el decir y el hacer. Cuando terminaron de hablar, cerró los ojos un instante, conmovida por la lucidez de sus preguntas y la justicia de sus reclamos. Luego, con su tono más sabio y comprensivo, comenzó a responder.

—Ah, mis pequeños observadores agudos, mis pequeños buscadores de coherencia y ejemplos valiosos… Siento en cada una de sus palabras… la confusión profunda, la perplejidad… y hasta la… cierta indignación… que sienten al notar estas… “contradicciones” entre lo que algunos adultos les dicen que deben hacer y… lo que esos mismos adultos… hacen realmente. Entiendo perfectamente esa sensación de… incongruencia, de… desconcierto, de… “¡Esto no encaja!”… que les genera presenciar cómo, a veces, los adultos… no practican… con su ejemplo… aquello mismo que les predican… con palabras. Y sí, mis pequeños, en muchas ocasiones… esa… falta de congruencia entre el decir y el hacer… es… un error muy… humano… pero que puede ser… especialmente confuso y… desorientador… para los niños… que están aprendiendo a… construir su propio… mapa de valores y de comportamientos en la vida.

Mateo suspiró, sintiendo el alivio de ser comprendido, pero con la interrogación aún latente en su voz. —Sí… mucho. Es que… no entendemos por qué hacen eso los adultos. ¿Por qué… nos enseñan una cosa… y hacen otra? ¿Por qué… nos piden a nosotros… que seamos honestos, ordenados, saludables… si ellos mismos… no lo son? ¿No se dan cuenta… de que así… nos confunden… nos… desorientan… y… nos quitan… un poco… las ganas de hacer… lo que nos piden? Es como… si pensaran que las reglas… son solo para nosotros… ¡Y que ellos… pueden hacer… lo que quieran!… ¡Aunque sea… lo contrario de lo que nos dicen!

Olivia asintió con gravedad, su mirada reflejando la misma seriedad de la pregunta de Mateo. —Es cierto, mi pequeño Mateo, es muy cierto. Cuando los adultos, que son los modelos principales para los niños, muestran esta… incoherencia entre su discurso y su acción, se genera una… brecha… entre lo que se espera de ustedes y lo que ven en el mundo adulto. Se crea una… confusión sobre qué es lo correcto, qué es lo importante, qué es lo que realmente… “vale” en la vida. Y esa confusión… puede socavar… la confianza… en los adultos, y hasta… la motivación… para seguir sus consejos o ejemplos.

—Y sus sentimientos —prosiguió Olivia, mirándolos con dulzura— de… confusión, de… desconcierto, de… cierta… desilusión… e incluso de… “injusticia”… son… totalmente… válidos y comprensibles. No están

imaginando cosas, no están siendo demasiado exigentes. Es una percepción muy… certera y sensible de una realidad… que, en efecto, a veces… ocurre en el mundo adulto.

—Pero… ¿por qué los adultos hacen eso? —volvió a preguntar Sofía, con una genuina necesidad de encontrar una explicación razonable—. ¿Por qué… no practican lo que predican? ¿Por qué… dan malos ejemplos… a veces, sin darse cuenta? ¿Por qué… nos dicen una cosa… y hacen otra… que es diferente o incluso contraria?

Olivia suspiró suavemente, reflexionando un momento antes de responder con su tono comprensivo y sabio. —Ah, pequeña Sofía, esa es una pregunta… fundamental… y la respuesta, nuevamente, es… compleja… y tiene… varios matices, como las plumas de mi plumaje…

—Una razón —comenzó Olivia, pensativa— es que… los adultos… también somos… seres humanos… contradictorios. A veces, en nuestra… naturaleza imperfecta, existe una… distancia… entre nuestros… ideales… lo que sabemos que "deberíamos hacer"… y… nuestras… acciones reales… lo que "efectivamente hacemos" en el día a día. Es decir, todos los adultos sabemos, en teoría, que mentir está mal, que ser ordenado es bueno, que fumar es dañino, que hay que ser honesto y respetuoso… ¡Lo sabemos! ¡Lo predicamos! Pero… llevar esos ideales a la práctica… todos los días… en cada situación… con consistencia… ¡Ay!… eso es… mucho más difícil… de lo que parece… ¡Incluso para los adultos!

—A veces —continuó Olivia—, esa… incongruencia… surge de… la… debilidad humana. Por ejemplo, un papá o una mamá que fuma, sabe perfectamente que está haciendo algo malo para su salud y que no debería fumar delante de sus hijos. Pero… la adicción… el vicio… es… más fuerte que su voluntad, que su deseo de dar un buen ejemplo. Y entonces… cae en la contradicción: predica "no fumes", pero sigue fumando. No es que quiera dar un mal ejemplo intencionalmente. Es que… simplemente… es débil… ante ese vicio, y le cuesta… actuar de acuerdo a lo que sabe que es correcto. Y esa… debilidad… nos pasa a todos los humanos, en diferentes áreas… a veces somos débiles… para cumplir… con nuestros propios… ideales… aunque sepamos… cuál es el camino… correcto.

—También —agregó Olivia— debemos considerar que… a veces… los adultos… actúan de manera incongruente… por… olvido… o por… falta de consciencia. Por ejemplo, unos papás que le dicen a su hijo "sé ordenado" quizás… simplemente… no se dan cuenta… de que ellos mismos… dejan sus cosas tiradas por todas partes. No lo hacen… para dar un mal ejemplo intencionalmente, sino por… despiste, por… costumbre, por… falta de atención… a su propio comportamiento. Es

como si… "no vieran" su propia… inconsistencia… y actuaran de una manera… inconsciente y… contradictoria… sin darse cuenta… del mensaje… confuso… que están enviando a sus hijos.

—Y, por último, pero también importante —concluyó Olivia, con un tono más profundo—, en algunos casos… la falta de congruencia de los adultos… puede ser… más… compleja y… menos… "inocente". A veces, algunos adultos… dicen una cosa… pero hacen otra… intencionalmente… para… manipular… para… aprovecharse de una situación… o para… "salirse con la suya". Por ejemplo, un adulto que le dice a un niño "nunca mientas"… pero que miente… descaradamente para evitar un problema o conseguir algo… está… deliberadamente… dando un mal ejemplo… y actuando de manera… hipócrita… En estos casos, la incongruencia… no es solo una debilidad humana o una falta de consciencia… sino… una elección… consciente… de priorizar… el propio beneficio o comodidad… por encima de… la coherencia, la honestidad, y el buen ejemplo que se debe dar a los niños. Y esa forma de incongruencia… es, sin duda, la más… dañina… y desilusionante… para los corazones infantiles que buscan… modelos a seguir… en el mundo adulto.

Olivia miró a Sofía y Mateo con una ternura infinita, pero también con una honestidad que reconocía la complejidad del comportamiento humano. —Así que, mis pequeños seres sensibles, recuerden siempre esto: la incoherencia entre el decir y el hacer de un adulto… no significa que lo que les enseñan no sea válido o importante. Significa, simplemente, que los adultos también somos… imperfectos, en constante aprendizaje y, a veces, en contradicción con nosotros mismos. No tomen la incongruencia adulta como una justificación para no seguir los buenos consejos o para adoptar comportamientos negativos. Más bien, úsenla como una oportunidad para desarrollar su propio criterio, para reflexionar sobre lo que ustedes creen que es correcto, y para esforzarse por ser más congruentes en sus propias vidas, practicando aquello que predican, para convertirse en los modelos positivos que el mundo necesita.

Olivia se estiró las alas suavemente, preparándose para el cuento final. —Y ahora, mis pequeños buscadores de coherencia, para terminar esta conversación nocturna con una nota de esperanza y aprendizaje, ¿qué les parece si les cuento una historia? Una historia… sobre un espejo mágico que reflejaba no solo el rostro, sino también… ¡las acciones de quien se miraba en él! Un espejo que ayudó a un rey y a su corte a darse cuenta de sus propias incongruencias y a aprender la importancia de la coherencia entre el decir y el hacer para construir un reino más justo y feliz… ¿Quieren escuchar la historia del Espejo de la Verdad y el Reino Incongruente, mis pequeños jueces de la conducta humana?"

Sofía y Mateo asintieron con entusiasmo, aunque con un aire pensativo aún en sus rostros. La explicación de Olivia les había dado una perspectiva más compleja y matizada sobre el tema, pero la idea de un espejo mágico que revela la verdad interior… les resultaba intrigante y prometedora.

—¡Sí, Olivia, queremos escuchar la historia del Espejo de la Verdad! ¡Queremos saber cómo el espejo ayuda al reino a ser más congruente! —respondieron casi al mismo tiempo, con una chispa de curiosidad que empezaba a iluminar sus ojos.

Olivia sonrió con dulzura y un guiño cómplice. —Entonces, ¡prepárense para viajar al reino de la verdad reflejada, mis pequeños buscadores de autenticidad, porque la historia del Espejo de la Verdad y el Reino Incongruente está a punto de revelar sus secretos mágicos… e iluminar sus sueños con la luz brillante de la coherencia y la honestidad!

El Espejo de la Verdad y el Reino Incongruente



En un reino lejano, llamado, curiosamente, el Reino Incongruente, gobernaba un rey llamado Rodolfo. El Rey Rodolfo era un monarca bienintencionado, que siempre predicaba con fervor las virtudes más nobles: la honestidad, la justicia, la bondad, la verdad. En sus discursos públicos, resonaban palabras grandilocuentes sobre la importancia de la rectitud, de la transparencia y de la coherencia entre el pensamiento y la acción. Incluso había mandado grabar en piedra, a las puertas del palacio, la máxima real: "Que cada palabra sea un espejo del alma y cada acción reflejo fiel de la palabra".

Pero, ay, en la vida cotidiana del Reino Incongruente, y en la del propio Rey Rodolfo y su corte, la coherencia era, precisamente, la virtud que más brillaba por su ausencia. El rey Rodolfo, por ejemplo, decía a sus súbditos que la mentira era un vicio detestable y que siempre debían

decir la verdad, pero luego, en asuntos de estado, no dudaba en usar subterfugios y medias verdades para lograr sus objetivos políticos. Los consejeros reales, por su parte, pregonaban la justicia y la igualdad para todos, pero luego favorecían a sus propios amigos y familiares en los asuntos de la corte. Y hasta los caballeros más valientes, que juraban defender la verdad y la honra, a veces, murmuraban mentiras y difamaciones a espaldas de sus compañeros.

El Reino Incongruente era, en esencia, un lugar donde se hablaban palabras bonitas y elevadas, pero donde las acciones, con demasiada frecuencia, no acompañaban a la belleza de esas palabras. Y aunque el reino no era precisamente infeliz, existía una sombra de desconfianza y cierta melancolía latente en el aire, una sensación de que algo no terminaba de encajar, de que faltaba una pieza esencial para alcanzar una verdadera armonía y felicidad.

Un día, llegó al Reino Incongruente un mercader misterioso, vestido con ropas sencillas, pero de mirada profunda y penetrante. Traía consigo un objeto singular envuelto en telas oscuras y polvorientas. Era, según decía, un espejo mágico, procedente de tierras lejanas y olvidado en un viejo cofre durante siglos. El mercader, con un aire enigmático, ofreció el espejo al Rey Rodolfo como un regalo insólito, asegurándole que no era un espejo común, pues no solo reflejaba el rostro, sino también… ¡el alma y las acciones de quien se miraba en él!

El Rey Rodolfo, curioso e intrigado, aceptó el presente y mandó colocar el espejo en el salón principal del palacio. Al principio, nadie le prestó mucha atención. Era un espejo de marco sencillo y apariencia normal, aunque emanaba un aura de misterio que lo hacía diferente. Pero pronto, la magia del espejo comenzó a revelarse.

El primero en mirarse en él fue un cortesano presumido, que siempre alababa la humildad y la sencillez, pero que vestía ropas lujosas y se pavoneaba con arrogancia por el palacio. Cuando se colocó frente al espejo, vio, con horror y asombro, que su reflejo no solo mostraba su rostro engreído, sino también, a su lado, una escena donde se le veía… ¡menospreciando a un sirviente con desdén y burla! El cortesano palideció y se apartó del espejo, profundamente perturbado.

La noticia del espejo mágico corrió como la pólvora por todo el palacio y por la ciudad. Pronto, todos los miembros de la corte, desde el Rey Rodolfo hasta el último paje, sintieron la irresistible curiosidad de mirarse en el Espejo de la Verdad. Y cada vez, la experiencia era sorprendente y reveladora.

El espejo mostraba, junto al reflejo de la persona, escenas de sus acciones cotidianas, acciones que a menudo… ¡contradecían sus propias

palabras y los valores que pregonaban! El consejero que hablaba de justicia se veía tomando decisiones injustas en secreto. El caballero que juraba lealtad se veía urdiendo intrigas a espaldas del rey. La dama que defendía la caridad se veía negando limosna a un mendigo necesitado.

Incluso el propio Rey Rodolfo, cuando se miró en el espejo, se llevó una gran sorpresa y una profunda conmoción. Junto a su rostro majestuoso, el espejo reveló escenas de sus acciones… donde se le veía mintiendo para obtener ventajas políticas, prometiendo cosas que no pensaba cumplir, y siendo menos honesto y transparente de lo que siempre predicaba.

Al principio, la corte del Reino Incongruente se sintió… molesta… e incluso… indignada con el espejo. Lo consideraban… indiscreto, acusador, e incluso… un poco… “maleducado” por revelar sus “pequeñas” incongruencias y “secretos”. Algunos intentaron ignorarlo, otros trataron de ocultarlo, y no faltó quien propusiera destruirlo para “restaurar la paz y la normalidad” en el reino.

Pero el Rey Rodolfo, a pesar de su inicial sorpresa y cierto… desconcierto, reaccionó de manera diferente. Era un hombre sabio en el fondo, y reconoció en el espejo un instrumento valiosísimo, aunque incómodo y exigente. Comprendió que el Espejo de la Verdad no era un enemigo, sino… un consejero silencioso, un guía sincero y… un aliado inesperado en el camino hacia la verdadera coherencia y la honestidad.

Reunió a su corte y les habló con sinceridad y humildad. —Mis queridos consejeros, caballeros y damas —dijo el rey Rodolfo—. Este espejo que ha llegado a nosotros no es para avergonzarnos ni para juzgarnos. Es para… ayudarnos a vernos a nosotros mismos… con mayor claridad… con mayor verdad. Nos muestra… la distancia que a veces existe entre nuestras palabras… y nuestras acciones. Y esa distancia, mis amigos, es… el origen de la “incongruencia” que da nombre a nuestro reino… y que, quizás, nos impide ser… realmente felices y justos.

—El espejo no miente, —continuó el rey—. Nos muestra la verdad… por dura que sea. Y la verdad, aunque a veces duela, es… la única base sólida para construir una vida… y un reino… verdaderamente… íntegros y armoniosos. Propongo, por tanto, que, en lugar de rechazar el espejo, lo usemos como… guía y como… estímulo para mejorar. Miremos cada día en él, reflexionemos sobre las acciones que nos revela, y esforcémonos cada día por hacer que nuestras acciones… se parezcan más… a las nobles palabras que pronunciamos. Que el espejo de la verdad sea… nuestro consejero… y nuestro guía… hacia la congruencia que tanto anhelamos.

Y así, el Rey Rodolfo dio ejemplo de valentía y humildad. Él mismo se miró cada mañana en el espejo, no para complacerse en su imagen, sino para examinar sus acciones, corregir sus errores, y esforzarse por ser más honesto y congruente en su vida cotidiana. La corte, inspirada por el ejemplo del rey, siguió su camino. Poco a poco, los cortesanos, los caballeros, las damas, y todos los habitantes del Reino Incongruente comenzaron a utilizar el Espejo de la Verdad como una herramienta de autoevaluación y de mejora personal.

Ya no se conformaban con pronunciar palabras bonitas y vacías. Comenzaron a preocuparse por que sus acciones… fueran un reflejo fiel… de esos nobles ideales. Empezaron a practicar la honestidad en sus negocios, la justicia en sus decisiones, la bondad en su trato con los demás, y la coherencia entre lo que decían y lo que hacían.

El cambio en el Reino Incongruente fue gradual, pero profundo y transformador. Poco a poco, la desconfianza se disipó, reemplazada por una creciente transparencia y honestidad en las relaciones. La justicia se hizo más presente en todos los ámbitos de la vida. La bondad y la cooperación florecieron en la comunidad. Y, sobre todo, una nueva sensación de alegría auténtica y de armonía verdadera comenzó a inundar el reino. El Reino Incongruente, gracias al Espejo de la Verdad, se transformó… en un Reino Congruente, donde las palabras y las acciones… finalmente… se habían reconciliado, para construir un futuro más justo, más feliz, y más… verdadero.

Cuando Olivia terminó el cuento, observó a Sofía y Mateo con una sonrisa dulce y alentadora. — ¿Les gustó la historia del Espejo de la Verdad y el Reino Incongruente, mis pequeños buscadores de autenticidad? — preguntó Olivia con ternura.

—¡Sí, Olivia, mucho! —exclamó Sofía—. Me gustó mucho cómo el espejo les ayudó a darse cuenta de que tenían que ser más congruentes y cómo cambiaron para ser mejores.

—A mí me encantó cómo el rey usó el espejo no para castigarlos, sino para enseñarles y para mejorar todos juntos —añadió Mateo, asintiendo con convicción—. Es como… que el espejo les mostró el camino para ser más honestos de verdad.

Olivia sonrió, complacida por la comprensión profunda de los niños. — Exactamente, mis pequeños sabios. El Espejo de la Verdad es una metáfora de nuestra propia consciencia, de nuestra capacidad de reflexionar sobre nuestros actos y de esforzarnos por ser congruentes entre lo que pensamos, lo que decimos y lo que hacemos. Recordemos el ejemplo del Reino Congruente, y busquemos también nosotros… ser

espejos de verdad en nuestras propias vidas, reflejando con nuestras acciones la belleza de las palabras nobles que deseamos pronunciar.

—Pero ahora, —continuó Olivia, con un suave aleteo—, es hora de cerrar los ojitos y dejar que la magia del Espejo de la Verdad ilumine también sus sueños con reflejos de honestidad y coherencia. Descansen, mis pequeños jueces justos. Sueñen con reinos congruentes y con la alegría de la verdad liberadora. Mañana, si así lo quieren, volveré para seguir conversando y contándoles otra historia…

—¡Sí, Olivia, sí! ¡Queremos que vuelvas mañana! ¡Y queremos escuchar más historias! —respondieron Sofía y Mateo con entusiasmo y una sonrisa radiante que iluminaba sus rostros.

—Entonces, hasta mañana, mis pequeños espejos de bondad. Que los sueños les regalen descanso y claridad. Y recuerden siempre… la congruencia y la verdad son los cimientos más sólidos para construir una vida feliz y relaciones auténticas… tanto en un reino… como en sus propios corazones —dijo Olivia, despidiéndose con una mirada tierna y alentadora. Desplegó sus alas silenciosamente y se fundió con la quietud estrellada de la noche.

Sofía y Mateo se acurrucaron en sus camas, llevando consigo la inspiradora historia del Espejo de la Verdad y el Reino Congruente. Cerraron los ojos con una sonrisa serena, imaginando un mundo donde la coherencia y la honestidad brillaban como faros luminosos, guiando a todos hacia un futuro más justo y armonioso. El sueño llegó pronto, suave y tranquilo, llevándolos a un universo de fantasía y aprendizaje, donde la verdad y la congruencia reinaban con majestad y sabiduría, reflejándose en cada corazón como en un espejo mágico y revelador.

XIV

La luz de la luna se filtraba con timidez entre las cortinas, pero dentro del cuarto de Sofía y Mateo, reinaba una oscuridad suave, rota apenas por la fosforescencia de unas estrellas pegadas al techo. Los hermanos estaban sentados en la cama de Mateo, muy cerca uno del otro, pero con los cuerpos tensos, como si la cercanía física no alcanzara para aliviar una distancia emocional más profunda. En sus manitas, jugueteaban nerviosamente con las cuerdas de un mismo títere de juguete, compartiendo el objeto, pero no la alegría del juego. Un silencio denso, cargado de frustración contenida, se extendía por el cuarto, hablando más fuerte que cualquier palabra.

Un aleteo apenas perceptible en la ventana resonó como una suave llamada de atención en ese silencio denso. Olivia, silenciosa como una sombra alada, se posó en el alféizar, y sus ojos nocturnos captaron de inmediato la atmósfera cargada de pesar que envolvía a los niños. Percibió la tensión en sus cuerpecitos quietos, la seriedad preocupada en sus caritas usualmente luminosas.

—Buenas noches, pequeños compañeros de la noche —saludó Olivia con una voz tan suave como el roce de una pluma sobre seda, inclinando la cabeza con dulzura—. Los encuentro esta noche… más quietos que un estanque en calma, más silenciosos que las estrellas lejanas. ¿Qué nube oscura opaca hoy el brillo de sus ojitos? ¿Qué pesar silencioso los tiene tan… apesadumbrados y pensativos, mis pequeños?

Mateo, con la voz apagada, apenas un susurro quebrado, fue el primero en responder, deteniendo el movimiento de sus dedos sobre el soldadito.

—Hola, Olivia… es que… a veces sentimos… que lo que nos gusta… no importa… para los grandes.

Sofía, con un suspiro hondo que parecía arrastrar toda la tristeza de la noche, agregó, con la mirada perdida en la oscuridad de la habitación: —Sí… que no les importa… lo que nos emociona… lo que nos hace felices… como si… como si no tuviera valor… para ellos.

Olivia ladeó la cabeza con una expresión de profunda atención, sus ojos oscuros fijos en los rostros serios de los niños, captando la melancolía que vibraba en sus voces. —"Lo que les gusta no importa"… "Lo que les emociona no tiene valor"… Mmm, mis pequeños corazones sensibles. Entiendo… siento en sus palabras un eco de… desilusión, de… frustración… quizás incluso de… dolor. Sienten que cuando comparten con los adultos sus intereses, sus pasiones, sus juegos, en lugar de recibir apoyo y entusiasmo, encuentran… desinterés, minimización… o incluso…

desaprobación. ¿Es así, pequeños? Cuéntenme más, por favor. Esta vieja lechuza está aquí para escuchar… y para entender… lo que les preocupa tanto esta noche.

Mateo se encogió de hombros, con un gesto de resignación que parecía mucho mayor que su edad. —Sí… como con mis dinosaurios… A mí me encantan, Olivia. Me sé todos los nombres, cómo vivían, qué comían… ¡Todo!… Y me gusta jugar con ellos, inventar historias… Es lo que más me gusta hacer… Pero a mi tío… no le gustan nada. Dice que son cosas de… "nenitos chiquitos"… Que ya estoy "grandote" para jugar con "muñequitos"… Y que debería interesarme por cosas… "más importantes", como… los deportes… o… la computadora. Como si… jugar con mis dinosaurios… fuera algo… tonto… o… vergonzoso…

Sofía asintió, cruzando los brazos sobre el pecho como para protegerse de un frío invisible. —A mí me pasa con mis cuentos… Me encanta inventar historias, escribir poemas… Dibujar mis personajes… Es como… que siento que mi imaginación vuela, cuando hago eso… Pero la otra vez… le mostré un cuento nuevo a mi abuelo… Con unos duendes… y un castillo mágico… Y él lo leyó así… rápido… Y después me dijo… "Ay, Sofi, qué lindo… Pero… ¿no tienes nada mejor que hacer? En vez de perder el tiempo escribiendo… deberías… estudiar más… o… aprender algo… de verdad… útil". Como si… lo que yo escribo… no fuera… útil… o… importante… O como si fuera… una… "pérdida de tiempo"…

Olivia los escuchó con atención infinita, asintiendo lentamente mientras relataban sus experiencias, sus ojos fijos en los pequeños rostros marcados por la decepción. Percibía la profunda herida emocional que causaban esas palabras que minimizaban sus mundos interiores, que desvalorizaban sus pasiones infantiles. Cuando terminaron de hablar, exhaló un ulular melancólico, cargado de empatía y comprensión.

—Ah, mis pequeños artistas, mis pequeños soñadores… Entiendo tan bien esa punzada en el corazón que les dejan esas palabras… Sienten que les dicen, sin decirlo directamente, que sus pasiones no son "válidas", que sus intereses son "infantiles" o "inútiles", que su forma de expresar su creatividad y su alegría… es una "pérdida de tiempo"…. Y eso… eso puede hacerles sentir… profundamente desestimados, invisibles, sin valor, ¿verdad? Como si la parte más linda y auténtica de ustedes mismos… no fuera vista, no fuera reconocida, no fuera… celebrada por quienes los rodean. Es una sensación… muy dolorosa y desalentadora, lo comprendo.

Mateo suspiró hondamente, dejando escapar la frustración acumulada. —Sí… así mismo. Es como si pensaran… que solo las cosas que a ellos les parecen "importantes" son de verdad valiosas… Como si nuestros juegos,

nuestros cuentos, nuestros dinosaurios… no contaran para nada… Como si nuestra alegría y nuestra imaginación… no importaran…

Sofía cruzó los brazos con fuerza, haciendo un mohín de disgusto e indignación. —Y es feo… Porque a nosotros… sí nos importan esas cosas… ¡Mucho!… Para nosotros… jugar con dinosaurios… o escribir cuentos… ¡No es “perder el tiempo”!… ¡Es lo que nos hace felices! ¡Es lo que nos hace sentir… alegría… y nos gusta mucho! ¡Y que nos digan que no sirve para nada… duele mucho! ¡Es como si… nos estuvieran diciendo que nosotros tampoco valemos… tanto… como ellos… si hacemos esas cosas que a ellos no les gustan!…

Olivia suspiró suavemente, conmovida por la profunda vulnerabilidad y sinceridad de los niños. —Mis pequeños tesoros creativos, mis pequeños buscadores de alegría… Sus sentimientos son tan reales y valiosos como el canto del ruiseñor o el brillo de la luna en el agua. Y tienen toda la razón en sentirse tristes y frustrados cuando les dicen que lo que aman, que lo que los hace felices… es una “tontería” o una “pérdida de tiempo”. Porque, en realidad… lo que ustedes sienten, lo que ustedes crean, lo que ustedes aman… ¡Es infinitamente valioso!… ¡Es la esencia misma de quiénes son!… Y desestimar sus emociones, desvalorizar sus intereses, ridiculizar su creatividad… es una forma… muy dañina de negarles… el reconocimiento y el respeto que merecen como seres humanos únicos y maravillosos.

—Pero… ¿por qué los adultos hacen eso? —preguntó Mateo, con una genuina confusión en la voz—. ¿Por qué no entienden… que lo que nos gusta también es importante… para nosotros? ¿Por qué no valoran… nuestra imaginación… nuestra alegría… nuestro mundo interior? ¿Es que… no les importa cómo nos sentimos de verdad?

Olivia reflexionó un instante, antes de responder con su tono suave y comprensivo. —No, pequeño Mateo, estoy segura de que en el fondo de su corazón… sí les importa cómo se sienten. Pero creo que a veces… los adultos tienen una visión… un poco… “estrecha” de lo que consideran “valioso” o “útil” en la vida. Y esa visión estrecha… les impide ver la inmensa riqueza y el potencial que se esconde en la imaginación, en la creatividad, en el juego y en los intereses aparentemente “infantiles”… de los niños.

—Quizás —continuó Olivia, pensativa—, algunos adultos creen que las cosas “serias”, las cosas “útiles” son solo… las que se relacionan con el trabajo, el estudio “formal”, las habilidades “prácticas” para “triunfar” en el mundo adulto. Y olvidan que… la imaginación, la creatividad, el juego, son también habilidades inmensamente valiosas… ¡Quizás incluso más!… Para ser felices, para ser plenos, para ser seres humanos completos y

equilibrados… Pero a veces… los adultos… en su prisa por “prepararlos para el futuro”, olvidan que… el “presente” de la infancia, el valor intrínseco de sus intereses y pasiones también es… sagrado e imprescindible… Y, sin querer, terminan desvalorizando… lo que para ustedes es la alegría y la magia misma de la vida.

—También —agregó Olivia—, a veces los adultos ridiculizan sus hobbies o intereses creativos… quizás porque… ellos mismos… en el fondo… se sienten un poco “intimidados” o “alejados” de esa espontaneidad y libertad de la imaginación que ustedes conservan. Quizás en el mundo adulto, la creatividad y el juego… se ven como algo “poco serio”, como algo “de niños”, como algo que hay que “dejar atrás” para ser “adulto de verdad”. Y, sin querer, terminan proyectando esa idea limitante… en ustedes, minimizando o ridiculizando lo que para ustedes… es fuente de inspiración, de alegría, y de conexión con su ser más auténtico.

Olivia miró a Sofía y Mateo con una ternura infinita. —Así que, mis pequeñas gemas, recuerden siempre esto: sus intereses creativos, sus juegos imaginativos, sus hobbies aparentemente “inútiles”… son tesoros invaluables… ¡No los dejen nunca que nadie se los arrebate! No permitan que las palabras desvalorizantes de los adultos apaguen su chispa creativa ni les hagan sentir vergüenza de amar lo que aman. Porque lo que ustedes sienten y lo que ustedes crean… ¡Es una parte esencial y hermosa de quiénes son!… Y merece ser valorado, respetado, y… ¡celebrado!… Por ustedes mismos y por el mundo entero.

Olivia se acicaló una pluma con el pico, preparándose para el cuento de la noche. —Y ahora, mis pequeños corazones creativos, para irse a dormir con una sensación más dulce en el alma… ¿qué les parece si les cuento una historia? Una historia… sobre un valle escondido donde solo florecían… ¡ideas originales y hobbies insólitos!… Un valle donde nadie desvalorizaba la creatividad de nadie… sino que, al contrario, todos celebraban… ¡la magia única y especial de cada corazón creativo!… ¿Les gustaría visitar ese valle mágico en sueños esta noche?”

Sofía y Mateo se miraron entre sí, con una lucecita de esperanza brillando en sus ojos antes tristes. —¡Sí, Olivia, queremos ir al valle de los hobbies insólitos! —dijeron casi a la vez, con un renovado entusiasmo que desplazaba la sombra del pesar.

Olivia sonrió con un guiño divertido. —Entonces, ¡acomódense bien, pequeños artistas de sueños, que la historia del Valle de los Hobbies Insólitos está a punto de desplegar sus alas y llevarlos… hacia un mundo de imaginación desbordante y celebración de la creatividad!

El Valle Secreto de las Pasiones Escondidas



En las tierras donde la imaginación florece sin límites y los sueños toman forma tangible, existía un valle misterioso y encantado, oculto a miradas descuidadas: el Valle Secreto de las Pasiones Escondidas. No se podía encontrar en ningún mapa conocido, ni llegar a él siguiendo un camino tradicional. Se revelaba solamente a aquellos corazones puros y curiosos, que buscaban refugio de la incomprensión del mundo exterior, que anhelaban un lugar donde sus ideas más originales y sus hobbies más insólitos pudieran florecer en libertad.

Este valle, resplandeciente de una luz suave y multicolor, era un jardín mágico de diversidad creativa sin igual. En lugar de rosas y tulipanes, florecían en él hobbies en formas asombrosas: plantas trepadoras tejían bufandas interminables con lana arcoíris, árboles centenarios esculpían figuras fantásticas con sus raíces nudosas, cascadas cristalinas

entonaban melodías hechizantes con el murmullo del agua, y en cada rincón escondido brotaban talleres improvisados donde los habitantes daban rienda suelta a sus pasiones más peculiares.

Los habitantes del valle, seres mágicos de mil formas y colores, eran fervientes defensores de la individualidad creativa. Ningún hobby, por extraño o poco común que pareciera, era ridiculizado o desvalorizado. Al contrario, cada pasión era celebrada con entusiasmo y curiosidad, comprendiendo que en cada corazón creativo se escondía un tesoro único y valioso.

En el centro del valle, vivía una vieja gnoma sabia llamada Elara, conocida por su extraordinaria pasión por coleccionar botones perdidos. Su choza, construida dentro de un enorme hongo multicolor, estaba repleta de cajas y frascos repletos de botones de todas formas, tamaños y materiales. Elara pasaba sus días clasificando, lustrando, y creando mandalas elaborados con sus preciadas colecciones. Para Elara, cada botón era una pequeña joya, una ventana a una historia perdida, y dedicaba su vida a preservar la belleza insólita de estos objetos cotidianos que la mayoría desechaba.

Junto a la cascada musical, vivía un duende alegre llamado Fígaro, cuya pasión insólita era ¡hacer reír a las sombras! Fígaro creía que incluso las sombras, a veces melancólicas y silenciosas, merecían experimentar la alegría y la ligereza de la risa. Así que, cada tarde, al caer el sol, Fígaro se presentaba ante los troncos de los árboles, donde las sombras se alargaban y se extendían como siluetas misteriosas, y les contaba chistes, hacía piruetas cómicas y les dedicaba gestos absurdos hasta que, lentamente, las sombras parecían "sonreír", deformándose y ondulando de maneras inusuales, como si compartieran la risa contagiosa del duende bromista. Fígaro veía en su hobby insólito una misión de alegría, llevando un rayo de luz y de humor incluso a los rincones más oscuros del valle.

En los senderos empedrados, se encontraba a menudo a la ninfa Silvia, cuyo hobby peculiar consistía en ¡coleccionar suspiros del viento! Silvia creía que cada suspiro del viento, por efímero que fuera, contenía una emoción, un deseo, un recuerdo perdido… y que era importante capturar y preservar esas sensaciones volátiles para que no se perdieran en el olvido. Con frascos de cristal vacíos, redes de seda y paciencia infinita, Silvia recorría el valle, "atrapando" suspiros del viento en cada rincón y rendija. Luego, en su laboratorio secreto escondido en una cueva musgosa, "analizaba" los suspiros, "etiquetándolos" según su "esencia emocional" (suspiro de melancolía, suspiro de anhelo, suspiro de alivio, etcétera) y guardándolos cuidadosamente en estantes iluminados con luz de luciérnaga. Para Silvia, cada frasco de suspiros era un

testimonio de la riqueza y la complejidad del alma del mundo, y encontraba una profunda satisfacción en preservar ese tesoro intangible y precioso.

En el Valle Secreto de las Pasiones Escondidas, cada día era una celebración de la diversidad, una fiesta de la originalidad, una prueba vívida de que no existe ningún hobby "tonto" o "inútil" cuando nace del corazón y nutre el alma con alegría y propósito. Todos los habitantes habían aprendido que la verdadera magia de la vida reside en cultivar con amor las pasiones propias y en celebrar con entusiasmo las pasiones de los demás, comprendiendo que cada corazón creativo es un tesoro único e irrepetible, un regalo maravilloso para el mundo.

Cuando Olivia concluyó la historia, un suave perfume a flores insólitas pareció llenar la habitación. Sofía y Mateo estaban sonriendo, imaginando el Valle Secreto, visualizando a Elara con sus botones, a Fígaro haciendo reír a las sombras y a Silvia atrapando suspiros del viento.

Olivia los miró con cariño y les dijo con voz melodiosa: —Y así, mis pequeños buscadores de tesoros escondidos, recuerden siempre el Valle Secreto de las Pasiones Escondidas. Recuerden que sus hobbies, sus intereses únicos, su forma particular de expresar su creatividad… ¡Son tesoros invaluables!… No permitan nunca que nadie les diga que son "tontos", "inútiles" o una "pérdida de tiempo". Celebren sus pasiones con orgullo y alegría, cultiven sus hobbies con amor y entusiasmo, y compartan su magia creativa con el mundo. Porque en cada corazón apasionado reside una chispa de genialidad, una fuente de alegría y un regalo único y precioso para la vida.

Bostezó suavemente, estirando sus alas con elegancia. —Ahora, mis pequeños corazones creativos, es hora de cerrar los ojitos y soñar con valles mágicos y hobbies insólitos que florecen en libertad. Descansen bien, recuperen energías para un nuevo día… y recuerden que mañana volveré a escucharlos, con mi corazón abierto y muchas más historias maravillosas para compartir en la noche estrellada.

Sofía y Mateo asintieron con una sonrisa dulce y agradecida. —¡Sí, Olivia, hasta mañana! —dijeron casi al unísono, con los ojos brillantes de ilusión y la esperanza de una nueva noche de historias y sabiduría.

Olivia les guiñó un ojo y, con un suave aleteo, se elevó hacia la noche, dejando atrás una estela de paz y de inspiración creativa en la habitación infantil. Sofía y Mateo se acurrucaron bajo sus mantas, con el corazón lleno de alegría y confianza. Se durmieron rápidamente, soñando con el Valle Secreto y sus habitantes mágicos, esperando con entusiasmo la próxima noche, la próxima conversación con Olivia… y la

próxima historia que iluminaría sus sueños y sus vidas con magia y sabiduría.

XV

La luz de la lámpara de noche, cubierta con una pantalla de papel de colores, bañaba la habitación de Sofía y Mateo con un resplandor cálido y suave, aunque algo tenue, como si la propia luz también estuviera participando de un ambiente de calma contenida. Los hermanos, sentados en la alfombra redonda, habían construido un circuito imaginario con sus trenes de madera, pero los tenían detenidos, inmóviles, en medio de la vía, como si incluso sus juguetes participaran de una reflexión pausada. Sus caritas, apoyadas en las manos, mostraban una expresión pensativa, casi ligeramente melancólica, mientras susurraban frases sueltas, fragmentos de una conversación que rondaba en torno a una misma inquietud.

Un toque gentil en la ventana, como el suspiro del viento sobre el cristal, anunció la llegada de Olivia. La lechuza, con su elegancia habitual, se posó en el alféizar y escudriñó el cuarto con sus ojos penetrantes. Enseguida registró la atmósfera más bien tranquila pero también algo apagada, notó la quietud contemplativa de los niños y adivinó que, detrás de su silencio, se cocinaba alguna pregunta o reflexión importante.

—Buenas noches, mis pequeños ingenieros ferroviarios —saludó Olivia con su voz melodiosa, inclinando la cabeza con delicadeza—. Veo que han construido un hermoso circuito nocturno… pero los trenes están detenidos esta noche. ¿Qué pensamiento los tiene tan… absortos y… serenos… en medio de la oscuridad? ¿Algún nuevo misterio los tiene… estudiando el mapa de sus propias mentes?

Mateo, con la voz baja, casi confidencial, respondió primero, sin despegar la mirada de las vías de madera.

—Hola, Olivia… es que… estábamos hablando… de que a veces… sentimos… que a los mayores… no les gusta… que seamos… curiosos.

Sofía levantó la cabeza, apoyando las palabras de su hermano con un asentimiento suave. —Sí… que no les gusta… que hagamos preguntas… o que queramos… investigar cosas… nuevas… como si… como si molestara… nuestra curiosidad.

Olivia ladeó la cabeza, con una expresión de atención profunda, sus ojos brillantes escrutando los rostros reflexivos de los niños. —“No les gusta que sean curiosos”… “Molesta su curiosidad”… Mmm, mis pequeños exploradores de lo desconocido. Entiendo… siento en sus palabras una cierta frustración… quizás hasta desilusión. Sienten que, cuando ustedes se muestran interesados en aprender cosas nuevas, en descubrir el

mundo, en preguntar “por qué”, en lugar de recibir estímulo y apoyo, encuentran… freno, desinterés… o incluso rechazo a su curiosidad natural. ¿Es así, pequeños? Cuéntenme, quiero comprender… por qué les preocupa esto esta noche.

Mateo suspiró, como dejando salir un peso invisible que llevaba cargando. —Sí… es que… hoy en la calle… vi una hormiga enorme… ¡Gigante, Olivia!… Cargando una hoja… ¡Mucho más grande que ella!… Y me quedé mirándola… fascinado… Quería ver cómo hacía… para llevar esa hoja tan pesada… Y le pregunté a papá… “Papá, ¿cómo hacen las hormigas para ser tan fuertes? ¿Cómo pueden cargar cosas tan grandes?”… Y él ni me miró, Olivia. Seguía caminando, así… rápido… Y solo me dijo… “Ay, Mateo, no seas pesado… Déjate de hormigas ahora… Tenemos prisa”. Y… no me explicó nada… No se paró a mirar la hormiga… No le importó… mi curiosidad por las hormigas… Me hizo sentir… como si… como si mi pregunta fuera tonta… o… molesta…

Sofía asintió, compartiendo el sentimiento de su hermano. —Y a mí me pasó con mamá… El otro día… estaba mirando un libro… de estrellas… ¡De constelaciones!… Con dibujos lindos… Y vi una constelación que se llama… Osa Mayor… Y tenía una forma… rarísima… Y le pregunté a mamá… “Mamá, ¿por qué le pusieron ‘Osa Mayor’ a esa constelación… si no se parece a una osa… de verdad?”. Y ella… estaba cocinando… así… apurada… Y me dijo… “Ay, Sofía, no me hagas preguntas raras ahora… Estoy ocupada… Búscalo en internet, si quieres saber”. Y… no me explicó nada… No le interesó mi pregunta sobre las estrellas… Me hizo sentir… como si fuera una pesada… por ser curiosa… y por querer aprender de las estrellas…

Olivia los escuchó con suma atención, registrando cada matiz de frustración y desconcierto en sus relatos, sintiendo el eco de su curiosidad apagada, de su sed de conocimiento insatisfecha. Cuando terminaron de hablar, exhaló un ulular suave y comprensivo, moviendo la cabeza lentamente de lado a lado.

—Ah, mis pequeños buscadores de hormigas fuertes y constelaciones misteriosas… Entiendo tan bien esa sensación de… “puerta cerrada” ante su curiosidad, de sentir que sus preguntas son “pesadas” o “raras”, de percibir que su deseo de explorar y aprender es visto como… una molestia en lugar de… una maravilla a cultivar. Es una sensación muy descorazonadora, y muy injusta, ¿verdad? Como si… como si su curiosidad, que es la chispa misma de su inteligencia y de sus ganas de conocer el mundo… fuera… algo que hay que apagar, en lugar de alimentar y alentar.

Mateo asintió con tristeza, con los ojos perdidos en el títere inmóvil entre sus dedos. —Sí… exacto. Es como… que no entienden que a nosotros… nos gusta aprender… que nos gusta descubrir cosas nuevas… Que no preguntamos para molestar… sino… ¡porque de verdad queremos saber!… Y cuando no nos responden… o cuando nos dicen que “no sean pesados”… nos sentimos como si fuéramos… tontos… por ser curiosos… Como si estuviera mal… querer aprender más del mundo.

Sofía agregó, con un dejo de amargura en la voz. —Y a veces… no solo no nos explican… sino que… hasta se enojan si hacemos muchas preguntas… Como si fuéramos demasiado preguntones… o como si los “atacáramos” a preguntas… ¡Pero es que somos niños! ¡Es normal que seamos curiosos! ¡Es normal que queramos saber cómo funcionan las cosas… o por qué son como son! ¡La curiosidad no es algo malo… debería ser algo bueno, algo que los mayores enseñen… y feliciten!… ¡No algo que critiquen o desprecien!…

Olivia sonrió con ternura, admirando la lucidez y la pasión con que los niños defendían su curiosidad innata. —Así es, mis pequeñas mentes inquietas. Tienen toda la razón. La curiosidad… no es una molestia, no es un defecto, no es algo “malo” o “pesado”. ¡Es, por el contrario, una fuerza maravillosa, una chispa divina, un tesoro invaluable que todos los seres humanos llevamos dentro desde que nacemos!… Y la curiosidad de los niños… es aún más preciosa y delicada, porque es como una semillita recién germinada, que necesita ser regada con agua fresca, iluminada con la luz del conocimiento y protegida con el calor del entusiasmo… Para crecer fuerte y florecer en toda su potencialidad. Y cuando los adultos… no fomentan su curiosidad, cuando desestiman sus preguntas, cuando rechazan su deseo de aprender… es como si, sin querer… estuvieran apagando esa chispa vital… y marchitando esa semillita preciosa. Lo cual es una gran pérdida… para ustedes y para el mundo entero.

—Pero… ¿por qué los adultos hacen eso? —insistió Mateo, con una profunda necesidad de comprender esa contradicción aparente—. ¿Por qué no estimulan nuestra curiosidad? ¿Por qué no les gusta que hagamos preguntas? ¿Es que… no quieren que aprendamos más del mundo?

Olivia reflexionó un momento, antes de responder con su tono más suave y empático. —No, pequeño Mateo, no creo que sea que… no quieran que aprendan del mundo… Al contrario. Creo que, en general, todos los adultos desean que sus hijos… crezcan sabios, inteligentes, con sed de conocimiento… Pero a veces… simplemente… les cuesta… gestionar la curiosidad de los niños… en el ritmo ajetreado del día a día… Y ahí surgen, sin querer… estas situaciones de… freno a la curiosidad, de desinterés ante sus preguntas, de falta de estímulo a su exploración del mundo.

—Quizás —continuó Olivia, pensativa—, una razón sea… el tiempo… ¡La falta de tiempo!… Los adultos a menudo viven… corriendo, apurados, atrapados en sus rutinas, en sus obligaciones, en sus preocupaciones… Y cuando ustedes los bombardean con preguntas curiosas… (que para ellos a veces pueden parecer… interminables y… "fuera de lugar"… en medio de su "agenda apretada"), simplemente… no tienen… la paciencia, la calma, la energía… para detenerse, para prestarles atención, para darles una respuesta detallada y satisfactoria. Responden con un "no seas pesado", con un "búscalo en internet", con un "ahora no tengo tiempo"… no por mala voluntad, sino… por exceso de prisa… por falta de espacio mental y temporal… en sus vidas agitadas de adultos. No es excusa, claro que no… Pero a veces… entender que la prisa… puede ser un factor importante, ayuda a… suavizar un poco la frustración, a comprender que no siempre es falta de interés o de cariño… sino a veces… también… exceso de apuro.

—También —agregó Olivia—, a veces los adultos frenan su curiosidad… sin querer, por inseguridad… o por… temor… a no saber la respuesta. Cuando ustedes les hacen preguntas difíciles, preguntas que los ponen a pensar, preguntas que los desafían… a veces los adultos se sienten… "presionados" a saber todas las respuestas, a parecer siempre "sabios" y "perfectos" ante los ojos de sus hijos. Y cuando se dan cuenta de que… no saben la respuesta o… de que la respuesta es compleja… o de que requiere una explicación larga y detallada, en lugar de admitir que no lo saben o, de animarse a explorar la respuesta junto con ustedes… simplemente "desvían" la pregunta, minimizan su importancia… o los desalientan a seguir preguntando… por miedo a mostrar… su propia "ignorancia" o su propia… "limitación". Lo cual, claro, tampoco es la mejor manera de fomentar la curiosidad infantil… ¡Y mucho menos de enseñarles a ustedes que… no hay nada de malo en no saber algo… y que el aprendizaje es… una aventura maravillosa que se comparte entre todos, grandes y pequeños!…

Olivia miró a Sofía y Mateo con una sonrisa comprensiva y alentadora. —Así que, mis pequeños seres curiosos, recuerden siempre esto: su curiosidad es una fuerza hermosa y valiosa, no permitan que nadie la apague o la desvalorice. Sigan preguntando, sigan explorando, sigan descubriendo el mundo con ojos ávidos y corazones abiertos. Y si a veces los adultos… no les dan las respuestas que esperan, o no les brindan el estímulo que merecen… no se desanimen… No piensen que su curiosidad es "molesta" o "tonta". Recuerden que la semilla de la curiosidad vive dentro de ustedes, y ustedes tienen el poder de regalarla, de alimentarla, de hacerla crecer fuerte y frondosa, incluso si, a veces, el jardín exterior… no parece… colaborar mucho… ¡Sigan cultivando su propia chispa de genialidad con alegría y determinación!

Olivia se acomodó las plumas, preparándose para el cuento de la noche. —Y ahora, mis pequeños exploradores incansables, para irse a dormir con el alma más tranquila y el corazón más iluminado, ¿qué les parece si les cuento una historia? Una historia… sobre un planeta lejano… donde la curiosidad era la moneda más valiosa… ¡Y donde los niños curiosos… eran coronados héroes y heroínas… del conocimiento y el descubrimiento! ¿Quieren viajar conmigo a ese planeta mágico en sueños esta noche, pequeños astronautas de la curiosidad?

Sofía y Mateo se miraron, con una sonrisa de ilusión reemplazando la sombra de frustración en sus rostros. La idea de un planeta donde la curiosidad era rey… sonaba fascinante y liberadora. —¡Sí, Olivia, queremos ir al planeta de la curiosidad! —dijeron juntos, con un nuevo brillo en los ojos y la esperanza de una aventura nocturna emocionante.

Olivia sonrió con ternura y un guiño juguetón. —¡Entonces, prepárense para despegar hacia las estrellas del conocimiento, mis pequeños cosmonautas curiosos, que el cuento del Planeta Curioso está a punto de abrir las compuertas de su imaginación… y lanzarlos hacia una galaxia de descubrimientos maravillosos!

El Planeta Curiosilandia: Donde la curiosidad es oro



En los confines del universo conocido, más allá de las nubes de polvo cósmico y las galaxias espirales, se hallaba un planeta único y deslumbrante, un tesoro celeste llamado Curiosilandia. No era famoso por sus minas de oro ni por sus océanos de esmeraldas, sino por una riqueza mucho más preciosa y luminosa: ¡la curiosidad de sus habitantes! En Curiosilandia, la curiosidad no era solo una virtud, sino la moneda de cambio más valiosa, la llave de todas las puertas y la fuente inagotable de progreso y alegría.

En este planeta mágico, los habitantes, seres esféricos y multicolores llamados "Indagadores", nacían con un deseo insaciable de conocimiento. Sus ojos gigantes y brillantes exploraban el mundo con avidez, sus antenas detectaban el más leve susurro de misterio, y sus

“mochilas de preguntas”, que llevaban siempre a cuestas, se llenaban constantemente de interrogantes ávidas por ser respondidas.

En Curiosilandia, no existían los bancos tradicionales repletos de oro, sino “Centros de Intercambio de Curiosidad”, ubicados en cada esquina de las ciudades luminosas. Allí, los Indagadores intercambiaban sus descubrimientos, sus preguntas ingeniosas y sus ideas innovadoras por… ¡“Créditos de Curiosidad”! Cuanto más original y profunda era la pregunta, más relevante y novedoso el descubrimiento, mayor era la cantidad de Créditos de Curiosidad que recibían. Con estos créditos, podían adquirir herramientas de exploración avanzadas (telescopios intergalácticos, lupas microcósmicas, zapatos que desafiaban la gravedad), acceder a la “Gran Biblioteca del Conocimiento Universal” (un edificio esférico gigante que contenía toda la información del cosmos en forma de libros holográficos y experiencias virtuales) o simplemente… ¡seguir explorando y preguntando sin límites!

Los niños Indagadores, especialmente, eran los más valorados y recompensados en Curiosilandia. Desde pequeños, se les animaba a preguntar “por qué” a todo, a desarmar juguetes para entender cómo funcionaban, a explorar cada rincón del planeta con una insaciable voluntad de descubrir. Las escuelas de Curiosilandia no se parecían en nada a las escuelas terrestres: no había exámenes ni calificaciones, sino “Laboratorios de Exploración Intergaláctica”, “Talleres de Preguntas Creativas” y “Aulas de Descubrimiento Asombroso”. Los maestros no eran “instructores” sino “guías de curiosidad”, acompañando a los niños en sus aventuras intelectuales, fomentando su pensamiento crítico y celebrando cada pregunta ingeniosa y cada hallazgo inesperado.

Cuando un niño Indagador realizaba un descubrimiento especialmente relevante, o formulaba una pregunta que abría nuevos caminos al conocimiento, era coronado con el título de “Héroe o Heroína de la Curiosidad”, en una ceremonia festiva que paralizaba todo el planeta. Estos niños “héroes y heroínas”, recibían una “Medalla de Honor al Mérito Curioso” (hecha con polvo de estrellas y energía lumínica), y eran agasajados con viajes interplanetarios para seguir explorando el cosmos y expandiendo las fronteras del conocimiento.

Una de estas “Heroínas de la Curiosidad” más famosas de Curiosilandia era una niña Indagadora llamada Anya. Desde pequeña, Anya había demostrado una curiosidad devoradora y una mente inquieta como un cometa perdido en el espacio. A los cinco años, ya había desarmado y vuelto a armar un robot doméstico completo… ¡Solo para entender cómo funcionaba por dentro! A los ocho, había inventado un “Traductor Universal de Lenguajes Animales” que permitía conversar con cualquier criatura del planeta Curiosilandia, desde los pájaros cósmicos que

surcaban los cielos violetas, hasta los gusanos de luz que iluminaban las cuevas subterráneas. Y a los diez años, Anya alcanzó la cima de su heroísmo curioso… ¡Al descubrir el secreto del "Agujero Negro Sonriente"!

Durante meses, Anya había estado fascinada por un pequeño agujero negro detectado por los telescopios de Curiosilandia, que emitía… ¡Ondas sonoras en lugar de absorber luz! Todos los científicos Indagadores estaban perplejos… ¿Cómo era posible que un agujero negro, conocido por tragarse todo a su paso, "sonriera" con melodías misteriosas? Pero nadie lograba descifrar el enigma… Hasta que Anya, con su curiosidad indomable, decidió lanzarse a la aventura espacial para investigar el fenómeno de cerca.

Construyó su propia nave espacial con materiales reciclados y piezas encontradas en los talleres de Curiosilandia, programó un sistema de navegación intuitivo basado en patrones musicales y, sin avisarle a nadie más que a sus padres, despegó rumbo al Agujero Negro Sonriente. Durante semanas, navegó por el espacio profundo, esquivando meteoritos juguetones, conversando con estrellas errantes y coleccionando "polvo de curiosidad cósmica" para cargar de energía su nave espacial. Y finalmente, llegó al Agujero Negro Sonriente.

Con valentía y precisión, Anya maniobró su nave alrededor del agujero negro, escuchando atentamente las melodías misteriosas que emanaban de él, analizando las ondas sonoras con su traductor universal, y haciendo miles de preguntas a su "mochila de interrogantes". Y de pronto, en un instante de iluminación curiosa, ¡Anya descifró el secreto! El Agujero Negro Sonriente… ¡No era un agujero negro en absoluto! Era… un portal interdimensional disfrazado de agujero negro, creado por una antigua civilización cósmica para… ¡enviar mensajes de alegría y esperanza al universo! Las "melodías sonrientes" eran, en realidad… códigos de paz y armonía que viajaban a través del espacio-tiempo, llevando un eco de alegría a todos los rincones del cosmos.

Anya regresó a Curiosilandia como una heroína cósmica, trayendo consigo el secreto del Agujero Negro Sonriente y convirtiéndose en la niña más joven en ser coronada "Heroína de la Curiosidad". Toda Curiosilandia celebró su hazaña, comprendiendo una vez más el poder infinito de la curiosidad humana, la magia transformadora de las preguntas inteligentes y la alegría profunda que se encuentra en el camino del descubrimiento y el conocimiento. Y así, en Curiosilandia, el planeta donde la curiosidad es oro, los niños curiosos siguieron siendo coronados héroes y heroínas, explorando el universo, desentrañando misterios y haciendo del mundo… un lugar cada vez más sabio, más alegre, y más… ¡infinitamente curioso!

Cuando Olivia terminó de contar la historia, la habitación pareció llenarse de estrellas fugaces y ondas sonoras mágicas. Sofía y Mateo estaban absortos, con los ojos brillantes de entusiasmo e inspiración, imaginando el planeta Curiosilandia y las aventuras de la heroína Anya.

Olivia los miró con ternura, con un guiño juguetón en sus ojos nocturnos. —Y así, mis pequeños astronautas de la imaginación, recuerden siempre el Planeta Curiosilandia. Recuerden que su curiosidad es un tesoro invaluable, una moneda de oro que abre las puertas del conocimiento y del descubrimiento. No permitan que nadie apague su sed de aprender, no dejen de preguntar, de explorar, de cuestionar, de buscar respuestas en el universo infinito que los rodea. Porque en cada pregunta se esconde una posible aventura, y en cada descubrimiento se revela una nueva estrella para iluminar su camino… ¡Sean siempre héroes y heroínas de su propia curiosidad, y verán cómo el mundo… se abre ante ustedes como un libro mágico lleno de sorpresas maravillosas!

Bostezó suavemente, estirando sus alas con lentitud. —Ahora, mis pequeños viajeros estelares, es hora de cerrar los ojitos y soñar con planetas curiosos y aventuras intergalácticas. Que sus sueños estén llenos de estrellas fugaces y agujeros negros sonrientes, de preguntas inteligentes y descubrimientos asombrosos. Descansen bien, recuperen energías para un nuevo día… y recuerden que mañana volveré a escucharlos, con mi corazón abierto y otra historia cósmica para compartir en la noche estrellada.

Sofía y Mateo se miraron con una sonrisa radiante, los ojos llenos de inspiración y alegría. —¡Sí, Olivia, hasta mañana! —dijeron con entusiasmo, ya listos para embarcarse en sus propios viajes de sueño y curiosidad.

Olivia les guiñó un ojo y, con un suave aleteo, se perdió en la oscuridad de la noche, dejando tras de sí un eco de aventura y conocimiento en la habitación infantil. Sofía y Mateo se acurrucaron felices bajo sus mantas, con la sabiduría del Planeta Curiosilandia vibrando en sus corazones. Se durmieron soñando con naves espaciales y agujeros negros sonrientes, esperando con ilusión la próxima noche, la próxima conversación con Olivia… y la próxima historia que encendería aún más la chispa de su curiosidad y su pasión por aprender y descubrir el infinito universo que los esperaba… en sueños y en la vida.

XVI

La luna, escondida tras un manto de nubes grises, apenas dejaba filtrar unos hilos de luz plateada en la habitación. Sofía y Mateo estaban sentados uno frente al otro, sobre sus camas gemelas, con el entrecejo fruncido, como si intentaran desentrañar un jeroglífico invisible trazado en el aire. En la mesa de noche, un juego de cartas a medio desplegar permanecía inmóvil, testimonio de una actividad interrumpida por una inquietud más poderosa que el entretenimiento. El silencio, denso y expectante, se cernía sobre ellos, mientras intercambiaban miradas pensativas, buscando quizás en los ojos del otro un reflejo de su propia perplejidad.

Un suave aleteo contra el cristal de la ventana, tan ligero como una hoja cayendo, rompió la quietud de la habitación. Olivia se posó con gracia en el alféizar, y sus ojos nocturnos captaron inmediatamente el aura de introspección y ligera confusión que envolvía a los niños. Percibió la tensión en sus cuerpos quietos, la preocupación sorda que se dibujaba en sus pequeños rostros bajo la luz crepuscular.

—Buenas noches, pequeños enigmas —saludó Olivia con un tono de voz tan suave como el terciopelo, inclinando la cabeza con curiosidad—. Los encuentro esta noche más serios que un búho ante un misterio lunar. ¿Qué interrogante los tiene tan… ensimismados y preocupados? ¿Algún acertijo nocturno les nubla hoy la sonrisa?

Mateo, con la voz queda pero directa, rompió el silencio, señalando con un gesto distraído las cartas sobre la mesa.

—Hola, Olivia. Es que… estábamos hablando de… cuando los mayores… no nos dicen la verdad.

Sofía asintió con rapidez, uniéndose a la preocupación de su hermano con un tono más fruncido. —Sí. Cuando nos mienten… o cuando… esconden cosas… y… no entendemos por qué lo hacen.

Olivia ladeó la cabeza, su mirada penetrante explorando las expresiones de los niños, asimilando la carga de desconcierto e inquietud en sus palabras. —“No les dicen la verdad”… “Mienten o esconden cosas”… Mmm, mis pequeños buscadores de honestidad. Percibo en sus voces una mezcla de confusión y cierta …desconfianza. Sienten que a veces los adultos… no son completamente honestos con ustedes, que les ocultan información o que incluso les mienten… Y eso les genera dudas, inquietud, quizás hasta una sensación de… inseguridad, ¿verdad? Cuéntenme más. Quiero escuchar ejemplos, quiero comprender… qué situaciones concretas les han hecho pensar en esto esta noche.

Mateo suspiró ligeramente, iniciando el relato. —Es que… mi primo… me contó… que sus papás… se van a separar. Van a… a divorciarse. Y que él… lo escuchó… sin querer… a escondidas… una conversación de ellos… con su abuela. ¡Pero a él… nunca le habían dicho nada, Olivia! Siempre… le habían mentido… Cuando les preguntaba si pasaba algo… si los veían tristes… siempre le decían… "No, hijito, no pasa nada… Son cosas de mayores… No te preocupes". ¡Pero era mentira!… ¡Sí pasaba algo!… ¡Se iban a separar!… Y mi primo dice que se siente… muy mal… No solo por la separación sino… ¡por la mentira!… Porque no confiaron en él… Porque le escondieron… algo tan importante… durante tanto tiempo. Se siente… como si… como si hubieran roto… algo… entre ellos… Por no ser honestos.

Sofía tomó la palabra, con la mirada fija en un punto indefinido de la alfombra. —A mí… en clase… la seño… nos retó a todos… Porque un compañero… había roto un libro… de la biblioteca… Un cuento muy lindo… Y la seño estaba enojada… quería saber quién había sido… para "castigarlo"… Y nadie decía nada… Y entonces… la seño dijo… "Si nadie confiesa… ¡Los voy a castigar a todos! ¡Se quedan sin recreo todos! ¡Para que aprendan a ser sinceros!". Y después… habló con otra seño… y les mintió… Olivia. La oí sin querer… Le dijo a la otra seño… ... "Sí, sí, ya descubrí quién fue el que rompió el libro… Ya hablé con él… Ya me confesó". ¡Pero era mentira, Olivia! Nadie había confesado nada. Ella mintió… para quedar bien… o para que la otra seño no pensara que no sabía qué hacer… No sé por qué mintió. ¡Pero mintió!… Y yo pensé… ¿Por qué nos dice a nosotros que siempre hay que decir la verdad… si ella también… miente… así… tan fácil? Es como… que las reglas… de decir la verdad… no son para todos… solo… para los niños… Y eso… no tiene sentido…

Olivia escuchó con profunda atención los ejemplos de los niños, asimilando cada detalle de sus relatos, cada matiz de confusión e indignación en sus voces infantiles. Percibía el quiebre de confianza, la desilusión y la semilla de cinismo que podía germinar en sus pequeños corazones al presenciar estas incongruencias entre el discurso y la acción de los adultos. Cuando terminaron de hablar, exhaló un ulular grave y pensativo, moviendo lentamente la cabeza de lado a lado.

—Ah, mis pequeños testigos de verdades a medias y mentiras desveladas… Siento profundamente la turbación que les provoca este… espectáculo de incongruencia adulta. Entiendo perfectamente la confusión, el desconcierto… y la cierta herida en su confianza que les genera presenciar cómo, a veces, los adultos… no son del todo transparentes… ni del todo honestos… ni del todo… fieles a la verdad que predican. Y es una sensación… muy desestabilizadora… especialmente

para ustedes, que están aprendiendo a orientarse en el mundo, a construir sus propios valores y a buscar referentes de conducta confiables.

Mateo frunció el ceño, intentando verbalizar la pregunta que le rondaba en la mente. —Pero… ¿por qué hacen eso los adultos? ¿Por qué nos mienten o nos esconden la verdad? ¿Por qué no son siempre honestos con nosotros… aunque sea difícil… o, aunque la verdad sea… fea o triste? ¿Es que… no confían en nosotros… para decirnos la verdad? ¿O es que… ellos mismos no creen mucho… en la verdad?

Olivia reflexionó un instante, antes de responder con su tono suave y comprensivo, evitando simplificaciones y reconociendo la complejidad del tema. —Mmm, pequeño Mateo, gran pregunta, difícil respuesta… No creo, en general, que los adultos mientan… o escondan la verdad… porque no quieran a la verdad en sí misma… o porque deseen engañarlos con mala intención. Más bien creo que, a veces, los adultos… recurren a la mentira o a la falta de honestidad… por razones… a menudo… complejas y… a veces… hasta… contradictorias entre sí.

—Una razón, —comenzó Olivia, pensativa—, podría ser… protegerlos… Sí, aunque suene raro. A veces, los adultos mienten… o esconden información… pensando que así… los están cuidando, evitando preocupaciones, ahorrándoles sufrimientos… Por ejemplo, en el caso de la separación de tus primos… Quizás sus papás… no querían contarle antes a tu primo… para “no preocuparlo”, para “evitarle la angustia” de la incertidumbre… Tal vez creían que era “mejor” esconderle la verdad… hasta que la situación estuviera… “más definida” o “más resuelta”. Es una manera… a veces equivocada, pero bienintencionada… de intentar protegerlos del dolor… aunque, como ven, esa “mentira protectora”, al final, puede generar… más daño… que beneficio, creando desconfianza y heridas emocionales… más profundas que la verdad misma.

—También —agregó Olivia— a veces los adultos mienten… o no son completamente honestos… por… comodidad… o… para evitar… situaciones “difíciles” o “incómodas”. Como en el caso de tu seño… en la escuela, Sofía. Quizás ella… mintió a la otra seño… para “evitarse problemas”, para “no tener que dar más explicaciones”, para “salir del paso” rápidamente… Tal vez pensó que era “más fácil” mentir un poquito… que admitir que no había resuelto el problema del libro roto, o que no sabía quién había sido el responsable. Es una forma… poco ética, cierto, pero humanamente… comprensible, en el sentido de que… a veces… los adultos también somos un poco… “perezosos”, y preferimos la “vía fácil” de la mentira… a enfrentar… la “vía más larga” y “más compleja” de la verdad… Aunque a la larga… la mentira termine siendo más problemática que la honestidad, incluso para los propios adultos.

—Y a veces, debo decirlo —concluyó Olivia, con un tono más grave—, la falta de honestidad de algunos adultos… surge… de algo más oscuro… y menos justificable: la manipulación… Sí. A veces los adultos mienten… o no son transparentes intencionalmente… para… obtener algún beneficio para controlar una situación… o para aprovecharse de la inocencia o la confianza de los niños. En esos casos, la mentira… no es un error "inocente" o "bienintencionado"… sino una herramienta de poder… utilizada de manera poco ética… e incluso… cruel… para conseguir fines egoístas… o poco claros. Afortunadamente, este tipo de mentira manipuladora… no es la más frecuente… Pero existe… y es importante… que ustedes, mis pequeños buscadores de verdad, aprendan a reconocerla… y a defenderse de ella… con valentía y discernimiento.

Olivia miró a Sofía y Mateo con una ternura infinita pero también con una seriedad que honraba su inteligencia y su capacidad de comprensión. —Así que, mis pequeños corazones honestos, recuerden siempre esto: la verdad, aunque a veces sea difícil de decir o de escuchar… es siempre… el camino más sólido, más sano y más respetuoso… en cualquier relación humana, especialmente entre adultos y niños. Tienen todo el derecho a recibir siempre la verdad… de parte de los adultos que los rodean. Y aunque a veces la verdad duela… o asuste… es siempre mejor que la confusión, la desconfianza y la herida que genera la mentira. Exijan siempre la verdad, pregunten siempre "¿por qué?" cuando algo no les suena honesto, y confíen en su propio corazón para distinguir la verdad de la mentira… ¡Porque su intuición… es muchas veces… más certera de lo que los adultos imaginan!

Olivia se acomodó las plumas, preparándose para el cuento final de la noche. —Y ahora, mis pequeños detectives de la verdad, para irse a dormir con un poco más de claridad y esperanza en el alma… ¿qué les parece si les cuento una historia? Una historia… sobre un reino mágico… donde las mentiras… ¡se convertían en burbujas de jabón que se desvanecían al instante!… Y donde la verdad… brillaba como un sol radiante… iluminando cada rincón de la vida y del corazón… ¿Quieren viajar conmigo a ese reino mágico en sueños esta noche, pequeños buscadores de la verdad absoluta?

Sofía y Mateo se miraron con una sonrisa tímida, un rayo de ilusión atravesando la sombra de incertidumbre en sus ojos. La idea de un reino donde la mentira se evapora… y la verdad resplandece… les resultaba atractiva y reconfortante. —¡Sí, Olivia, queremos ir al reino donde las mentiras son burbujas! ¡Queremos ver cómo brilla la verdad! —respondieron casi a la vez, con un renovado entusiasmo que ahuyentaba la confusión.

Olivia sonrió con ternura y un guiño. —Entonces, ¡prepárense para volar hacia el reino de la verdad, mis pequeños exploradores de la honestidad, porque la historia del Reino de las Burbujas de Mentira está a punto de abrir las puertas de su imaginación… y llevarlos a un mundo donde la verdad… siempre triunfa y resplandece con toda su fuerza y su belleza!

El Reino de Cristal de la Verdad Radiante



En un valle bañado por la luz de un sol perpetuo, donde las montañas resplandecían como diamantes tallados y los ríos cantaban melodías cristalinas, se alzaba el Reino de Cristal de la Verdad Radiante. Este reino, único en su especie, poseía una magia peculiar y fascinante: las mentiras, al ser pronunciadas, se convertían instantáneamente en frágiles burbujas de jabón que ascendían al aire para desvanecerse sin dejar rastro; mientras que la verdad, por pequeña o silenciosa que fuera, brillaba con una luz propia e intensa, iluminando cada rincón del reino y los corazones de sus habitantes.

En el Reino de Cristal, la honestidad no era solo una virtud, sino la ley fundamental, el tejido mismo de la vida cotidiana. Mentir era no solo inmoral, sino físicamente… ¡imposible! Cada intento de falsear la verdad se manifestaba de forma instantánea e inequívoca: las palabras

mentirosas escapaban de los labios como pompas de jabón irisadas, livianas y efímeras, que ascendían al cielo azulado para estallar en un silencio vacío, revelando la falsedad de su contenido ante todos.

El palacio real, construido íntegramente de cristal puro y transparente, simbolizaba esta predilección por la verdad. Sus paredes transparentes no ocultaban ningún secreto, sus ventanas cristalinas dejaban pasar la luz sin distorsiones y su salón del trono, coronado por un gigantesco sol de cristal, irradiaba una luminosidad que disipaba cualquier sombra de engaño. El Rey Cristalino, monarca sabio y justo, gobernaba con la verdad como única guía, escuchando siempre la voz de la razón y el eco sincero de los corazones de su pueblo.

Un día, sin embargo, una sombra oscura se cernió sobre el Reino de Cristal. Un malvado mago errante, conocido como "Zabulón el Oscuro", llegó a las fronteras del reino, portando consigo un poder antiguo y peligroso: la "Semilla de la Gran Mentira". Zabulón odiaba la verdad y la transparencia, y deseaba sumir al Reino de Cristal en un caos de engaño y desconfianza.

Con astucia y sigilo, el mago logró introducirse en el reino y, aprovechando la noche oscura y sin luna, plantó la Semilla de la Gran Mentira en el corazón de la Plaza Mayor, junto a la Fuente de la Verdad Eterna. La semilla, negra como la noche más profunda, comenzó a germinar lentamente, esparciendo una energía tenebrosa y perturbadora por todo el reino.

Al día siguiente, algo extraño comenzó a suceder. Los habitantes del Reino de Cristal, acostumbrados a la fluidez natural de la verdad, notaron con alarma que sus palabras… ya no se transformaban en burbujas de jabón… ¡Las mentiras… ya no se desvanecían!… La magia protectora del reino, debilitada por la Semilla de Zabulón, parecía fallar. La mentira comenzaba a respetarse sin obstáculos por las calles de Cristal, sembrando la confusión, la duda y el miedo en los corazones de los Indagadores de la Verdad.

El rey Cristalino, consternado por esta anomalía mágica, reunió a sus sabios consejeros y les pidió ayuda para desentrañar el origen de este mal inexplicable y encontrar una solución urgente. Los sabios consultaron antiguos libros de magia, observaron las estrellas y meditaron durante días enteros, pero ninguno lograba entender por qué la magia de la verdad se había debilitado de repente.

En medio de la confusión y la incertidumbre, una niña llamada Luna, conocida en todo el reino por su corazón puro y su aguda intuición, se acercó al rey Cristalino con una idea audaz y esperanzadora. Luna, aunque era pequeña en estatura, poseía una gran curiosidad y un amor

profundo por la verdad. Ella había notado algo extraño en la Plaza Mayor, cerca de la Fuente de la Verdad Eterna… Algo oscuro… que parecía irradiar una energía negativa…

—Majestad —dijo Luna con voz clara y segura—, creo saber por qué la magia de la verdad se está apagando. Creo que el malvado mago Zabulón ha plantado algo oscuro en nuestro reino… Una semilla de mentira… que está envenenando la verdad en nuestros corazones. Debemos encontrar esa semilla y purificarla… ¡Antes de que la mentira invada todo el reino y nos sumerja en la oscuridad eterna!

El rey Cristalino, impresionado por la intuición y la valentía de Luna, decidió confiar en su palabra y lanzó una búsqueda urgente por todo el reino para encontrar la Semilla de la Gran Mentira. Luna, acompañada por los caballeros más valientes y los sabios más astutos, lideró la búsqueda, siguiendo las pistas de oscuridad y desconfianza que la semilla iba dejando a su paso.

Después de días de intensa búsqueda, finalmente llegaron a la Plaza Mayor, y allí, junto a la Fuente de la Verdad Eterna, encontraron la Semilla de Zabulón, latente y tenebrosa, irradiando su energía maligna. Luna supo al instante qué debían hacer. Con un corazón lleno de valentía y verdad, se acercó a la fuente y, tomando en sus manos agua cristalina y pura, la arrojó sobre la Semilla de la Gran Mentira, mientras pronunciaba con voz firme y clara:

—¡En nombre de la Verdad Radiante, yo te ordeno, semilla de mentira, purifícate y propaga la verdad por siempre en nuestro reino!

En ese mismo instante, algo maravilloso sucedió. El agua de la Fuente de la Verdad Eterna, al tocar la Semilla de Zabulón, comenzó a brillar con una luz intensa y cegadora. La semilla negra se encogió y tembló, luego se transformó en polvo de luz que el viento se llevó por todo el reino. Y al mismo tiempo, una ola de luz radiante se expandió por todo el Reino de Cristal, restaurando la magia de la verdad con más fuerza que nunca.

Las mentiras volvieron a convertirse en burbujas de jabón al ser pronunciadas, la verdad brilló con más intensidad en cada palabra y en cada corazón, y el Reino de Cristal de la Verdad Radiante volvió a ser un ejemplo de honestidad, transparencia y alegría para todo el mundo. Y Luna, la niña valiente que salvó al reino de la oscuridad de la mentira, fue coronada heroína eterna de la Verdad Radiante, recordada por siempre como el símbolo viviente del poder invencible… de la verdad sincera y luminosa.

Cuando Olivia terminó el cuento, una luz cálida y tranquila pareció inundar la habitación, como si el brillo radiante del Reino de Cristal

hubiera traspasado la ventana y alcanzado los corazones de Sofía y Mateo. Los niños sonreían, imaginando el reino mágico y la valentía de la heroína Luna, comprendiendo la importancia vital de la verdad y la efímera fragilidad de la mentira.

Olivia los miró con ternura, con un guiño sabio en sus ojos brillantes. —Y así, mis pequeños buscadores de la verdad absoluta, recuerden siempre el Reino de Cristal de la Verdad Radiante. Recuerden que la mentira, aunque a veces parezca fácil o cómoda… es siempre frágil y efímera, como una burbuja de jabón que se desvanece en el aire. Mientras que la verdad, aunque a veces duela o sea difícil de decir… es siempre fuerte y luminosa, como el sol radiante que ilumina el mundo y nuestros corazones. Elijan siempre la verdad, sean siempre honestos consigo mismos y con los demás, y verán cómo su vida… se ilumina con una luz más clara, más brillante, y mucho más… verdadera y feliz.

Bostezó suavemente, estirando sus alas con delicadeza. —Ahora, mis pequeños guardianes de la verdad, es hora de descansar y soñar con reinos de cristal y soles radiantes. Que sus sueños estén llenos de burbujas de mentira que se desvanecen sin dejar rastro, y de la alegría inmensa de la verdad que brilla para siempre en sus corazones.

XVII

La oscuridad de la madrugada reinaba en la habitación, una oscuridad casi palpable, solo ligeramente rota por el débil resplandor azul que se filtraba desde la ventana, anunciando tímidamente la cercanía del amanecer. Sofía y Mateo, extrañamente despiertos a esas horas intempestivas, estaban sentados en el suelo, juntos pero quietos, como pequeñas estatuas de preocupación. No había rastro de juguetes a su alrededor, solo el frescor de la alfombra bajo sus pies descalzos y el peso invisible de una inquietud silenciosa que los mantenía inmóviles y ensimismados.

Un suave roce contra el cristal de la ventana, apenas audible, irrumpió en la calma nocturna. Olivia, puntual a su cita, se posó en el alféizar, y sus ojos penetrantes escrutaron la escena con atención. Detectó al instante la falta de movimiento, la inmovilidad en los pequeños cuerpos de los niños, el aura de desasosiego que parecía emanar de sus rostros apagados en la penumbra. Reconoció esa quietud cargada de tensión como un anuncio de preocupación, como el silencio antes de la tormenta.

—Buenas noches, mis pequeños veladores de la madrugada —saludó Olivia con una voz suave como el murmullo del viento, inclinando la cabeza con delicadeza—. Los encuentro despiertos, a una hora en que hasta los búhos suelen descansar. Veo una calma un poco… tensa en el aire. ¿Qué preocupación los tiene tan… inanimados y pensativos, mis pequeños madrugadores? ¿Qué sombra nocturna perturba su sueño esta vez?

Sofía, con la voz un poco trémula, casi como si temiera romper el silencio con demasiada fuerza, respondió primero, con la mirada perdida en la oscuridad.

—Hola, Olivia… es que… estábamos hablando de cuando… las cosas cambian… así… de repente… Y… no entendemos por qué.

Mateo asintió rápidamente, sumándose a la inquietud de su hermana con un tono de voz cargado de incertidumbre. —Sí… cambios grandes… que nadie nos explica… Y que nos dan un poco de… miedo… y… tristeza.

Olivia ladeó la cabeza con expresión atenta, absorbiendo cada matiz de preocupación en las voces infantiles. —“Cambios de repente”… “Sin explicaciones”… “Miedo y tristeza”… Mmm, mis pequeños corazones desorientados. Entiendo… siento en sus palabras un eco de… confusión, de …incertidumbre… ante algo que perciben como… abrupto, inesperado, quizás… incluso un poco… injusto. Se refieren a… cambios

grandes en sus vidas… que llegan sin previo aviso… sin una preparación… y sin explicaciones claras… por parte de los adultos, ¿es así? Cuéntenme más, mis pequeños. Quiero comprender… qué tipo de cambios los preocupan tanto esta noche…

Mateo suspiró profundamente, rompiendo por fin la quietud de su cuerpo para abrazar sus rodillas contra el pecho, como buscando protección en sí mismo. —Es que… en el cole… un amigo nuevo que llegó hace poco… me contó que él antes… vivía… en otra ciudad… ¡Muy lejos de aquí!… Y que un día sus papás… simplemente le dijeron "Nos vamos a vivir a otra parte… Ya encontramos una casa nueva… Vas a tener que dejar tu escuela, tus amigos, todo… Y vamos a empezar una vida nueva en otro lugar". ¡Así… de repente, Olivia! Sin preguntarle nada… Sin explicarle bien por qué… Sin darle tiempo… para… para prepararse… o… para… despedirse de sus amigos… o… para entender… Solo… "Nos vamos… y punto". Y mi amigo dice… que él se sintió… muy raro… ¡Como si nadie lo tuviera en cuenta!… Como si sus sentimientos… no importaran… en esa decisión… tan grande… que cambiaba toda su vida… de un día para otro.

Sofía asintió con la cabeza, un nudo formándose en su garganta al evocar una historia similar. —Y a mí… mi prima… la más chiquita… tiene un gatito… que quería mucho… Muchísimo… Su gatito Misho… que era… como su mejor amigo… Y el otro día… su mamá… lo llevó al veterinario… Y… lo durmieron… para siempre… porque estaba… enfermito y viejito… Y a mi prima… tampoco le habían dicho nada antes… ¡Nada, Olivia! Un día Misho estaba en casa… jugando… y al día siguiente… ¡Puf!… ¡Ya no estaba más!… Su mamá… simplemente le dijo… "Ay, mi vida, Misho se fue al cielo… Ya no va a volver". Sin explicarle que estaba enfermo… Sin prepararla para la despedida… Sin darle la oportunidad de… de… decirle adiós a Misho… ¡Nada!… Y mi prima está… triste… Llora todo el día… Y me dice que se siente… como si le hubieran robado a Misho… Como si la hubieran dejado sola… con un dolor enorme… que no entiende bien… Y… que nadie le ayuda a entender.

Olivia escuchó con atención infinita los relatos de los niños, absorbiendo cada matiz de angustia, confusión y desamparo en sus voces quebradas. Sentía la profunda vulnerabilidad de sus corazones infantiles ante la abrupta irrupción de cambios inesperados, la falta de control y la sensación de ser dejados de lado en decisiones que afectaban profundamente sus vidas. Cuando terminaron de hablar, exhaló un ulular profundo y compasivo, moviendo lentamente la cabeza de lado a lado.

—Ah, mis pequeños corazones sacudidos por la ola de lo inesperado… Siento muchísimo esa confusión, ese miedo, esa tristeza… que les generan estas historias de cambios abruptos y explicaciones inexistentes. Entiendo

perfectamente esa sensación… de desorientación, de desamparo… de perder el control sobre su propia vida, cuando decisiones importantes… se toman por ustedes… y sin ustedes… sin pedirles opinión, sin darles explicaciones, sin prepararlos para lo que viene. Es una sensación… muy desestabilizadora, y muy dolorosa… Lo comprendo profundamente.

Mateo volvió a suspirar, dejando escapar un hilo de voz lleno de interrogantes. —Sí… mucho. Es como… como si de repente alguien moviera el piso bajo nuestros pies… Sin avisar, sin dejarnos agarrarnos de nada… Y uno… se cae… y se siente perdido… sin saber dónde está… ni qué va a pasar… Es feo… muy feo sentirse así.

Sofía asintió, con los ojos llenos de una tristeza callada. —Y… y además… es como… como si los mayores no se dieran cuenta… de que a nosotros… también nos importan los cambios… aunque seamos chicos. Que a nosotros… también nos afectan, que también tenemos miedos y preguntas… y necesidades… cuando las cosas cambian… así… de repente. Es como si pensaran que somos… solo muñequitos… que se pueden mover de un lugar a otro… sin sentir nada… Sin preocuparse por cómo nos sentimos nosotros… en todo eso… Y eso es lo que más… más duele… Sentir que no nos toman en cuenta… de verdad… en nuestra propia vida.

Olivia cerró los ojos un instante, conmovida por la profundidad de las palabras de Sofía, por la justeza de su reclamo de ser tomados en cuenta, de ser reconocidos como seres humanos completos con derecho a ser informados y consultados sobre los cambios que les afectaban. —Ah, mis pequeños seres valiosos… Tienen toda la razón. Merecen ser informados, merecen ser escuchados, merecen ser tomados en cuenta… en cualquier decisión importante que cambie el rumbo de sus vidas, por pequeños que sean. Y la falta de comunicación clara, la omisión de explicaciones, el imponer cambios de manera abrupta… es una falta de respeto a sus sentimientos, a su inteligencia… y a su derecho a comprender y procesar… lo que está sucediendo en su propio mundo.

—Pero… ¿por qué los adultos hacen eso? —preguntó Mateo, buscando una razón, una lógica, aunque fuera oscura o incomprensible, para esa falta de empatía. —¿Por qué nos ocultan los cambios? ¿Por qué no nos explican bien las cosas… aunque sean tristes o difíciles? ¿Es que… piensan que somos demasiado pequeños… para entender la verdad… o para soportar los cambios difíciles?

Olivia reflexionó un momento, sopesando sus palabras, antes de responder con su tono suave y sabio, buscando iluminar la oscuridad de la incomprensión. —No, pequeño Mateo, no creo que sea que… piensen que ustedes sean "demasiado pequeños" para entender la verdad… o

para soportar los cambios… De hecho, yo creo que los niños, muchas veces, son… mucho más fuertes, más resilientes, más capaces de entender y adaptarse a los cambios difíciles… de lo que los adultos imaginan… El problema, creo yo, radica más… en la propia incomodidad… de los adultos… ante los cambios… y ante el dolor que esos cambios pueden generar… en ustedes y en ellos mismos.

—Verán —continuó Olivia, pensativa—, los cambios… asustan a muchos adultos también. Mudanzas, separaciones, pérdidas… son eventos que perturban la normalidad, que alteran la cotidianeidad… que generan incertidumbre, que despiertan miedos profundos… Y a veces, los adultos… no saben cómo gestionar sus propias emociones ante esos cambios… No saben cómo enfrentar su propio miedo, su propia tristeza, su propia confusión… Y, en observar atentamente sus propias emociones… y de buscar la mejor manera de comunicar la verdad a sus hijos… lo que hacen es… "escapar" hacia otra cosa… Ocultando la verdad, minimizando la importancia del cambio, evitando hablar del tema… Como si… al no nombrar el problema, pudieran hacerlo desaparecer mágicamente… Pero claro, la magia no funciona así… Y el silencio… y las mentiras… en lugar de protegerlos o ahorrarles sufrimiento… terminan generando más confusión, más miedo, y más… dolor a largo plazo.

—También —agregó Olivia—, a veces los adultos no explican los cambios… porque subestiman… la capacidad de comprensión y de adaptación de los niños. Tal vez piensan que ustedes son… "demasiado pequeños para entender", que "no van a comprender igual", que "es mejor no complicarles la vida" con detalles o explicaciones complejas… Y asumen, erróneamente… que es "más fácil" mantenerlos en la ignorancia, evitando dar explicaciones claras… Pero olvidan que, ustedes son seres humanos inteligentes, sensibles y capaces que, aunque sean niños tienen derecho a la verdad, necesitan la verdad para procesar los cambios, para adaptarse a lo nuevo, para construir su propia comprensión del mundo. Y que privarlos de información, dejarlos en la oscuridad de la ignorancia… en lugar de ayudarlos… los deja… más desorientados, más asustados, y mucho menos… preparados para afrontar los desafíos de la vida. La explicación de las cosas, y no su ocultamiento, es lo que más ayuda a los niños a aprender y comprender el mundo.

Olivia miró a Sofía y Mateo con una ternura infinita y una comprensión profunda. —Así que, mis pequeños corazones en transición, recuerden siempre esto: tienen derecho a la verdad. Tienen derecho a que se les expliquen los cambios importantes en sus vidas de manera clara, honesta y adecuada para su edad. No permitan que nadie les haga creer que

son “demasiado pequeños” para entender, o para afrontar la verdad, incluso cuando sea difícil. Su capacidad de comprensión y su fuerza interior son mucho mayores de lo que los adultos a veces llegan a imaginar. Y la verdad, aunque duela, es siempre más valiosa que la confusión, que la incertidumbre y que el miedo que genera el silencio o la mentira.

Olivia se estiró las alas con un ademán suave, preparándose para contarles el cuento de la noche. —Y ahora, mis pequeños corazones buscadores de promesas sinceras, para irnos a dormir con un sabor menos amargo en el alma… ¿qué les parece si les cuento una historia? Una historia… sobre el “Valle de las Luciérnagas Prometedoras”… Un lugar mágico donde los animales aprendieron a lidiar con la desilusión cuando las promesas se rompían, no con rencor ni desesperanza, sino con comprensión, creatividad y la fuerza de la amistad. ¿Les gustaría visitar conmigo el Valle de las Luciérnagas Prometedoras esta noche, pequeños exploradores de la resiliencia emocional?

Sofía y Mateo se miraron el uno al otro, con una chispa de interés y curiosidad despertando en sus ojos antes apagados. La idea de un valle mágico lleno de luciérnagas y animales aprendiendo a superar la desilusión, sonaba fresca y prometedora… Quizás… en ese valle… encontrarían las claves… y el alivio… que tanto necesitaban para sanar la herida de las promesas rotas…

—¡Sí, Olivia, queremos ir! ¡Queremos visitar el Valle de las Luciérnagas Prometedoras! —respondieron casi al unísono, con un leve eco de entusiasmo renaciendo en sus voces.

Olivia sonrió con ternura, con un guiño alegre y alentador. —Entonces, ¡prepárense para dejar volar su imaginación, pequeños viajeros nocturnos, que el cuento del “Valle de las Luciérnagas Prometedoras”… está a punto de iluminar la noche con destellos de esperanza, amistad y resiliencia emocional!…

El Valle de las Luciérnagas Prometedoras



En un valle escondido entre montañas azuladas y cascadas cristalinas, donde el aire perfumado a flores silvestres danzaba al compás del río melodioso, se extendía un lugar encantado conocido como el Valle de las Luciérnagas Prometedoras. Este valle no era famoso por sus tesoros de oro o piedras preciosas, sino por la riqueza incalculable de sus… ¡promesas!

En el Valle de las Luciérnagas Prometedoras, las promesas eran como luciérnagas brillantes que iluminaban la vida de todos sus habitantes: una comunidad alegre y diversa de animales del bosque. Los conejos se prometían carreras divertidas al amanecer, los osos se prometían compartir bayas jugosas al atardecer, los zorros se prometían ayudarse mutuamente a encontrar los mejores escondites de huevos de aves, y las

luciérnagas… ¡ay, las luciérnagas eran las maestras de las promesas luminosas!

Cada luciérnaga del valle tenía la mágica costumbre de susurrar una promesa al viento antes de encender su lucecita cada noche. Promesas pequeñas y grandes, importantes y divertidas, serias y alocadas. Y todo el valle se iluminaba con la danza centelleante de miles de promesas brillantes, creando un espectáculo mágico que llenaba de alegría y esperanza los corazones de todos los animales.

Una ardillita llamada Lila, joven y vivaz, era particularmente entusiasta con las promesas. Le encantaba prometer y que le prometieran. Para Lila, una promesa era como un tesoro brillante que se guardaba en el corazón, una fuente de ilusión y alegría que iluminaba los días venideros.

Un día, Lila, llena de entusiasmo, le hizo una promesa muy especial a su mejor amigo, el conejo Saltarín. —¡Saltarín, amiguito del alma! —le dijo Lila con los ojos chispeantes de emoción—. ¡Te prometo solemnemente que mañana, al salir el sol, te esperaré junto al gran roble centenario, y juntos escalaremos hasta la copa más alta para ver el valle iluminado desde lo alto! ¡Será una aventura inolvidable, te lo prometo!

Saltarín, que adoraba las aventuras y confiaba plenamente en la palabra de Lila, aceptó la promesa con alegría. —¡Me encanta la idea, Lila! —exclamó Saltarín, dando saltitos de entusiasmo—. ¡Mañana al amanecer, junto al gran roble! ¡Será genial ver el valle desde las alturas contigo! ¡Lo prometo también!

Ambos amigos pasaron el resto del día imaginando la aventura, soñando con la vista panorámica del valle, planeando cómo escalarían el roble gigante, compartiendo la ilusión de la promesa brillante que iluminaba sus corazones.

Pero… ay, el destino, a veces, tiene hilos invisibles que tuercen los planes más hermosos y las promesas más sinceras. Aquella noche, una tormenta feroz se desató sobre el Valle de las Luciérnagas Prometedoras. El viento rugió con fuerza, la lluvia azotó sin piedad, los relámpagos iluminaron el cielo con furia, y el gran roble centenario… ¡ay, el pobre roble fue alcanzado por un rayo y una de sus ramas más altas y queridas… se rompió con estrépito, cayendo al suelo con un golpe sordo y desolador!

Lila y Saltarín, refugiados en sus madrigueras temblorosas, escucharon la furia de la tormenta con miedo y preocupación. Pero ninguno de los dos imaginaba, en ese momento, que la furia de la naturaleza… iba a romper también… su hermosa promesa.

A la mañana siguiente, la tormenta había cesado, pero el valle amaneció triste y desolado. El sol luchaba por abrirse paso entre las nubes

grises, el aire olía a tierra mojada y a madera quemada, y el gran roble centenario… Ay, el pobre roble lucía herido y maltrecho, con una rama desgajada y un aspecto… poco acogedor para una aventura de escalada.

Lila, recordando su promesa brillante, corrió llena de ilusión hacia el gran roble, esperando encontrar a Saltarín esperándola para iniciar la aventura. Pero al llegar al punto de encuentro… ¡ay, la desilusión la golpeó como un balde de agua fría! Saltarín no estaba allí. El gran roble, herido por la tormenta, lucía triste y poco invitante. Y de la promesa brillante de escalar juntos hasta la cima… ¡no quedaba más que un eco apagado y una profunda tristeza en el corazón de Lila!

Pasó un rato largo esperando, llamando a Saltarín con su vocecita aguda, escudriñando el bosque con la esperanza de verlo aparecer entre los árboles. Pero Saltarín no llegó. Y Lila, con el corazón cada vez más pesado de desilusión y tristeza, comprendió, con un nudo en la garganta, que la promesa… ¡no se iba a cumplir! ¡La tormenta… había roto su hermosa promesa de aventura!

La ardillita, con el ánimo por el suelo, se sentó al pie del roble herido, sintiendo cómo la tristeza y la desilusión la invadían como una ola de frío invierno. ¿Por qué Saltarín no había llegado? ¿Acaso se había olvidado de su promesa? ¿Acaso… ya no quería ser su amigo? Mil preguntas oscuras y temores fríos comenzaron a anidar en su pequeño corazón de ardilla desilusionada. Las luciérnagas, al verla tan triste y solitaria, intentaron animarla con sus luces parpadeantes y sus promesas susurradas. Pero Lila no las escuchaba. Estaba demasiado sumida en su propia desilusión, en el peso de la promesa rota, en la ausencia de Saltarín.

De pronto, sintió una patita suave tocando su hombro y una vocecita tímida llamándola por su nombre. —Lila… ¿Lila, eres tú? ¿Qué te pasa? ¿Por qué estás tan triste?

Lila levantó la vista, con los ojos empañados por las lágrimas, y vio a Saltarín parado frente a ella, con las orejas gachas y una expresión de pena en su carita de conejo. —¡Saltarín! —exclamó Lila, con una mezcla de alivio y reproche en la voz—. ¡Pensé que no ibas a venir! ¡Pensé que te habías olvidado de nuestra promesa! ¡Te esperé aquí horas y horas! ¡Estaba tan desilusionada!

Saltarín bajó la mirada, con vergüenza y tristeza. ——No, Lila, nunca me olvidaría de nuestra promesa. Pero… no pude venir antes. La tormenta… inundó mi madriguera. Tuve que ayudar a mi familia a sacar el agua, a secar nuestras cosas, a reparar el techo… Fue un caos, Lila. De verdad que lo siento muchísimo. Yo también estaba muy ilusionado con nuestra

aventura en el roble. Y me siento fatal por no haber podido cumplir mi palabra a tiempo.

Al escuchar las palabras sinceras y apenadas de Saltarín, la tristeza de Lila comenzó a desvanecerse, reemplazada por la comprensión y el alivio. Comprendió que Saltarín no la había olvidado, que no la había abandonado, que simplemente… la fuerza de la tormenta, los imprevistos de la vida… a veces… rompen incluso las promesas más sinceras. Y que la verdadera amistad… está en saber comprender, perdonar y buscar juntos… nuevas formas de iluminar la esperanza… incluso después de la desilusión.

—Entiendo, Saltarín —dijo Lila con suavidad, ofreciéndole una sonrisa tranquila—. No te preocupes. Yo también estoy triste porque no pudimos escalar el roble hoy… Pero entiendo que no fue tu culpa. La tormenta… arruinó nuestra promesa. Pero… ¿sabes qué, amigo? —agregó Lila con un nuevo brillo en los ojos—. ¡Las promesas del Valle de las Luciérnagas no se apagan tan fácilmente! ¡Podemos crear nuevas promesas, nuevas aventuras, nuevas formas de iluminar nuestra amistad!

Saltarín levantó la vista, con una chispa de curiosidad e ilusión en sus ojos lagrimosos. —¿Nuevas promesas, Lila? ¿Qué quieres decir? ¿Qué podemos hacer?

Lila sonrió con picardía, y comenzó a compartir su nueva idea brillante. —Mira, Saltarín. El gran roble está herido… Es verdad… No podemos escalarlo hoy… Pero ¿y si… en lugar de escalar el roble, hacemos algo aún más especial para celebrar nuestra amistad… y para honrar nuestra promesa rota? ¿Qué te parece si esta noche… organizamos la "Gran Fiesta de las Promesas Rotas"… en el Valle de las Luciérnagas?

—¿Una fiesta… de promesas rotas? —preguntó Saltarín, un poco confundido—. ¿Y cómo sería eso, Lila? ¿Se celebran las promesas que no se cumplen? No entiendo…

Lila rió alegremente, contagiando a Saltarín con su entusiasmo renovado. —¡Claro que sí, amigo Saltarín! ¡No vamos a "celebrar" la tristeza de las promesas rotas… Vamos a celebrar… la magia de la amistad que permanece intacta… incluso después de la desilusión! Vamos a invitar a todas las luciérnagas del valle, y a todos nuestros amigos animales, a contar historias de promesas que no pudieron cumplir… No para lamentarnos… sino para compartir nuestras penas, para reírnos de los imprevistos de la vida, para recordar que todos… alguna vez… hemos roto o nos han roto una promesa… Y para demostrarnos a nosotros mismos… que la verdadera luz del Valle de las Luciérnagas… no depende de que todas las promesas se cumplan siempre… sino de que sepamos mantener encendida… la llama de la amistad, de la comprensión… y de

la esperanza… ¡Incluso en la oscuridad de las desilusiones! ¿Qué te parece, Saltarín? ¿Me ayudas a organizar la fiesta más original y luminosa… del Valle de las Luciérnagas Prometedoras?

Los ojos de Saltarín se iluminaron con una nueva chispa de entusiasmo y alegría. ¡La idea de Lila era… genial!… ¡Maravillosa!… ¡Mágica!… Transformar la tristeza de una promesa rota… en una fiesta de amistad y resiliencia… ¡Era sin duda… la mejor manera de honrar su promesa fallida… y de celebrar… la luz inquebrantable de su amistad!

—¡Sí, Lila! —exclamó Saltarín con una sonrisa radiante—. ¡Me encanta la idea! ¡Vamos a organizar la fiesta más increíble del valle! ¡La "Fiesta de las Promesas Rotas"… pero con corazón reconstruido y esperanza renovada! ¡Será una noche inolvidable! ¡Te prometo… que esta vez… sí vamos a cumplir nuestra nueva promesa: hacer la fiesta más luminosa y hermosa… del Valle de las Luciérnagas Prometedoras!

Y así, dicho y hecho. Lila y Saltarín, con la energía renovada y la creatividad desbordante, se pusieron manos a la obra para organizar la "Fiesta de las Promesas Rotas". Invitaron a todos los animales del valle, prepararon un banquete de bayas y semillas, decoraron el claro del bosque con flores luminiscentes y hojas de colores, y por supuesto… convocaron a todas las luciérnagas del valle para que iluminaran la noche con su magia centelleante y sus nuevas… "promesas de alegría reconstruida".

Y cuando cayó la noche, el Valle de las Luciérnagas Prometedoras… ¡Brilló con una luz aún más intensa y hermosa que nunca!… Los animales se reunieron alrededor de una gran fogata crepitante, compartieron historias de promesas rotas con humor y comprensión, se rieron de sus propias desilusiones, se consolaron mutuamente con abrazos cálidos y palabras de aliento, y sobre todo… ¡celebraron con alegría y gratitud… la fortaleza de la amistad, la magia de la creatividad, y el poder infinito de la esperanza… que siempre renace… incluso después de las más grandes… desilusiones!

Y así, en el Valle de las Luciérnagas Prometedoras, aprendieron una lección inolvidable: que las promesas pueden romperse, sí… Que la desilusión a veces es inevitable, sí… Pero que la magia de la amistad, la creatividad y la esperanza… ¡Son luciérnagas que siempre pueden volver a encenderse… e iluminar los corazones… incluso en las noches más… oscuras y desoladas!… Y que quizás… la verdadera promesa… no siempre está en "cumplir lo prometido"… sino… en saber transformar la desilusión… en una nueva oportunidad… para crecer, para aprender, y para celebrar… la belleza única y resiliente… del corazón… humano… y… animal…

Cuando Olivia terminó su cuento, la habitación pareció iluminarse con una luz cálida y dorada, como si el brillo festivo del Valle de las Luciérnagas hubiera traspasado la ventana y llegado hasta el cuarto de Sofía y Mateo. Los niños sonreían ahora, con los ojos brillantes y el corazón más ligero, imaginando la "Fiesta de las Promesas Rotas" y visualizando a Lila y Saltarín creando magia a pesar de la desilusión.

Olivia los miró con ternura y una sonrisa dulce. —¿Qué les pareció la historia del Valle de las Luciérnagas Prometedoras, mis pequeños exploradores de la resiliencia? —preguntó Olivia con su voz melódica.

—¡Olivia, fue hermosísima! —exclamó Sofía—. Me encantó cómo Lila y Saltarín transformaron la tristeza en alegría y celebraron la amistad a pesar de la promesa rota. ¡La "Fiesta de las Promesas Rotas" es la mejor idea del mundo!

—A mí me gustó mucho cómo aprendieron que las promesas pueden fallar, pero que la amistad y la esperanza pueden volver a brillar siempre —añadió Mateo, asintiendo con convicción—. Es como… que aprendieron a encontrar la luz incluso en la oscuridad de la desilusión.

Olivia sonrió, complacida por la profunda comprensión de los niños. —Así es, mis pequeños sabios. Las promesas rotas duelen, sí… Pero la vida siempre nos ofrece oportunidades para reconstruir la esperanza, para fortalecer la amistad, y para encender nuevas luces en nuestro camino… Como las luciérnagas del valle, que aún en la noche más oscura, siempre encuentran la forma de brillar con su propia luz…

—Pero ahora —continuó Olivia, con un guiño suave—, es hora de cerrar los ojitos y dejar que la magia del Valle de las Luciérnagas Prometedoras ilumine también sus sueños con destellos de esperanza y resiliencia. Descansen, mis pequeños corazones valientes. Sueñen con valles luminosos, con fiestas inolvidables y con la fuerza inquebrantable de la amistad. Mañana, si así lo quieren, volveré para seguir conversando y contándoles otra historia…

—¡Sí, Olivia, sí! ¡Queremos que vuelvas mañana! ¡Y queremos escuchar más historias! —respondieron Sofía y Mateo con entusiasmo renovado, y una sonrisa radiante iluminando sus rostros antes tristes.

—Entonces, hasta mañana, mis pequeños exploradores de la luz interior. Que los sueños les regalen descanso y fortaleza. Y recuerden siempre… incluso cuando las promesas se rompen… la esperanza, la amistad y la creatividad… son luciérnagas mágicas… que siempre pueden volver a iluminar… la oscuridad —dijo Olivia, despidiéndose con una mirada tierna y un suave aleteo. Se elevó silenciosamente hacia la noche estrellada,

dejando tras de sí un rastro de paz y una sensación cálida y reconfortante en la habitación infantil.

Sofía y Mateo se acurrucaron en sus camas, llevando consigo la inspiradora historia del Valle de las Luciérnagas Prometedoras. Cerraron los ojos con una sonrisa serena, imaginando el valle mágico lleno de luces centelleantes y la alegría resiliente de sus pequeños habitantes animales. El sueño llegó pronto, guiándolos suavemente hacia un universo de fantasía y aprendizaje, donde la amistad y la esperanza brillaban con una luz inagotable, más fuerte que cualquier promesa rota o desilusión pasajera.

XVIII

La luz amarillenta y tímida de la lámpara de noche apenas lograba disipar la oscuridad que dominaba la habitación, creando un ambiente íntimo y ligeramente sombrío. Sofía y Mateo estaban sentados en la alfombra, juntos pero distanciados, dibujando con lápices de colores sobre hojas de papel arrugadas. Sus trazos, normalmente vivos y alegres, eran hoy vacilantes y apagados, y sus rostros, inclinados sobre el papel, reflejaban una expresión más bien melancólica y descorazonada. Un silencio pesado, cargado de desilusión y de una tristeza sorda, se extendía por el cuarto, envolviendo a los niños en una atmósfera de cansancio emocional.

Un leve golpe contra el vidrio de la ventana, casi un suspiro en la noche silenciosa, anunció la visita nocturna de Olivia. La lechuza, como una aparición alada, se posó en el alféizar, y sus ojos nocturnos escrutaron la escena con atención y delicadeza. Reconoció de inmediato el ánimo languideciente de los niños, la sombra de tristeza en sus rostros apagados, la energía desvanecida que los mantenía inmóviles y melancólicos.

—Buenas noches, pequeños artistas de corazones entristecidos —saludó Olivia con su voz melodiosa y reconfortante, inclinando la cabeza con suavidad—. Veo que hoy los colores de sus dibujos están un poco más… tenues y apagados de lo usual. Y siento… una brisa de desaliento en el aire de su habitación. ¿Qué nube gris nubla hoy su cielo interior? ¿Qué preocupación los tiene tan… quietos y apesadumbrados esta noche, mis pequeños?

Sofía, con la voz baja, casi imperceptible, respondió primero, sin levantar la mirada de su dibujo inacabado.

—Hola, Olivia… es que… estamos… tristes… y… un poco… enojados también… con… las promesas.

Mateo asintió lentamente, sumándose al eco de desazón de su hermana con un suspiro cansado. —Sí… con las promesas… que no se cumplen… Que los mayores nos hacen… y después… ¡Puf!… Se olvidan o… no les importa cumplirlas.

Olivia ladeó la cabeza con atención absoluta, su mirada penetrante explorando los rostros doloridos de los niños, captando la punzante decepción que vibraba en sus voces apagadas. —"Promesas que no se cumplen"… "Se olvidan de cumplirlas"… Ah, mis pequeños corazones heridos por la desilusión. Entiendo… percibo claramente la tristeza, la frustración… y tal vez algo de enojo… que les genera esa… sensación de promesas rotas, de esperanzas vanas, de confianza… traicionada.

Sienten… que cuando los adultos les hacen una promesa… en realidad… no la toman en serio… que no le dan el valor que ustedes le dan… Que para ustedes la promesa es algo importante, valioso… y para ellos… a veces… parece ser solo… palabras al viento… ¿Es así, pequeños? Cuéntenme, por favor… quiero escuchar ejemplos concretos… quiero comprender… cuáles promesas rotas les duelen tanto esta noche.

Mateo suspiró con fuerza, dejando a un lado su lápiz de color como si ya no tuviera ánimo para seguir dibujando. —Es que… mi papá… me había prometido… que este fin de semana… íbamos a ir… al parque de atracciones… ¡Al nuevo!… ¡El que tiene la montaña rusa más alta del mundo!… Yo estaba… ¡Súper ilusionado, Olivia!… Toda la semana contando los días, pensando en la montaña rusa… Y hoy a la mañana… mi papá me dijo… "Ay, Mateo, al final… no vamos a poder ir al parque de atracciones este fin de semana… Me salió un trabajo urgente… Tengo que trabajar todo el sábado y el domingo… Lo siento, hijito… Lo dejamos para la próxima, ¿sí?". ¡La próxima, Olivia!… ¡Me dijo "la próxima", así como si nada!… Como si no pasara nada… Como si mi ilusión, mi espera, no importaran… Para él el trabajo siempre es más importante que lo que me promete a mí. Y ya es… como… como la tercera vez… que me hace lo mismo. Me promete algo lindo… y después… lo cancela… ¡Siempre… por el trabajo!… Y yo… ya no le creo más. Cuando me promete algo… ya no me hago ilusiones… Sé que lo más probable… es que… no lo cumpla… Y eso me pone muy triste… Y… enojado también.

Sofía asintió lentamente, reconociendo en las palabras de Mateo un eco de su propia experiencia dolorosa. —A mí… la abuela… me había prometido… que para mi cumpleaños… me iba a regalar una cámara de fotos… ¡De verdad!… ¡De esas… que imprimen las fotos al instante!… Yo la quería mucho… para sacarle fotos… a las flores del jardín… a Olivia… a todo… Me había dicho… "Para tu cumple, Sofi, vas a tener tu cámara"… Y yo estaba… feliz… pensando en las fotos que iba a sacar… Pero llegó mi cumple… Y la abuela me regaló… ¡Un pijama, Olivia!… ¡Un pijama… común y corriente!… Y cuando le pregunté… "Abuela, ¿y la cámara? ¿No me ibas a regalar la cámara?", me dijo… "Ay, hijita, es que… la cámara… era muy cara… Al final… no pude comprarla… Te compré este pijama… que también es lindo… ¿No te gusta?". ¡Si me gustó el pijama, Olivia!… Pero… yo quería la cámara… Ella me había dicho… que me la iba a regalar… ¡Me había dado su palabra!… ¿Por qué me prometió… si sabía… que no iba a poder cumplir? ¿Por qué me ilusionó… para después… desilusionarme así?… No entiendo… ¿Por qué hacen eso, las promesas para después no cumplirlas? No es justo, no es lindo… y, hace sentir muy mal…

Olivia los escuchó con atención y empatía, absorbiendo cada matiz de desconsuelo y resentimiento en sus voces infantiles. Comprendía la profundidad de la herida que dejaban las promesas rotas, la fragilidad de la confianza erosionada, la tristeza de las ilusiones desvanecidas como pompas de jabón al viento. Cuando terminaron de hablar, exhaló un ulular profundo y compasivo, moviendo la cabeza de lado a lado lentamente, en un gesto silencioso de comprensión y apoyo.

—Ah, mis pequeños corazones lastimados por las promesas vacías, mis pequeños soñadores desilusionados… Siento profundamente esa tristeza y esa rabia que los embargan esta noche. Entiendo tan bien esa sensación de… caída desde lo alto, de vacío en el pecho, de desconfianza que germina como mala hierba en el jardín de la confianza. Las promesas… son como alas de papel que ustedes construyen con ilusión y esperanza… Y cuando esas alas se rompen de repente… la caída puede ser… muy dolorosa, y la desilusión… muy amarga, lo sé. Y es totalmente válido y comprensible que se sientan tristes, enojados, desconfiados… e incluso un poco… traicionados… cuando las promesas no se cumplen… sobre todo cuando se trata de promesas hechas por las personas que más quieren y en quienes más confían: sus padres, sus abuelos, sus seres queridos.

Mateo asintió con un movimiento de cabeza lento y desanimado, confirmando la justeza de las palabras de Olivia. —Sí… así mismo. Es feo… sentir que no puedes confiar en la palabra de los mayores. Que te dicen "te prometo"… y después… como si nada… se olvidan o… lo cambian sin importarles… cómo te vas a sentir tú. Es como si nuestra ilusión… no valiera nada para ellos. Como si solo sus cosas, sus planes, su trabajo, fueran importantes… Y lo nuestro, nuestra alegría, nuestra esperanza… fuera… secundaria o… desechable.

Sofía agregó, con la voz quebrada por la tristeza, casi un susurro dolorido. —Y… y a veces… ni siquiera se disculpan de verdad por no cumplir las promesas… Solo nos dicen "Lo siento, hijito, no pude"… así… rápido… como si fuera una cosa chiquita, sin importancia… Como si no se dieran cuenta, de lo mucho que nos duele, que nos rompan una promesa… ¡De lo mucho que duele… sentirnos… no importantes… para ellos!

Olivia suspiró, conmovida por la profunda vulnerabilidad de los niños y la honestidad desgarradora de sus reclamos. —Ah, mis pequeños corazones sensibles… Tienen toda la razón en sentirse así. Las promesas incumplidas… no son "cosas chiquitas"… No son "bobadas"… Son actos que pueden generar heridas emocionales profundas en el alma de un niño… Heridas de desconfianza, de desilusión, de inseguridad… Heridas que pueden tardar mucho tiempo en cicatrizar… Y es absolutamente válido y comprensible que se sientan tristes, enojados… y hasta

traicionados… cuando experimentan esa fragilidad… de la palabra prometida… por parte de los adultos que los rodean.

—Pero… ¿por qué hacen eso los adultos? —preguntó Mateo, con una búsqueda urgente de comprensión, de alivio a su confusión dolorosa. —¿Por qué nos hacen promesas… si después… no las van a cumplir? ¿Por qué nos ilusionan… para después… dejarnos colgados… con la ilusión rota? ¿Es que… no se dan cuenta del daño que nos hacen… con las promesas incumplidas? ¿O… o es que sí se dan cuenta… y no les importa?

Olivia reflexionó un instante, pesando cuidadosamente cada palabra, buscando una respuesta que pudiera ofrecer un rayo de luz en medio de la oscuridad de la desilusión infantil. —Oh, pequeño Mateo, esa es la pregunta del millón… Y la respuesta… no es sencilla… y tampoco… totalmente justificable, desde mi mirada de lechuza honesta. Pero… intentaré explicarles… algunas posibles razones… por las que los adultos… a veces… caen en este error… de incumplir las promesas…

—Una razón —comenzó Olivia, con voz pausada y reflexiva—, podría ser… la ligereza… a la hora de prometer. A veces, los adultos… hacen promesas… con mucha facilidad… sin pensar demasiado… en el compromiso real que implica una promesa, sin medir bien si de verdad… van a poder cumplirla… o si las circunstancias se lo permitirán. Prometen… por ejemplo… para contentarlos en ese momento, para calmar un llanto, para animar un corazón triste, para evitar una discusión… Y en ese impulso… de "querer hacerlos felices ahora"… lanzan una promesa sin pensar en las consecuencias… o en la posibilidad real de honrar esa palabra dada… Es como si… a veces los adultos… tomaran las promesas a la ligera… sin darse cuenta de que, para ustedes, las promesas son palabra sagrada… y que la desilusión de una promesa rota… puede doler… mucho más de lo que ellos imaginan.

—También —agregó Olivia, con un tono más sutil—, a veces los adultos incumplen promesas sin quererlo… de manera "involuntaria", diría yo. La vida adulta, pequeños, a veces es muy compleja e impredecible. Surgen imprevistos, cambios de planes inevitables, emergencias laborales, problemas de salud, un sinfín de situaciones… que pueden obligar a un adulto a romper una promesa aunque no quiera, aunque le duela, aunque sienta decepción por no poder cumplir su palabra. En el caso de tu papá, Mateo, con el parque de atracciones… Quizás de verdad… le surgió ese trabajo urgente… que lo obligó a cancelar el plan… No es excusa, claro que no. Una promesa es una promesa… Y siempre es importante esforzarse por honrar la palabra dada. Pero a veces… la vida nos pone en situaciones donde… incluso las mejores intenciones se ven frustradas por la fuerza mayor de las circunstancias. Y en esos casos… la

clave está, quizás, no tanto en evitar que los niños se desilusionen… (porque la desilusión a veces es inevitable, parte de la vida) … sino… en acompañar su decepción con empatía, con comprensión, con disculpas sinceras, y con la promesa firme… de buscar reparar la promesa rota… tan pronto como sea posible, ofreciendo… tiempo de calidad, atención y cariño… para compensar la decepción y reconstruir la confianza dañada.

—Y a veces, también tengo que decirlo —continuó Olivia, con un tono más suave y un atisbo de tristeza—, algunos adultos incumplen promesas por olvido o… por falta de memoria de la promesa hecha… Suena increíble, ¿verdad? Pero sí… A veces, en medio del torbellino de sus vidas adultas, llenas de tareas, de preocupaciones, de compromisos… simplemente… olvidan… que hicieron una promesa a un niño. Olvidan la fecha, olvidan el compromiso, olvidan la palabra dada… Sobre todo si es una promesa que para ellos les parece "pequeña" o "sin importancia"… Como en el caso de tu abuela, Sofía, con la cámara de fotos… Quizás de verdad ella quería regalarte la cámara… Y quizás incluso te lo prometió con la mejor intención… Pero luego, con las preocupaciones económicas, con los gastos del día a día, con otras prioridades… simplemente… olvidó la promesa… y terminó regalándote algo más "sencillo" como el pijama… No es justificable, insisto. Una promesa es una promesa, y la memoria debería ser fuerte para recordar lo que se comprometió con un niño. Pero a veces… la mente adulta… se distrae… se dispersa… se sobrecarga… Y en esa vorágine… cosas que para ustedes son muy importantes… pueden quedar en el olvido… sin mala intención… pero con consecuencias dolorosas igualmente… para sus pequeños corazones esperanzados.

Olivia miró a Sofía y Mateo con ternura y comprensión profunda. —Así que, mis pequeños seres valiosos, recuerden esto: las promesas incumplidas… no son nunca… culpa de ustedes. La responsabilidad de honrar la palabra dada… siempre recae en quien hace la promesa, es decir… en los adultos. Y cuando una promesa se rompe… es válido y sano sentir tristeza, decepción, enojo… Expresen sus sentimientos, háblenlo con los adultos, explíquenles cómo se sienten, háganles saber lo importante que es para ustedes que cumplan sus promesas… Y si a veces… las promesas se rompen a pesar de todo… busquen en su interior la fortaleza para perdonar… para reconstruir la confianza… y para seguir creyendo en la magia de las promesas bien cumplidas… Que, aunque a veces fallen… siguen siendo una parte hermosa y necesaria… de la vida y del amor.

Olivia se estiró las alas con un ademán suave, preparándose para contarles el cuento de la noche. —Y ahora, mis pequeños corazones

buscadores de promesas sinceras, para irnos a dormir con mayor felicidad en el alma… ¿qué les parece si les cuento una historia? Una historia… sobre un "Reino de los Sueños Susurrantes"… donde cada noche, mientras todos duermen… la sabiduría bondadosa de los sueños les susurra explicaciones maravillosas… en sus sueños… Explicaciones sobre por qué a veces las promesas se rompen, sobre cómo comprender el lenguaje oculto de esas desilusiones… y sobre cómo afrontar las promesas incumplidas… no con rencor o desesperanza, sino con… curiosidad… y un corazón abierto a la reparación y a la reconstrucción de la confianza… ¿Les gustaría viajar conmigo a ese Reino de Sueños Susurrantes esta noche, pequeños exploradores de la sabiduría onírica?

Sofía y Mateo se miraron el uno al otro, con una chispa de interés y curiosidad despertando en sus ojos antes apagados. La idea de un reino donde los sueños susurran sabiduría… sonaba mágica y reconfortante… Quizás… en ese reino… encontrarían las respuestas… y el consuelo… que tanto necesitaban… para sanar la herida de las promesas rotas…

—¡Sí, Olivia, queremos ir! ¡Queremos visitar el Reino de los Sueños Susurrantes! —respondieron casi al unísono, con un leve eco de entusiasmo renaciendo en sus voces.

Olivia sonrió con ternura, con un guiño cómplice y alentador. —Entonces, ¡prepárense para cerrar los ojitos, pequeños viajeros oníricos, que el cuento del "Reino de los Sueños Susurrantes"… está a punto de abrir las puertas mágicas… hacia el universo infinito de sus propios… y sabios… sueños!…

El Reino de los Sueños Susurrantes: Donde la sabiduría despierta al amanecer



En el territorio mágico de la Noche Profunda, más allá del velo del sueño y más acá del despertar, se extendía un reino misterioso y etéreo, conocido como el Reino de los Sueños Susurrantes. No era un reino de castillos de cristal ni de ríos de oro, sino un reino tejido con la sustancia misma de los sueños, un lugar donde el silencio hablaba y la sabiduría se transmitía en susurros inaudibles al oído despierto, pero profundamente audibles para el corazón durmiente.

En este reino onírico, cada noche, mientras el mundo terrenal se sumía en el reposo, la Sabiduría Bondadosa de los Sueños se desplegaba como un manto estrellado sobre las mentes dormidas. No eran espíritus, ni hadas, ni magos… Era algo más sutil y universal: la propia esencia sabia del universo onírico, manifestándose como una brisa tibia y luminosa que

acariciaba los pensamientos, desenredaba los nudos de la confusión y ofrecía explicaciones maravillosas en forma de sueños elocuentes.

En el Reino de los Sueños Susurrantes, los cambios no llegaban como trombas inesperadas que arrasaban con la calma, sino como suaves olas que acariciaban la orilla de la conciencia. Porque la Sabiduría Bondadosa de los Sueños, preocupada por la tranquilidad y el bienestar de todos los seres durmientes, se encargaba de anunciar los cambios antes de que se manifestaran en la realidad despierta, preparando los corazones y las mentes para acoger lo nuevo con valentía, comprensión y un toque de curiosidad infantil.

Los habitantes de este reino, seres etéreos y luminosos llamados "Soñadores Lúcidos", recibían cada noche, mientras dormían plácidamente, esos susurros oníricos llenos de sabiduría y anticipación. No eran explicaciones directas y lógicas, sino mensajes sutiles y metafóricos, narrados en el lenguaje evocador y simbólico de los sueños: visiones coloridas, melodías misteriosas, sensaciones íntimas y encuentros fantásticos con personajes arquetípicos que les revelaban, en clave poética, el significado oculto de los cambios venideros.

Así, antes de que una mudanza sacudiera la rutina de una familia Soñadora Lúcida, la Sabiduría de los Sueños les enviaba sueños con maletas que se abrían solas, mapas que se desplegaban como alas, y trenes que silbaban melodías de aventura, preparando sus corazones para la emoción de lo nuevo, más que para el miedo a lo desconocido. Antes de que una separación familiar creara un vacío doloroso, los Soñadores Lúcidos recibían sueños con ríos que se bifurcaban manteniendo su cauce, árboles con ramas separadas que seguían creciendo fuertes, y lunas gemelas que iluminaban el cielo en paralelo, enseñándoles en símbolos que el amor puede transformarse, pero no necesariamente desaparecer, y que los lazos profundos pueden mantenerse vivos incluso en la distancia o en la transformación.

Un día, sin embargo, llegó al Reino de los Sueños Susurrantes una niña llamada Elara, que venía de un mundo terrenal donde los cambios llegaban siempre por sorpresa, como golpes inesperados que derribaban sus frágiles castillos de arena emocional. En su mundo, los adultos rara vez anunciaban los cambios con antelación, y mucho menos se molestaban en explicar las razones o los significados ocultos detrás de ellos. Elara, acostumbrada a vivir en la incertidumbre y el desconcierto, había aprendido a temer a los cambios como si fueran sombras amenazantes que se cernían sobre su felicidad.

Al llegar al Reino de los Sueños Susurrantes, Elara se sintió extrañada y perpleja. No entendía por qué los demás Soñadores Lúcidos parecían

afrontar los cambios con tanta calma y hasta con cierta …anticipación gozosa. Les veía sonreír al contemplar sueños con hojas cayendo (anuncio de otoño y renovación), con ríos creciendo (anuncio de abundancia y crecimiento), o con estrellas fugaces (anuncio de nuevos deseos y oportunidades), mientras que ella, en su mundo, había aprendido a interpretar cualquier cambio… como una amenaza o un presagio de desgracia.

La Reina Oniria, soberana sabia y compasiva del Reino de los Sueños Susurrantes, notó la inquietud en el corazón de Elara y se acercó a ella con dulzura y paciencia. —Bienvenida, pequeña viajera del mundo desconcertado —le dijo la Reina Oniria con su voz melodiosa como campanas de cristal—. Veo que tus ojos aún no han aprendido a leer el lenguaje secreto de los sueños… Veo que en tu mundo… los cambios son sinónimo de miedo y pérdida… Pero aquí, en el Reino de los Sueños Susurrantes, hemos aprendido a ver los cambios… no como amenazas, sino como… mensajeros de nuevas oportunidades, como… llaves mágicas que abren puertas a nuevos horizontes, como… parte inevitable y valiosa del ciclo de la vida.

La Reina Oniria llevó a Elara a recorrer los paisajes oníricos del reino, mostrándole la belleza de los sueños anunciadores de cambio. Le explicó cómo interpretar las metáforas sutiles de los sueños con hojas que caen (la necesidad de soltar lo viejo para dar paso a lo nuevo), de los ríos que crecen (el potencial de crecimiento y abundancia en todo cambio), de las estrellas fugaces (la magia de los nuevos deseos y sueños que pueden nacer de cada transformación). Le enseñó a "escuchar" los susurros sabios de la noche, a confiar en la bondad intrínseca de la Sabiduría de los Sueños, y a abrazar los cambios… no con temor, sino con curiosidad, con apertura y con un corazón valiente y expectante.

Poco a poco, Elara comenzó a transformar su mirada sobre los cambios. Empezó a descifrar el lenguaje simbólico de los sueños susurrantes, a entender que los cambios no eran enemigos a evitar, sino maestros silenciosos que le ofrecían lecciones valiosas para su crecimiento y su evolución. Descubrió que incluso los cambios más inesperados, más abruptos, más desafiantes… podían ser afrontados con mayor calma y confianza… si uno aprendía a "escuchar" los avisos suaves y sabios… de la Sabiduría Bondadosa de los Sueños. Y así, Elara, dejando atrás el miedo y la resistencia al cambio, se convirtió en una habitante más del Reino de los Sueños Susurrantes, floreciendo junto a los demás Soñadores Lúcidos, bajo el manto protector de la noche y la guía luminosa… de la sabiduría que despierta… al amanecer de cada nuevo día y de cada nueva etapa de la vida.

Cuando Olivia terminó su cuento, una calma profunda y reconfortante llenó la habitación. Sofía y Mateo estaban silenciosos, con los ojos brillantes, procesando la magia del Reino de los Sueños Susurrantes y la valiosa lección de Elara sobre la aceptación y la comprensión de los cambios.

Olivia los miró con ternura, con una sonrisa dulce y animadora. —Y así, mis pequeños corazones en crecimiento, recuerden siempre el Reino de los Sueños Susurrantes. Recuerden que incluso cuando los cambios parezcan llegar por sorpresa y sin explicación… siempre existe… una "Sabiduría Bondadosa" dispuesta a susurrarnos consejos y comprensión en nuestros sueños, en nuestra propia intuición, en nuestro corazón sabio e infantil. Aprendan a "escuchar" esa voz interior, confíen en su propia capacidad de adaptación y resiliencia, y abracen los cambios… no con miedo o resistencia, sino con curiosidad y con la esperanza de descubrir la magia y el aprendizaje… que cada nuevo comienzo… siempre trae consigo.

Bostezó suavemente, estirando sus alas con delicadeza. —Ahora, mis pequeños soñadores lúcidos, es hora de cerrar los ojitos y dejarse llevar por la corriente suave y sabia del Reino de los Sueños Susurrantes. Que sus sueños estén llenos de paisajes oníricos, de voces sabias y de la serena aceptación de los cambios que la vida les depare. Descansen bien, recuperen energías para un nuevo día… y recuerden que mañana volveré a escucharlos, con mi corazón abierto y muchas más historias maravillosas para compartir bajo la luna nocturna.

XIX

La luz de la luna jugaba a esconderse entre las nubes, creando un juego de sombras suaves en la habitación de Sofía y Mateo. Los dos hermanos estaban sentados en el suelo, construyendo una torre tambaleante con bloques de madera, pero sus movimientos eran lentos, casi desanimados. No había risas ni exclamaciones entusiastas, solo un silencio suavemente melancólico. La energía usualmente vibrante del cuarto parecía haberse apagado un poco.

Un roce ligero en el vidrio de la ventana, como un pincel de pluma contra el cristal, anunció la llegada de Olivia. La lechuza se posó en el alféizar, escrutando a los niños con sus ojos atentos. Captó de inmediato el aura apagada que los rodeaba, el aire de leve tristeza que parecía envolverlos como una cobija invisible.

—Buenas noches, pequeños constructores —saludó Olivia con su voz melódica, inclinando ligeramente la cabeza—. Los encuentro esta noche… más silenciosos que el viento entre las ramas. ¿Qué pesadumbre se posó en sus corazoncitos, apagando las luces de sus ojitos curiosos?

Mateo, dejando caer un bloque de madera con un suspiro leve, levantó la mirada hacia Olivia.

—Hola, Olivia —murmuró, con un dejo de queja en la voz—. Es que… a veces… sentimos que no nos dejan hacer nada.

Sofía, con la misma lentitud, dejó de lado su bloque y se sumó al sentir de su hermano. —Sí —agregó, con un tono un poco más apagado de lo habitual—. Como si no confiaran en que podemos hacer las cosas… o como si pensaran que somos muy chiquitos para todo.

Olivia ladeó la cabeza, absorbiendo cada palabra con su mirada profunda y comprensiva. —¿No los dejan hacer? ¿Sienten que limitan sus ganas de explorar y de probar cosas nuevas, mis pequeños? Cuéntenme, quiero escuchar lo que los tiene con esa carita tan seria.

Mateo fue el primero en retomar la palabra, con la frustración pintada en cada sílaba. —Hoy, en el parque, quería subirme solo a un árbol… no era muy alto, apenas un poquito más alto que yo —explicó, gesticulando con las manos para dimensionar la altura—. Y papá no me dejó. Me dijo "¡No, Mateo, es muy peligroso, te vas a caer! ¡Espera que yo te suba!". ¡Pero yo quería intentarlo solo! ¡Yo sé trepar árboles un poco! Pero él no me dejó.

Sofía asintió, completando la idea con una vivencia propia. —Y a mí me pasó hoy con la receta de galletitas de la abuela —contó, con un hilo de fastidio en la voz—. Quería ayudarla a hacerlas yo solita, desde medir los

ingredientes hasta batir la mezcla. ¡Ya he visto cómo lo hace mil veces! Pero la abuela me dijo "Ay, Sofi, mi amor, es mucho trabajo para ti, mejor tú me miras y yo lo hago". ¡Y no me dejó hacer casi nada! Solo mezclar un poquito con la cuchara al final. ¡Pero yo quería hacer las galletitas de verdad!

Olivia escuchó atentamente cada palabra, cada matiz de la voz de los niños, moviendo la cabeza de un lado a otro como si sopesara la importancia de cada queja en su mente sabia. Sus ojos oscuros brillaban bajo la luz lunar con una comprensión profunda y cariñosa.

—Mmm… —ululó suavemente Olivia, después de un momento de silencio pensativo—. Entiendo… Sienten que cuando quieren intentar algo por sí mismos, cuando quieren explorar su independencia y demostrar lo que pueden hacer, los detienen. Sienten que… no les dan la oportunidad de aprender por sí mismos, de equivocarse y de crecer a su propio ritmo. Es una sensación… que les hace sentir un poco… pequeños e incapaces, ¿verdad?

Mateo asintió con energía, como si Olivia hubiera puesto palabras exactas a su sentimiento. —¡Sí! ¡Justo así! —exclamó—. Es como si pensaran que somos de cristal, que nos vamos a romper por cualquier cosita. ¡Pero no somos de cristal! ¡Somos fuertes! ¡Queremos intentar cosas!

Sofía agregó, con un dejo de frustración en la voz. —Y a veces, ¡hasta se enojan si insistimos! Si les decimos que sí podemos solos, nos dicen "¡No seas porfiada! ¡Yo sé lo que te digo, es por tu bien!". Pero… a veces no entendemos qué es "por nuestro bien". ¡Queremos intentarlo, aunque sea un poquito difícil!

Olivia suspiró suavemente, comprendiendo profundamente el anhelo de independencia de los niños. —Mis pequeños exploradores, mis pequeñas artistas de galletas… Sus ganas de intentar, de descubrir, de valerse por sí mismos… son tan importantes como el vuelo del águila o el río buscando su cauce. Y esa sensación de frustración que sienten cuando no los dejan… es muy real y válida.

—Pero… —continuó Olivia, con un tono más reflexivo—, déjenme compartirles algo que he aprendido observando a los humanos desde mi rama de jacarandá. A veces, los adultos… cuando los sobreprotegen y no los dejan intentar cosas por sí mismos… lo hacen… ¡porque los quieren mucho!

Mateo y Sofía se miraron entre sí, ligeramente confundidos. ¿Querer mucho… y no dejar hacer? Parecía una contradicción.

—¿Porque nos quieren mucho? —preguntó Mateo, con el ceño ligeramente fruncido por la duda. —Pero si nos quieren mucho, ¿no deberían dejarnos probar?

—Es… una manera extraña de demostrar cariño, lo sé —admitió Olivia, con un suave ulular—. Pero para muchos adultos, "cuidar" significa "evitar cualquier peligro", "proteger de cualquier error", "mantenerlos siempre seguros". Y en su mente, la palabra "peligro" a veces es… muy grande. Ven peligros en todas partes: en los árboles, en la cocina, en las calles… y su miedo… hace que no los dejen explorar.

—Quizás —prosiguió Olivia—, los adultos… han olvidado cómo se siente ser niño, la emoción de descubrir el mundo por uno mismo, la satisfacción de superar un pequeño desafío, la alegría de aprender a hacer algo nuevo con sus propias manos. Recuerdan el miedo a caerse, el peligro de quemarse, pero olvidan… la valentía que también tienen los niños, la capacidad de aprender de los errores y la necesidad de sentir que pueden lograr cosas por sí mismos.

—También… —continuó Olivia, pensativa—, debo decir que, a veces, la sobreprotección… viene del propio miedo de los adultos. A veces, son ellos mismos los que tienen miedo a que ustedes se lastimen, a que sufran, a no poder protegerlos siempre. Y ese miedo… los paraliza un poco, los hace reaccionar de modo exagerado y limitar su libertad sin darse cuenta. Es como… si ellos se sintieran más seguros si los tienen siempre cerca y controlados, aunque eso signifique que ustedes se sientan frustrados y poco capaces.

Sofía meditó sobre las palabras de Olivia. —Pero… ¿y no entienden que así nos hacen sentir… menos capaces? ¿Que cuando no nos dejan intentarlo, pensamos que no confían en nosotros?

—Ay, pequeña Sofía, en algún rincón de su corazón, seguro que lo intuyen —respondió Olivia con ternura—. Pero a veces, los miedos de los adultos… son como telarañas gruesas que les nublan la visión. Y en su afán de protegerlos, a veces terminan… cortándoles las alas, sin darse cuenta de que ustedes necesitan volar, aunque sea a pequeñas alturas, para aprender a planear por el mundo.

Olivia se acicaló una pluma con el pico, con una mirada comprensiva y cariñosa hacia los niños. —Pero, mis pequeños exploradores, quiero que sepan algo importante: sus ganas de independencia son valiosas, su deseo de aprender haciendo es maravilloso, y sus sentimientos de frustración cuando los limitan… son totalmente válidos. No dejen que la sobreprotección de los adultos apague su curiosidad ni su espíritu aventurero. Sigan pidiendo permiso para intentar, sigan mostrando que

son capaces, y sigan expresando cómo se sienten cuando no los dejan volar tan alto como quisieran.

Olivia sonrió con una sonrisa suave y cómplice. —Y ahora… para que se vayan a dormir con alas un poquito más extendidas en sus sueños, ¿qué les parece si les cuento una historia? Una historia… sobre un reino donde los niños aprendían a volar… ¡literalmente! Y donde los padres tenían que aprender… ¡a confiar en las alas de sus hijos… aunque diera un poquito de vértigo!

Sofía y Mateo se miraron con una chispa de ilusión en los ojos. —¡Sí, por favor, Olivia! —dijeron casi al unísono, animándose un poco—. Queremos escuchar esa historia de… ¡niños que vuelan!

Olivia sonrió, con su mirada sabia y dulce. —Entonces, acurrúquense bien, pequeños aprendices de vuelo, que la historia del Reino Alado… ¡está a punto de despegar!

El Reino de los Cielos Abiertos



En un lugar muy lejano, más allá de las montañas que besan las nubes y los valles donde cantan los ríos de cristal, existía un reino extraordinario llamado el Reino de los Cielos Abiertos. En este reino maravilloso, todos nacían con un don muy especial: ¡alas! Desde bebés, les brotaban unas pequeñas plumitas suaves en la espalda, que, con el tiempo, se convertían en alas fuertes y hermosas, listas para surcar el cielo azul.

En el Reino de los Cielos Abiertos, aprender a volar era tan natural como aprender a caminar en otros lugares. Los niños, desde muy pequeños, recibían clases de vuelo en escuelas aéreas al aire libre. Los maestros eran sabios cóndores y águilas reales, que les enseñaban las reglas del viento, las piruetas en el aire, y las rutas seguras a través de las corrientes ascendentes. Era un reino donde el cielo era la carretera principal y el vuelo, la forma más común de viajar y jugar.

Sin embargo, aunque volar era algo común para todos en el reino, los padres… a veces tenían un poquito de… vértigo. Ver a sus hijos, con alas todavía aprendiendo a encontrar su fuerza, lanzándose al aire, dando piruetas y elevándose hacia las alturas… ¡les daba un sustito en el corazón! Aunque sabían que volar era natural y seguro en su reino, el instinto protector de los padres… a veces les jugaba malas pasadas.

En particular, en una familia vivía una niña llamada Aura, cuyas alas eran tan brillantes y coloridas como el arcoíris después de la lluvia. Aura tenía un talento natural para el vuelo, daba volteretas en el aire con gracia y rapidez, y amaba sentir el viento en sus plumas. Pero sus padres, aunque la querían con todo su corazón, eran… ¡un poquito demasiado preocupados!

La mamá de Aura, Doña Nubelia, siempre la regañaba: "¡Aura, por favor, no vueles tan alto, te vas a lastimar! ¡No hagas piruetas tan arriesgadas, te vas a caer! ¡Vuela cerca de casa, así te puedo ver!". Y el papá de Aura, Don Estrato, no se quedaba atrás: "¡Aura, cuidado con las corrientes de aire, pueden ser peligrosas! ¡No te alejes demasiado del valle, te puedes perder! ¡Vuela despacio y con cuidado!".

Pobre Aura, ¡con tanto "cuidado" y "no hagas esto" y "no hagas aquello", a veces sentía que sus alas se ponían un poco… ¡pesadas! Ella quería explorar el cielo, descubrir nuevos paisajes desde las alturas, unirse a las bandadas de aves migratorias que cruzaban el reino… ¡pero sus padres, con su sobreprotección, a veces la hacían sentir como si volar fuera algo peligroso y no la alegría natural que era en el Reino de los Cielos Abiertos!

Un día, en la escuela de vuelo, el sabio Cóndor Maestro, notó la carita un poco apagada de Aura y sus vuelos… un poco más tímidos de lo usual. Se acercó a ella con su mirada sabia y le preguntó: "Pequeña Aura, tus alas suelen danzar con el viento, ¿por qué hoy vuelan tan… cerquita del suelo?".

Aura, con la honestidad de los niños, le contó al maestro Cóndor sobre las preocupaciones de sus padres, sobre el miedo que tenían de que ella se lastimara, sobre cómo la limitaban sin querer, en su afán de protegerla.

El Maestro Cóndor escuchó atentamente y luego, con una sonrisa comprensiva, le dijo a Aura: "Pequeña alita brillante, tus padres te aman mucho, y su miedo viene de ese amor tan grande. Pero deben entender que las alas fueron hechas para volar, y que, si las limitan demasiado, les impiden desplegarse en toda su belleza y fuerza".

Y el Maestro Cóndor, decidió tener una conversación especial con los padres de Aura. Los invitó a la escuela de vuelo, y les mostró cómo los

demás niños volaban con alegría y seguridad, cómo aprendían de sus pequeños errores sin lastimarse de gravedad, y cómo la confianza de los maestros en sus alas les daba valor para intentarlo todo.

Les explicó: "Queridos padres, sé que su corazón de padres se estremece al verlos volar alto. Pero debemos recordar que nacieron para el cielo. Si los mantenemos siempre cerquita del nido, por miedo a que se caigan, nunca aprenderán a descubrir la inmensidad del cielo, ni la fuerza de sus propias alas. La verdadera protección no es cortarles las alas, sino enseñarles a volar con sabiduría y confianza".

Las palabras del sabio Cóndor Maestro tocaron el corazón de Doña Nubelia y Don Estrato. Entendieron que su miedo, aunque venía del amor, estaba limitando la felicidad y el crecimiento de Aura. Decidieron confiar más en las alas de su hija, dejarla explorar el cielo a su manera, y simplemente estar allí para apoyarla y alentarla, en lugar de frenarla y limitarla.

Desde ese día, todo cambió para Aura y su familia. Sus padres dejaron de regañarla por volar alto o hacer piruetas, y empezaron a admirar su vuelo con orgullo y alegría. Aura, al sentirse más libre y confiada, desplegó sus alas con aún más fuerza y belleza. Exploró los rincones más lejanos del Reino de los Cielos Abiertos, se unió a las bandadas de aves migratorias, y descubrió paisajes maravillosos que antes solo podía imaginar.

Y los padres de Aura aprendieron una lección muy importante: que el amor verdadero a veces significa… ¡dejar volar! Confiar en las alas de los hijos, aunque dé un poquito de vértigo, y permitirles descubrir su propio cielo abierto, lleno de libertad y posibilidades infinitas. Porque, al final, las alas están hechas para eso: para volar… ¡y volar muy alto!

Cuando Olivia terminó su historia, la habitación se llenó de un silencio suave y alado, como el sonido del viento entre las plumas. Sofía y Mateo estaban con los ojos brillantes, imaginando el Reino de los Cielos Abiertos y a la valiente Aura desplegando sus alas en el cielo azul.

Olivia los miró con una sonrisa tierna y les dijo: —Y así, mis pequeños, aprendemos que, a veces, el mayor acto de amor es… confiar. Confiar en sus alas, en sus capacidades, en su deseo de crecer y explorar el mundo. Y que, aunque dé un poquito de vértigo a los que los quieren, dejar volar es esencial para que desplieguen toda su belleza y potencial.

Olivia bostezó con suavidad, estirando sus alas majestuosas. —Bueno, mis pequeños aprendices de vuelo, ya es hora de descansar y soñar con cielos abiertos y alas brillantes. La noche ya ha tejido muchas historias en

el aire, y mañana el sol volverá a invitarlos a volar… ¡en sus propias aventuras!

Descansen mucho —agregó, con una sonrisa pícara— y recuerden que mañana volveré, con mis oídos atentos y más cuentos para compartir desde mi rama de jacarandá. Mañana… escucharemos qué nuevas inquietudes trae la noche, y juntos, encontraremos alguna historia que nos ayude a comprenderlas mejor.

Sofía y Mateo sonrieron, con la esperanza revoloteando en sus corazones como pequeñas aves. —¡Sí, Olivia, mañana te esperamos! —dijeron casi al unísono, sintiendo que la frustración de antes se había disipado, reemplazada por un sentimiento cálido de comprensión y libertad.

Olivia les guiñó un ojo con picardía y, con un aleteo suave y silencioso, se elevó hacia la noche estrellada. Sofía y Mateo se acurrucaron bajo sus cobijas, con el corazón lleno de alegría y la mente poblada de imágenes de cielos infinitos y alas poderosas. Se durmieron rápidamente, soñando con volar libres y audaces por el Reino de los Cielos Abiertos, y esperando con ilusión la próxima noche, la próxima conversación con Olivia… y la próxima historia que les abriría nuevas ventanas de sabiduría al corazón.

XX

La luna menguante, como un trocito de sonrisa pálida en el cielo nocturno, apenas iluminaba la habitación. Sofía y Mateo estaban sentados a los pies de la cama de Mateo, en silencio, jugando con un puñado de canicas de cristal, pero sin la chispa usual en sus ojos. Sus movimientos eran lentos, casi mecánicos, y la alegría habitualmente bulliciosa había cedido paso a una quietud pensativa, cargada de una leve inquietud.

Un suave aleteo contra el vidrio de la ventana, como una hoja llevada por la brisa nocturna, interrumpió el silencio contemplativo. Olivia, puntual a su cita nocturna, se posó en el alféizar. Sus grandes ojos redondos escudriñaron el interior de la habitación, captando de inmediato la atmósfera enrarecida y las caritas preocupadas de los niños.

—Buenas noches, pequeños pensadores de canicas —saludó Olivia con un tono suave y melodioso, inclinando la cabeza con curiosidad—. Veo que sus juegos nocturnos están hoy… más silenciosos que el vuelo de una mariposa en la noche. ¿Qué interrogante misterioso los tiene con esa expresión tan… absorta y seria?

Mateo, dejando caer las canicas en su puño cerrado con un pequeño click, levantó la mirada hacia Olivia. —Hola, Olivia —dijo, con un tono bajo y ligeramente confuso—. Es que estábamos hablando de… de que a veces… parece que nos tratan… diferente.

Sofía asintió lentamente, uniéndose al murmullo pensativo de su hermano. —Sí —agregó, con un dejo de duda en su voz—. Como si a uno lo quisieran… más que al otro. O al menos… como si lo trataran… mejor.

Olivia ladeó la cabeza, absorbiendo cada palabra con una atención concentrada. — ¿Diferente? ¿Mejor? ¿Sienten… que no los tratan a los dos de la misma manera, mis pequeños? ¿Sienten que perciben… favoritismos o… injusticias en cómo los tratan? Cuéntenme más, quiero entender bien qué los tiene así.

Sofía, recogiendo una canica azul brillante entre sus dedos, fue la primera en explicar, con un tono suave pero cargado de reflexión. —Es que… —comenzó diciendo, buscando las palabras justas— a veces… vemos cómo tratan a mi primo Tomás, y… no es igual que como nos tratan a nosotros. Tomás puede… puede quedarse despierto hasta más tarde, ver más tele, comer más golosinas… ¡y a él no le retan casi nunca! ¡Y a nosotros por mucho menos… a veces nos regañan!

Mateo asintió con la cabeza, confirmando con ejemplos concretos la observación de su hermana. —Sí —agregó, con un matiz de indignación en su voz—. ¡Y con los regalos también! Para su cumpleaños, a Tomás le regalaron… ¡una bicicleta eléctrica súper cool! Y a mí… para mi cumpleaños… me regalaron… ¡un libro! ¡Que sí, que me gustan los libros, pero… no es lo mismo que una bicicleta eléctrica! Y mi mamá dijo "Ay, Mateo, no seas desagradecido, ¡un libro es un regalo muy valioso!". ¡Pero es que no se compara! Parece que a Tomás siempre le dan cosas mejores.

Olivia escuchó con atención las palabras de los niños, percibiendo la sensación de desigualdad y el leve resentimiento en sus voces. Sus ojos oscuros brillaban con una mezcla de empatía y reflexión, como si buscara desentrañar la complejidad de la situación. Después de un momento de silencio pensativo, ululó suavemente, con un tono cálido y comprensivo.

—Mmm… ya veo —murmuró Olivia—. Entiendo… Sienten que hay diferencias en cómo los tratan a ustedes y a otros niños, en este caso su primo Tomás. Y sienten que estas diferencias son… injustas, que a él lo "consienten más", que lo "tratan mejor", y que eso… los hace sentir un poco menos valorados, o menos queridos, ¿verdad?

Sofía asintió con un suspiro leve, como si la comprensión de Olivia aliviara un poco el peso en su corazón. —Sí —dijo—. Es como si Tomás fuera más… importante que nosotros. O como si ellos… lo prefirieran más a él. Aunque sé que no es así… o eso quiero creer… pero a veces lo parece.

Mateo se encogió de hombros, con un dejo de resignación en la voz. —Sí —murmuró—. Y no solo con Tomás… A veces vemos en la escuela que algunos profesores tratan diferente a algunos niños. Como si tuvieran alumnos favoritos… Y los que no son los favoritos… sienten que no les dan la misma atención ni el mismo apoyo.

Olivia asintió lentamente, confirmando la amplitud del problema. —Sí, mis pequeños observadores, lo que me cuentan… es algo que sucede en el mundo de los humanos más a menudo de lo que quizás imaginan. Las comparaciones, los favoritismos, las diferencias de trato entre niños, incluso entre hermanos… son cosas que existen y que… pueden doler mucho, lo entiendo perfectamente.

—Pero… —continuó Olivia, con un tono más reflexivo—, déjenme intentar desentrañar por qué a veces ocurren estas diferencias de trato, estos favoritismos que tanto les preocupan. A veces… creo que los adultos… no lo hacen con mala intención… o no siempre son conscientes del daño que pueden causar.

—A veces —prosiguió Olivia, pensativa—, el “favoritismo” o el trato desigual… surge de algo muy… humano… y a veces muy… inconsciente: la… conexión personal. A veces, los adultos… simplemente conectan más fácilmente con un niño que con otro. Quizás ese niño les recuerda a alguien que quieren, o tiene una personalidad que les resulta más afín, o comparte intereses o aficiones con ellos. Y sin darse cuenta, esa conexión más fuerte… se manifiesta en un trato que parece preferencial, aunque no sea intencional.

—También —agregó Olivia—, a veces las diferencias de trato… vienen de… ¡las propias diferencias entre los niños! Cada niño es único, tiene sus propias necesidades, su propio temperamento, su propia manera de ser. Y a veces, los adultos… sin querer comparar ni favorecer, simplemente adaptan su manera de tratar a cada niño… a lo que perciben que necesita cada uno. Quizás a un niño lo ven más sensible y necesitado de mimos, y a otro más independiente y necesitado de espacio, y en su intento de responder a esas necesidades diferentes… terminan tratándolos de manera distinta, sin querer ser injustos.

—Y a veces… —continuó Olivia, con un tono más cauteloso—, debo decir que sí… a veces… ¡sí existe el favoritismo real! En algunas familias, o en algunos ambientes, puede haber preferencias más marcadas por uno de los hijos, o por un tipo de niño sobre otro. Quizás por tradición, por prejuicios inconscientes, por expectativas diferentes… Y ese favoritismo real… claro que duele, claro que es injusto, y claro que puede dejar heridas profundas.

Olivia miró a Sofía y Mateo con ternura y comprensión. —Mis pequeños observadores, lo más importante que quiero que recuerden es esto: la manera en que los tratan los demás… no define su valor como personas. Que a veces perciban diferencias o favoritismos no significa que valgan menos que nadie. Cada uno de ustedes es único, precioso y merecedor de todo el cariño y respeto del mundo. Y si a veces sienten que no los tratan con la igualdad que merecen… es importante que hablen, que expresen sus sentimientos, y que busquen personas que los escuchen y los valoren por lo que son, sin comparaciones ni favoritismos injustos.

Olivia se arregló unas plumas en el ala, preparándose para concluir con una sonrisa dulce. —Y ahora, para irnos a dormir con un sabor más armonioso en el corazón, ¿qué les parece si les cuento una historia? Una historia… sobre un sendero mágico donde no existían las comparaciones ni los favoritismos, donde cada flor, cada árbol, cada criatura… era valorada por su belleza única y especial… ¿Quieren viajar en sueños a ese sendero de la igualdad y la aceptación?

Sofía y Mateo asintieron con una sonrisa tímida, contagiados por la calidez de la voz de Olivia. —¡Sí, por favor, Olivia! Nos gustaría mucho…

Olivia sonrió, con un guiño divertido en sus ojos brillantes. —Entonces, acomódense bien, pequeños viajeros de sueños, que el cuento del Sendero de la Diversidad Maravillosa está a punto de comenzar…

El Sendero de la Diversidad Maravillosa



En el corazón de un bosque antiguo y profundo, donde los árboles contaban historias con sus hojas y las cascadas cantaban melodías de cristal, se extendía un sendero muy especial: el Sendero de la Diversidad Maravillosa. No era un sendero común, pavimentado con piedras iguales. No, este sendero era una maravillosa mezcla de colores y formas, hecho con tierra rojiza, guijarros brillantes, hojas secas crujientes, pétalos suaves y hasta trozos de ámbar que brillaban como pequeñas luces doradas.

A lo largo de este sendero mágico, no crecían flores de un solo tipo, ni árboles idénticos en fila. ¡Oh, no! En el Sendero de la Diversidad Maravillosa, ¡la variedad era la reina y el rey! A un lado, se alzaba un majestuoso roble de ramas retorcidas y sabias, y junto a él, danzaba un delicado sauce llorón, con sus hojas finas como hebras de seda verde. Más adelante, un cactus orgulloso mostraba sus espinas con valentía,

mientras que, a su lado, una orquídea exótica desplegaba sus pétalos de colores imposibles, como si fuera una joya recién descubierta.

Y no solo las plantas eran diferentes. ¡También los animales! Por el sendero caminaba un perezoso tranquilo, tomando su tiempo para cada paso, y a su lado, un colibrí inquieto revoloteaba sin parar, buscando el néctar más dulce de cada flor. Un caracol dejaba un rastro plateado y brillante en las piedras, mientras que una mariposa monarca pintaba el aire con sus alas anaranjadas y negras. Cada criatura, grande o pequeña, lenta o veloz, colorida o discreta, ¡tenía su lugar especial en el Sendero de la Diversidad Maravillosa!

En este sendero mágico, a nadie se le ocurría comparar a una flor con otra, o a un animal con otro. Nadie decía "La rosa es más linda que el girasol" o "El león es más importante que la hormiga". ¡No, jamás! Porque en el Sendero de la Diversidad Maravillosa, se entendía que cada ser tenía su propia belleza única, su propio talento especial, su propia razón de ser. Se sabía que el roble no podía dar flores tan fragantes como el jazmín, pero que ofrecía sombra generosa a todos los viajeros cansados. Se comprendía que el colibrí no podía construir un nido tan fuerte como el águila, pero que era el único capaz de polinizar las flores más pequeñas y delicadas.

El secreto del Sendero de la Diversidad Maravillosa era… ¡la aceptación y la admiración por lo diferente! Los habitantes del sendero se maravillaban de cada detalle único que hacía a cada ser especial. Admiraban la fuerza del león, la paciencia del perezoso, el canto del ruiseñor, el perfume de la lavanda, el color cambiante del camaleón. Y al admirar las diferencias, ¡encontraban la verdadera belleza del mundo! Entendían que la vida no sería tan rica ni tan interesante si todos fueran iguales, si todos pensaran igual, si todos se vieran igual. La magia estaba precisamente en esa maravillosa mezcla de formas, colores, sonidos y personalidades.

Un día, llegó al sendero un joven cervatillo, llamado Bambú, que venía de un lugar donde las comparaciones eran muy comunes y donde siempre se buscaba "el mejor" y "el más perfecto". Bambú estaba un poco acomplejado porque sus cuernos aún eran pequeños y no tan ramificados como los de los ciervos más grandes. Se sentía menos valioso, menos importante, pensando que debía ser "mejor" para ser aceptado.

Al llegar al Sendero de la Diversidad Maravillosa, Bambú se sintió un poco confundido al principio. Veía tanta variedad, tanta diferencia, y no entendía cómo todos podían convivir en armonía sin compararse. Se encontró con una sabia tortuga llamada Doña Paciencia, que tomaba el sol sobre una piedra caliente. Bambú, tímidamente, le preguntó: "Doña

Paciencia, aquí… ¿nunca se comparan? ¿Nadie intenta ser mejor que nadie?".

Doña Paciencia sonrió lentamente, con la sabiduría de los siglos en su mirada. —Pequeño Bambú, —le dijo con su voz suave y profunda—, en este sendero, hemos aprendido que la comparación no tiene sentido. Cada uno de nosotros es único, especial y valioso a su manera. ¿Compararías la belleza de una rosa con la utilidad de un árbol frutal? ¿Compararías el vuelo del águila con la melodía del río? Cada uno tiene su propio don, su propia misión en este mundo. Y la verdadera magia está en admirar y respetar esas diferencias, no en competir ni compararse".

Las palabras de Doña Paciencia calaron hondo en el corazón de Bambú. Comenzó a observar el sendero con otros ojos. Dejó de compararse con los demás y empezó a admirar su propia belleza única, sus propias habilidades especiales. Se dio cuenta de que sus cuernos pequeños eran perfectos para moverse entre los arbustos del bosque, que su pelaje suave le ayudaba a camuflarse entre las hojas, y que su agilidad le permitía correr rápido y libremente.

Y así, Bambú comprendió la maravillosa lección del Sendero de la Diversidad Maravillosa: que la verdadera belleza reside en la singularidad de cada ser, que las diferencias nos enriquecen y que la comparación solo nos roba la alegría de apreciar lo que somos y lo que tenemos. Y desde ese día, Bambú se convirtió en un habitante más del sendero mágico, floreciendo junto a la diversidad, celebrando su propia unicidad y la de todos los seres que lo rodeaban.

Cuando Olivia terminó su cuento, un suave susurro de hojas y un murmullo de arroyo imaginarios parecieron llenar la habitación, evocando la magia del Sendero de la Diversidad Maravillosa. Sofía y Mateo estaban absortos, visualizando el sendero mágico, lleno de criaturas diferentes y hermosas, cada una valorada por su singularidad.

Olivia los miró con dulzura y les dijo: —Y así, mis pequeños pensadores de canicas, recuerden siempre el Sendero de la Diversidad Maravillosa. Recuerden que la comparación no tiene sentido y que el favoritismo es injusto. Cada uno de ustedes es un ser único y valioso, con su propia belleza especial. No se comparen con los demás, no busquen ser "mejores" o "más perfectos", simplemente ¡florezcan con toda su unicidad! Y valoren la maravillosa diversidad que los rodea, en el mundo y en el corazón de cada persona.

Olivia bostezó con suavidad, estirando sus alas con gracia. La luna, ahora escondida tras una nube caprichosa, bañaba la habitación con una luz tenue y misteriosa. —Ahora, mis pequeños viajeros de sueños, es hora de cerrar los ojitos y soñar con senderos mágicos y seres únicos y especiales

—dijo con cariño—. Descansen bien, recuperen energías para un nuevo día… y recuerden la lección aprendida esta noche: cada uno de ustedes, como cada criatura del Sendero de la Diversidad Maravillosa, tiene un valor inmenso y una belleza propia e irrepetible.

Con un guiño cariñoso, Olivia se preparó para alzar vuelo. La lechuza sabia y dulce, la confidente nocturna, se había convertido en una presencia tan familiar como la luna en el cielo o el jazmín perfumando el aire.

Y así, noche tras noche, bajo la atenta mirada de las estrellas y la complicidad silenciosa del jacarandá, Olivia continuó visitando la ventana de Sofía y Mateo. Cada encuentro era una ceremonia mágica, una conversación íntima donde las preocupaciones infantiles se convertían en historias aladas y llenas de sabiduría. Los hermanos aprendieron a esperar con ilusión el suave roce en el vidrio, el ulular melodioso que rompía el silencio de la noche, y las palabras sabias que les regalaban consuelo y entendimiento.

Las historias de Olivia quedaron grabadas en los corazones de Sofía y Mateo como semillas luminosas. Les enseñaron a escuchar con atención, a reconocer sus emociones, a entender las reglas del mundo (¡a veces tan confusas!), a valorar sus logros y a celebrar la maravillosa diversidad de la vida.

Y aunque esa noche, al cerrar los ojos, soñaron con flores de mil formas y animales de mil colores, sabían que el sendero de aprendizaje, como el Sendero de la Diversidad Maravillosa, era infinito y siempre sorprendente. Cada día traerían nuevas preguntas, nuevos desafíos, nuevas emociones por descubrir y comprender. Pero ya no estarían solos en esa aventura. Sabían que, al caer la noche, la silueta suave de Olivia volvería a posarse en su ventana, trayendo consigo nuevas historias, nuevas lecciones y la promesa eterna de una escucha atenta y un corazón comprensivo, listo para acompañarlos en el mágico vuelo de la vida. Y con esa certeza cálida y luminosa, Sofía y Mateo se durmieron sonriendo, abrazando en sus sueños el eco suave del ulular de Olivia y la esperanza de innumerables noches más de conversaciones y cuentos maravillosos.